

# Theodor Kallifatides

# El amor

Traducción del sueco de Carmen Montes Cano
y Eva Gamundi Alcaide



Galaxia Gutenberg



© Florence Montmare

## Theodor Kallifatides

Ha publicado más de cuarenta libros de ficción, ensayo y poesía traducidos a varios idiomas. Nació en Grecia en 1938, y emigró a Suecia en 1964, donde consolidó su carrera literaria. Ha traducido del sueco al griego a grandes autores como Ingmar Bergman y August Strindberg, así como del griego al sueco a Yannis Ritsos o Mikis Theodorakis. Ha recibido muchos premios por su trabajo tanto en Grecia como en Suecia, país en el que reside actualmente. En España, ganó el Premio Cálamo Extraordinario 2019 por *Otra vida por vivir*. Posteriormente, Galaxia Gutenberg ha publicado sus novelas *El asedio de Troya* y *Madres e hijos*, en 2020; *Lo pasado no es un sueño*, en 2021; *Timandra* y *Amor y morriña*, en 2022; *Un nuevo país al otro lado de mi ventana*, en 2023, y *Una mujer a quien amar*, en 2025.

En 2024, este mismo sello publicó también su trilogía de la guerra compuesta por las novelas *Campesinos y señores*, *El arado y la espada* y *Una paz cruel*, galardonada en 2025 con el Premio TodosTusLibros al Mejor Libro de Ficción de 2024, otorgado por CEGAL. Asimismo, en 2022 recibió el Premio BBK Gutun Zuria Bilbao, en 2023 la Medalla de Oro del Círculo de Bellas Artes de Madrid y en 2025 el Premio Internacional de la Fira del Llibre de València. Ese mismo año fue galardonado con el primer Premio Internacional del diario *Ara*.

Laki Sarris está a punto de cumplir cuarenta años. Está casado con Lena y juntos tienen un hijo de cuatro años. Su vida transcurre con una monótona placidez en la que las únicas novedades las aporta el niño, a medida que se va descubriendo a sí mismo y todo lo que le rodea.

Pero entonces Laki conoce a Li, mucho más joven que él, y se enamora perdidamente. Esta nueva relación tiene consecuencias dramáticas para su vida. Él quiere vivirlo todo, la fértil serenidad de su amor por Lena, la turbadora pasión por Li y los infinitos hallazgos que vive con su hijo y que tanto enriquecen su vida. Pero sabe, a su vez, el daño que causa. De ahí que se cuestione a sí mismo y todos los aspectos del amor: el amor entre una mujer y un hombre, entre padres e hijos y entre amigos.

*El amor*, novela publicada por primera vez en sueco en 1978, se ha convertido en un clásico contemporáneo y es uno de los libros más queridos de Kallifatides.

SWEDISH ARTS COUNCIL

Esta traducción ha recibido una ayuda del Swedish Arts Council.

Título de la edición original: *Kärleken*
Traducción del sueco: Carmen Montes Cano y Eva Gamundi Alcaide

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: septiembre de 2026

© Theodor Kallifatides, 1978, 2026
© de la traducción: Carmen Montes Cano y Eva Gamundi Alcaide, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026
Imagen de portada: © plainpicture / Anke Dörschlen

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 979-13-88236-15-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Para Markus y Johanna*

Estoy hecho de conflictos.

HARALD OFSTAD

# 1

Me deslicé al interior de esta historia mientras estaba delante de una ventana. Esta historia se hizo necesaria porque el 19 de marzo de 1974 yo estaba delante de una ventana, que no había escogido con particular cuidado. No tenía ningún motivo para estar allí, no había nada al otro lado que atrajera mi atención; o bueno, tal vez sí.

De repente me quedé cautivado por la visión de algo que no era nada extraordinario, pero que el 19 de marzo de 1974 me lo pareció. Una nube minúscula de niebla matutina, una nube aislada, solitaria, despeluzada, que iba rodando despacio sobre la zanja entre dos cultivos en dirección al mar, que no se veía; me quedé de pie delante de la ventana y dije para mis adentros: «¡La nube quiere volver a casa con su madre!».

Era una frase extraña, pero por aquel entonces cualquier movimiento me parecía un movimiento en dirección a casa. Quizá yo mismo estuviera camino «de casa», pero no lo supiera.

De modo que fue una elección fortuita que yo me encontrara delante de esa ventana ahora tan lejana contemplando la nube de niebla matutina, inocente y seguro, descansando en lo fortuito de la situación. Pero no sabía que el azar y el destino estaban echando suertes a mis espaldas, y que iba ganando el azar. La apuesta era yo.

He pensado bastante en ello. Sobre todo, durante las largas noches en las que a veces lloraba mi llanto forzado e infantil mientras esperaba delante del teléfono tan aterrado por la posibilidad de que sonara como por la posibilidad de que no.

Los demás dormían. Mi hijo dormía y Lena dormía. Mi hijo dormía con una lámpara encendida apuntándole a la cara; detesta la oscuridad, siempre

quiere dormir cegado por la luz, no porque le dé miedo la oscuridad, sino porque no le gusta.

–¡Es que no se ve nada! –protestaba cuando a veces se me ocurría apagar la luz.

–¡Pero si estás durmiendo, hijo mío! –le susurraba yo.

–¡Qué va! –objetaba él, y era cierto.

La forma más infalible de despertar a mi hijo era despojarlo de la luz. ¡Ojalá los dioses le den toda la luz que necesita!

Lena y Johan dormían. Oía su conversación nocturna, a veces palabras sueltas, a veces diálogos extensos y provechosos que mantenían con invitados invisibles, y yo iba de un lado para otro con el miedo en el corazón precisamente cuando debería poder ser feliz. ¡No, feliz no! ¡No y mil veces no!

Es tu pueblo el que quiere ser feliz. ¡Tanto que hablan de la felicidad en tu país! No, feliz no, pero sí que podría estar conforme con mi vida, con la vida necesaria.

Pero el azar, ese dios oscuro y fortuito, había vencido. El azar había generado una situación de lo más fortuita en el mundo, una nube solitaria, una ventana, y en esta situación fortuita del mundo me había quedado atrapado yo como un pez en la red. A mi espalda te encontrabas tú.

Ay, ya sé que tú podrías decir lo mismo. Quizá todo el mundo podría decir exactamente lo mismo, ¡pero de qué sirve! ¿Qué consuelo es ese?

Ahora, mientras estoy sentado en una habitación enorme y preciosa en medio de una ciudad enorme y preciosa en la que nadie salvo Lena sabe que existo, estoy aquí para ganar claridad, para descifrar mi vida, para tomar una decisión, para escoger, en resumidas cuentas. Lo fortuito se ha vuelto necesario.

¿Sería esto lo que Hegel llamó salto cualitativo?

¿Sería esto lo que antes de Hegel la gente llamaba lisa y llanamente milagro?

Pero ¿cuánto más resignado no suena hablar de «milagros»? Y cuánto más señor no es uno cuando puede disponer incluso de lo fortuito, pues

exactamente eso era lo que quería Hegel, exactamente eso es lo que todos nosotros queremos.

Pero ¿quiénes somos nosotros?

Los viejos de la tierra, los que ya no esperamos aventuras, puesto que desde que Ícaro se precipitó al mar ninguna aventura ha terminado bien. Hay que ser joven para creer que uno es escéptico, cuando en realidad no solo cree, sino que también confía en que los dioses estén de su lado.

Eras joven y tenías fe y estabas llena de confianza. El azar estaba de tu lado. Claro, aquel dios oscuro estaba de tu lado, pero tenía una sonrisa rígida en los labios. Eso no lo viste. Yo tampoco.

Le di la espalda a la ventana y al paisaje para ver en primer lugar un vestido color tierra en cuya dirección mascullé un rápido «perdón».

Es aquí, en tu país, donde me he acostumbrado a pedir perdón por prácticamente todo, y no se debe a que me haya vuelto más cristiano.

Después te vi a ti.

Mis ojos seguían ocupados con la nube desvalida del exterior, con los cultivos desnudos, con el mar invisible. Acababa de estar de viaje, no, no era un viaje en grupo, yo era el único viajero y no me había movido del sitio, pero, sin duda, había estado de viaje y seguía con los ojos empañados por la solitaria travesía, y la travesía acabó abruptamente cuando mis ojos se encontraron con los tuyos.

En lo más hondo de mi ser podía percibir un rumor sordo, eran todos mis engranajes acoplándose; mi ridículo «perdón» flotaba en el aire entre tú y yo como mi primera bandera de capitulación –con el tiempo izaría otras– y tú no te molestaste en responder, te quedaste allí sonriendo, luego alargaste la mano; no entendí enseguida lo que significaba, dudé un rato –ahora ya sé que se trataba de una mera repetición de lo que sucedería más tarde esa misma noche–, dudé tanto que se volvió casi vergonzoso y tu sonrisa se petrificó y eso me despertó de mi sueñecito repentino pero profundo, de hecho es que creo que me dormí inmediatamente después de verte –¿y qué era lo que buscaba en el sueño?–, me volví a despertar y cogí la mano que me ofrecías, aún a una distancia demasiado grande el uno del

otro, me negué a abandonar mi orilla hasta el último momento, y el rumor sordo de mi interior cesó.

–¡Me llamo Li! –anunciaste.

–¡Laki Sarris! –respondí con nombre y apellido ampliando así tus conocimientos sobre mí.

Ese fue el principio y ahora mismo no tengo fuerzas para más. Así que voy a ponerme un café, voy a subir el estor, voy a limpiar la pipa. Voy a sumirme profundamente en mis movimientos habituales, en mi santidad.

El tiempo ha ido desgastando mis dedos delgados y huesudos, los miro con cariño; han envejecido, han adquirido sus propias costumbres, y la mayoría de las veces son ellos los que me sorprenden a mí, no yo a ellos. Envidio su perfección cuando sostienen la pipa, cuando meten el tabaco, cuando abren la caja de cerillas, escogen una y la arrastran con un suave movimiento calculado por el costado de la caja, hasta que la cabeza oscura se desintegra en fuego y llamas y los dedos índice y corazón se retiran al tiempo que giran la cerilla hacia arriba.

La pareja de palomas que ha montado el nido bajo el techo se acaba de despertar. Oigo su arrullo, que en cierto modo me resulta «primigenio»; les falta todo conato de articulación, están completamente desnudas, no tienen ninguna importancia, no son expresión de nada salvo de sí mismas.

Tal vez por eso la paloma ha conquistado la imaginación humana, puesto que solo en la imaginación puede estar desnudo el ser humano, solo en la imaginación puede evitar ser portador de significados. Lo insignificante significativo nos cautiva, pues nos retrotrae a un tiempo de alegría previo a la alegría y a un tiempo de dolor previo al dolor.

Me quedo escuchando a la pareja de palomas hasta que el arrullo se desvanece y entonces subo el estor. Se ha extendido la luz sobre la ciudad, pero aún no hay sol. Hace mucho que no vemos el sol. O, en todo caso, hace mucho que yo no lo veo. Durante el día casi siempre tengo los estores bajados. Duermo durante el día, puesto que por la noche no puedo conciliar el sueño. Entonces me vienen tu cara y la de Lena y la de mi hijo. ¿Por qué escogéis la oscuridad? ¿Por qué no puedo tener la oscuridad para mí solo?

Cuando era niño me encantaba la oscuridad. Cuando el mundo entero desaparecía, solo quedaba yo. En la oscuridad estaba a solas en el mundo o, más bien, en la oscuridad el mundo era yo. El mundo se estiraba tanto como se estiraba mi cuerpo y en mi cuerpo me sentía en casa. Levantaba las piernas hasta poder tocarme con las manos los dedos de los pies, escondía la cabeza en el pecho; era un sistema de calefacción cerrado, pero llegó un día en el que una fuerza secreta reventó mi cuerpo, iba buscando a tientas con las manos para agarrarme a algo; llegó una corriente eléctrica y tuve que conectarme a tierra para no salir ardiendo.

Así fue cuando nació el amor. No fue un sueño que cobró vida, fue un sueño que acabó muriendo; ese cuerpo celeste que era yo y que flotaba libremente tenía ahora una trayectoria, el viaje sin destino de la libertad se había acoplado a los raíles del amor que me conducían de una estación a otra y yo también era una estación en el camino de los demás.

No, el amor no es injusto; tanto el tren más rápido como el más lento llegan al final del trayecto. Y ahí estoy yo ahora. Mi final de trayecto se convirtió en una habitación enorme y preciosa en una ciudad enorme y preciosa que es tuya pero no mía, y nadie salvo Lena sabe que existo en ella.

El sol no es lo único que llevo tiempo sin ver. Tampoco las nubes. El cielo está cubierto por un fango gris, tupido como una bolsa de plástico; me niego a decir que eso son nubes. Una nube tiene vida y forma, esta bolsa de plástico es demasiado tupida para respirar y demasiado grande para tener forma. Lo infinito no tiene ni forma ni vida. La eternidad no es vida, por eso han mentido todos los fundadores de las religiones.

La eternidad no es la vida eterna; la eternidad es la muerte eterna. No, tampoco. La eternidad va más allá de la vida y de la muerte, es la no-vida y la no-muerte. Es lo que no entendemos, y todo lo que no entendemos lo transformamos en un mito; por eso es necesario el arte. Pues hay muchísimas cosas que no entendemos. Los ingenuos creen que el artista las entiende. El propio artista sabe que no ha entendido nada o que ha entendido menos que nadie. Al final, entender no es otra cosa que dejar de seguir pensando en un momento dado.

Esto ya lo sabía Platón, que empezó por derribar a los dioses y terminó construyéndoles un monumento en las ruinas de su sueño de entender.

Me acuerdo a menudo de Platón. No solo porque es uno de los grandes pensadores que tanto se han dedicado a entender el amor. Sino, sobre todo, por lo mucho que la posteridad ha maltratado su cerebro sangrante. Nos hemos lanzado a por los pedazos de su cabeza hecha añicos, los hemos puesto bajo los focos y hemos gritado hasta quedarnos roncos: se equivocó, era autoritario, era conservador, era peor que Hitler.

En el desierto del conocimiento humano hemos encontrado unos cuantos huesos y unos cuantos dientes, y de ellos sacamos conclusiones sobre si su dueño era bello o deforme, y en esos casos la regla es bien conocida: todos los muertos son deformes, menos los que nos han engañado: Jesús y Buda y Mahoma, y algunos más.

Pues sí, lo único que permanece es la mentira. Necesitamos la mentira para tener algo en lo que creer. Por extraño que parezca, pese a todo solo podemos creer en la mentira. Por eso permanece la mentira; y la capacidad de elegir.

# 2

En ese primer encuentro no se dijo mucho. De hecho, solo se dijo una frase, una pregunta, que no respondí.

–¿Las ventanas siempre te hacen soñar? –preguntaste sin preguntar en realidad.

Era una pregunta, pero por el tono parecía más una advertencia. ¿Acaso no hacemos advertencias a través de preguntas cuando no tenemos mucha confianza con el otro?

Desde la fortaleza de tu superioridad me habías advertido: «¡te tengo calado!».

Visto desde el campanario de mi vanidad simplemente habías mostrado tu zalamería con un acierto intuitivo que me sorprendió. Me habías hecho una pregunta que sabías que me iba a interesar o incluso más: una pregunta que me iba a seducir.

Es lo que llamamos encanto: zalamería intuitiva, que por eso no resulta falsa y tampoco lo es. Pero sí pasajera.

La gente encantadora siempre cuenta con un amplio registro de personajes, pero no escriben nunca o casi nunca sus propias obras de teatro. A cambio, siempre o casi siempre se llevan el mejor papel en las obras de los demás.

Si yo hubiera sido un ingeniero de climatización, me habrías preguntado otra cosa muy distinta, pero el sentido habría sido el mismo.

Entonces no me molesté en responder, pero hoy sí que puedo. Y no, las ventanas no me hacen soñar, pero me ponen en contacto con un sueño sobre mí mismo. Soñaba a menudo, ya no, que yo era una ventana. Era un sueño bonito. Siempre transcurría igual. Estaba sentado en un parque, en la hierba. A mi alrededor relucían anémonas, rosas, claveles, violetas y margaritas. La

imagen estaba totalmente inmóvil. Pero entonces el jardín con todas las flores se levantaba del suelo unos metros y yo me convertía en una ventana. No tenía miedo puesto que la transformación no era una desaparición.

Pero cuando me despertaba siempre estaba asustado. Contigo me pasó lo mismo. Cuando te vi por fin, me asusté y cuanto más me asustaba, tanto más te necesitaba.

Esa noche, un poco más tarde, estábamos con un grupo grande de gente. Muchos de los participantes del curso se habían congregado a tu alrededor con el mismo rigor con el que las campesinas se agolpan alrededor de un vendedor ambulante. ¿Y qué era lo que vendías tú, en realidad?

Era el último día del curso. Todo había trascurrido de una forma más o menos normal. Íbamos a hablar sobre la igualdad en el lugar de trabajo, y yo había acudido en representación de los inmigrantes, un cometido del que estaba ya cansadísimo.

Tú eras uno de los expertos, y tu sola presencia allí le daba al curso sobre igualdad cierto aire ridículo. ¿Cómo iba nadie a hablar de igualdad, cómo ibas a hablar tú de igualdad cuando tu mera existencia era abrumadora para la mayoría?

Vi cómo las mujeres del curso bajaban la mirada cuando apareciste. Vi cómo los ojos de los hombres se abrían de par en par ante la dolorosa sorpresa de que ellos estuvieran allí, a tu lado, cuando en realidad tú quedabas tan lejos como el lucero del alba.

¿Cómo describirte? ¿De qué sirve hablar de tu pelo rubio o de tus tobillos, que mucho después me dejarían helado de emoción?

Qué va, no sirve de nada. Solo conseguiría que te parecieras a otra persona.

Eras visible, inalcanzable y estabas disponible para aquel que quisiera poner su vida en juego.

Era el último día del curso y también la última oportunidad de los participantes de mostrar lo que sentían por el otro, el amargo deber de la despedida.

Querían decir que era bueno haberse conocido, pero el lenguaje no ofrecía mucho más que simplificaciones, como que qué bien haberse

conocido y que era un gusto haberse conocido y cosas así.

La timidez sueca se había apropiado del lenguaje. No quedaba mucho más que estar allí sentados en torno a la amplia mesa intentando apretarse y acercarse cada vez más al resto.

Llegará un día en el que el pueblo sueco al completo se quedará mudo o se convertirá en un pueblo de poetas.

Estaba sentado enfrente de ti y en todo momento supe que tú y yo seríamos los últimos en aquella mesa del sótano del castillo de Sundbyholm, mientras que en el exterior se aproximaba la noche.

Poco a poco se fueron yendo uno tras otro. Los pasos resonaban durante un rato por los pasillos, pero luego se desvanecían. Su calidez se quedaba temblando un instante, donde ha habido una persona sentada el aire es siempre más cálido, pero después se imponía el frío. Encendiste otra vela, una vela gruesa y roja fabricada en Finlandia, te sentaste en el mismo lugar rodeada de tu columna de calidez y dijiste con una risa agradable como una copa de tinto italiano Villa Antinori:

–¡Ahora ya podemos hablar!

Pusiste las dos manos sobre el antiguo escritorio desgastado y entrelazaste los dedos. Me resultó casi obsceno, y me eché a reír. La obscenidad siempre me hace reír, es una herencia cultural, supongo.

Tus dedos eran fuertes, me recordaban a herramientas de la Edad de Piedra. Tus dedos eran necesarios y, mientras me reía, podía ver cómo acariciarían un cuerpo o cómo sostendrían a un niño.

–¿De qué vamos a hablar? –pregunté al tiempo que la repentina ola de deseo alcanzaba las orillas de mi conciencia, en la que miles de imágenes esperaban para resurgir.

–¡Podemos hablar de ti!

Ese fue el segundo aviso. Me gusta hablar de mí. Pero nunca soy capaz de decir la verdad.

Cuando hablo de mí con alguien, no hablo tanto de mí como hablo para el que escucha. Como todos, creo. Por supuesto no mentimos, pero es posible decir «estoy casado» sin que suene como un hecho, sino más bien como una promesa.

–Estoy casado –dije–. Mi mujer se llama Lena, es de Finlandia. No trabaja, al menos ahora mismo. Tenemos un hijo. Un niño, dentro de poco va a cumplir cuatro años. Se llama Johan. La madre le dice Oa. No siempre, solo a veces.

¿Había mentido? En absoluto. Aun así, sabía que los había traicionado, que me había distanciado de ellos y de lo que era mi vida.

¿Y es así de sencillo? Pues sí, así de sencillo es. Se puede traicionar cualquier cosa, siempre y cuando uno crea que no es eso lo que está haciendo. Eso es lo que no comprenden los torturadores simplones. Con cada golpe que asestan a su víctima, dan muerte a su inocencia, dan muerte a la inocencia, que es la cuna de la traición.

Tú cometiste el mismo error. En un instante vi esa alegría firme en tus ojos ausentes. Mi traición no solo me había transformado a mí. El humo de la hoguera de mi sacrificio te había llegado, mi traición no había sido en balde, pero te transformó en un verdugo, y los ojos de los verdugos siempre están ausentes. Como los de los dioses.

No sé si existe un dios. Creo que no. Pero si existiera, probablemente fuera omnibenevolente pero no omnipotente. Cualquier dios debería considerarse demasiado bueno como para ser omnipotente. Todo juego requiere de ciertas reglas, de lo contrario no sería un juego. Pero toda regla presupone que se puede quebrantar, y entonces es cuando el juego se vuelve interesante. La desobediencia no es una virtud, es un deber.

Pero de momento estábamos jugando según las reglas. La liebre acudía al cazador para pedirle que la protegiera de sus perros de caza.

Esto es menos insólito de lo que parece. En nuestro mundo hay armas como para matarnos a todos diez veces. Pero nos dedicamos a las campañas antitabaco.

Conmigo pasaba lo mismo. Estaba a punto de perder mi vida necesaria y buscaba la protección de quien constituía su principal amenaza.

–¿Y tú qué? –volviste a preguntar.

Fue un «y» que Hemingway habría envidiado. Sonó exactamente igual que «pero» (Hemingway soñaba con conseguir que todas sus «y» sonaran como «pero» y todos los «pero» como «y»). Se habían cortado los lazos,

pero no se habían visto las tijeras. Estaba claro que no me percibías como parte de un todo orgánico compuesto de Lena, Johan y yo; me percibías como el anillo de una cadena. La cadena seguiría siendo una cadena aunque yo me liberara y yo seguiría siendo un anillo.

No era culpa tuya. La traición era mía, pero tú podías administrarla bien, contigo se convirtió en un sueño de libertad. El bastón mágico del deseo –seguramente el símbolo de potencia más antiguo de la humanidad– había despertado el anillo resplandeciente en lo más hondo del eslabón adormecido.

–¿Y tú qué? –repetiste la pregunta, y la navaja de Ockham cayó sobre el pobre e indefenso «tú», que temblaba de pasión frente a ti, en la antigua y enorme mesa contra la que las olas inflamadas rompían con una fuerza iracunda.

«¿Y yo qué?» resonaba en mi cabeza, e interioricé la pregunta, su intención y su significado. Estaba más cerca de los cuarenta que de los treinta. Había pasado dos tercios de mi vida en Grecia, donde la luz es blanca y despiadada, y un tercio lo había pasado en Suecia, donde la luz es azul y piadosa.

Había empezado a acostumbrarme a la oscuridad. A veces la sensación del sol de antaño me castigaba; entonces me iba a la tienda del vino y me compraba *retsina*, una botella de rayos de sol en conserva; me la bebía completamente solo, ni Lena ni Johan podían participar en mi nostalgia; la tierra que había abandonado era mi máximo «mío».

Pido perdón por una expresión tan torpe. Pero no es culpa mía. Tu lengua es tan democrática que no tiene distintos grados de posesión. Mi lengua sí. Se puede decir «másmío» y «máximomío». En realidad, una lengua debería tener grado de comparación entre «yo» y «tú» y «élella».

Sencillamente sería ilustrativo responder a la pregunta «qué tal» con «yo soy másyo hoy que ayer». O «hoy me siento yoísimo».

Pero esto tampoco lo tiene mi lengua, pese a que la necesidad ahí es mayor, hasta donde yo sé. (Cada pensamiento sobre mi país termina como un escorpión rodeado de fuego: me clavo en el cuello mi propio veneno.)

Así son las cosas. Amamos más cuando hemos perdido, pero esa es la parte trivial de la verdad. Puesto que la otra parte de la verdad es que no amamos hasta que estamos dispuestos a perder, que amamos más precisamente cuando abandonamos algo, si es que nos creemos que somos capaces de tal cosa, que está en nuestro poder hacer tal cosa, que fue lo que se imaginó Kierkegaard cuando abandonó a su prometida, Regine.

La abandonó durante un tiempo muy breve de la historia terrenal de los dos y conservó su recuerdo hasta su último día. Yo he abandonado Grecia y la he conservado en lo más profundo de mi ser, tan profundo que nadie la alcanza; la gente de mi entorno se desespera cuando sobrevivo muerto de risa y de una pieza a esa pregunta tonta de «¿eres ya sueco del todo?».

Es posible que me haya vuelto «sueco del todo», pero hasta ahora nadie me ha tomado por sueco. El mundo de los instintos sueco no es particularmente llamativo, pero hay un instinto que todos poseen en un grado altísimo: la presencia del extraño; a veces me parece que ese instinto es lo que unifica a tu país, ser sueco es ante todo reconocer a un no-sueco. Es la voz del inmenso bosque, que habla a través de los siglos, porque los bosques siguen existiendo, claro.

En un país así, uno se vuelve más griego que nunca.

¿Llegué a decirte todo esto o no? Ya no me acuerdo. Por lo general olvido lo que digo. Mi memoria almacena información sobre todo acerca de los demás. Pero no creo que dijera todo eso, pues una cosa así no es algo que uno pueda contar con un café y unos bollos alternados con cerveza sin alcohol, y nosotros solo bebimos café y cerveza sin alcohol, no había otra cosa, y la cantidad de gas que teníamos en la barriga era suficiente para que una explosión descontrolada dejara en ruinas el castillo de Sundbyholm.

Recuerdo muy bien cada vez que no me atreví a reírme, y cómo iba a atreverme con un Apolo II en la barriga –al menos por la gravedad del momento, quiero decir–, así que claro que parecía amargado, como tú también observaste.

–¡Sí que estás amargado! –dijiste.

Fue tu primera afirmación sobre mí y, como puedes ver, fue una exclamación.

Me encantan las exclamaciones, son la infancia de la lengua. Me encantan las exclamaciones hasta el punto de que, cuando tuve la oportunidad, solo conservé esa forma de mi nombre. En realidad me llamo Lakis, con s al final, no Laki. Laki es la forma de la exclamación de mi nombre, el sueño de que alguien me llama incesantemente.

De modo que voy por tu país con mi sueño de que alguien me llama incesantemente. La existencia del extraño es complicada, pero no carente de cierto interés.

¿Por qué es la forma de la exclamación la infancia de la lengua? Estaba claro que no lo entendías del todo. Hasta ese punto eras conocedora de la filosofía analítica y de la práctica intelectual en términos generales, desde luego. Sabías que el arma mortal es el no «entender del todo», no el llevar la contraria. Discutir es lo que hacen los corsos irascibles, los suecos se contentan con no «entender del todo».

En fin. Te expliqué que la exclamación servía para las situaciones en las que uno habla primero y piensa después, y eso fue precisamente lo que hice yo.

Llevaba un buen rato agarrando la mesa con las manos, cuatro dedos en la parte superior y los pulgares por debajo. Me miré los dedos, que se habían quedado pálidos, casi blancos.

Aquello no se sostendría a la larga. No podía mantener los pies en la tierra agarrándome a un escritorio. Estiré el brazo derecho sobre la mesa, abrí la palma de la mano hacia ti y hacia el cielo y susurré:

–¡Te necesito!

Eso también era una exclamación, aunque parecía una frase descriptiva y autobiográfica, un puro sueño para todo el que busca la verdad, desde que a Descartes se le ocurrió decir *cogito ergo sum*.

Las campanas de la iglesia de María Magdalena resuenan en la noche. Es el momento de bajar al muelle de Skeppsbron. Voy siempre hacia las tres para ver a los cisnes durmiendo. No hay nada tan perfecto como un cisne durmiendo. El largo pico metido entre las plumas de las alas, el cisne se vuelve completamente redondo, tendido en el agua meciéndose con las

suaves olas de la corriente, puntos blancos ovalados en los que la noche descansa la vista. A veces.

# 3

Aún puedo ver mi mano extendida. Vacilaste tanto para estrecharla que llegué a dudar si de verdad era mía. Eso se llama alienación. Sin embargo, la mayoría de la gente habla del amor como lo opuesto a la alienación. Qué insensatez.

Pues en el amor nos vemos de verdad en vías de convertirnos en otro. Algunos se imaginan que te conviertes en una persona distinta, mejor, incluso mi admirado Platón se encontró con el problema que el bello Alcibíades sostenía en el regazo.

No y mil veces no, pero en el amor es donde más fácil nos resulta engañarnos con que somos mejores; amamos y nos aman, algo tendremos; a esa persona, la que éramos hace un momento, no la amaban y ella no amaba. Es como si arrojaran al mar a un habitante de las montañas y de repente descubriera que es el mejor nadador del mundo y, a sus ojos, así es, puesto que no sabe nada de natación.

Exactamente el mismo tipo de descubrimiento hacemos cuando nos aman y amamos. Dicho de otra forma: es un conocimiento falso, lo que podría ser una ventaja si al menos constatáramos que se trata de un conocimiento falso, pero lo consideramos verdad y gritamos de alegría como los burros en mayo.

Por fin me estrechaste la mano al tiempo que invalidabas con la palabra el significado del gesto.

–Bueno… ¡Eres de esos! –dijiste con una sonrisa que para mi asombro anulaba el significado de lo dicho.

Entre tu mano, tus palabras y tus labios aquello parecía una montaña rusa. Entonces comprendí que llegaría a quererte muchísimo, que perseguiría tus significados como un poseso.

Tus secretos eran dos: una zalamería intuitiva y una ambigüedad instintiva, dos cualidades tan importantes en el amor como en la guerra o –como en nuestro caso– en la guerra amorosa y en el amor guerrero.

Lena carecía por completo de estas dos cualidades. No era ni zalamera ni ambigua. Aun así, también estuve enamorado de ella. ¿Cómo es posible?

El enamoramiento tiene que ver con el otro solo en muy escasa medida; tiene que ver sobre todo con nosotros mismos. Cada enamoramiento deja entrever que estamos cansados de nosotros, que estamos cansados de ser como somos; de modo que lo que queremos conseguir no es otra persona sino ante todo otro «yo».

Es injusto cómo hemos tratado a Narciso. Ha dado nombre a una perversión, o sea, una perversión que por lo general bien se podría llamar «integridad» o «amor propio».

Narciso no iba por ahí enamorándose a cada rato. Se gustaba a sí mismo, no quería convertirse en otra persona, pero a los seres humanos esto no se les ha permitido; si no los oprimen los dioses, se oprimen ellos a sí mismos, se enamoran y se deshacen del único derecho que tienen: el derecho a no enamorarse.

Yo estaba cansado de mí mismo y me enamoré. Volví a enamorarme y me vi correteando desnudo por jardines nocturnos en los que tú esperabas abierta como una peonía madura, pues, en cierto modo, en lo más hondo de tu alma eres roja como una peonía. Lena es azul, azul como el mar.

Todos los gestos y los movimientos entrenados volverían a ser nuevos, todas las palabras viejas volverían a decirse, todas las caricias experimentadas volverían a ser espontáneas. Dicho de otra forma, me convertiría en una nueva edición de mi antiguo «yo», o tal vez incluso en una persona distinta y mejor.

Me quedé sentado con tu mano derecha en mi mano izquierda. Me dejó de temblar el cuerpo, eras mejor amortiguador que el escritorio, hasta ahí lo había calculado bien.

En cambio, lo que no había calculado era el efecto de tu voz un segundo después cuando susurraste, nítidamente como si hubieras aprendido en la escuela de teatro de Stanislavski:

–¡Sé cuidadoso conmigo!

Ni al mariscal Rommel se le habría ocurrido un giro tan ingenioso. El cazador se había convertido en la liebre. La fuerte había renunciado a su fuerza. ¡Transforma al débil en tu protector y tendrás a un dios velando por encima de tu cabeza!

–¡Voy a ser cuidadoso! –prometí un poco a la ligera, y emprendí mi nueva trayectoria en calidad de ángel de la guarda apretándote la mano, no con fuerza pero sí con una suavidad de contornos nítidos.

–¡Venga, vámonos! –ordené con la esperanza de que obedecieras.

Y obedeciste. Nos levantamos cada uno de nuestro lado y, con las manos aún apoyadas en la mesa como si fuera un rito, dimos los pasos necesarios el uno hacia el otro y hacia el largo pasillo que nos conduciría lejos de la noche en el sótano del castillo a otra noche en el exterior.

La primavera estaba en camino.

En lo hondo de las entrañas de la tierra, Perséfone se preparaba para su marcha anual hacia la luz. Podíamos distinguir perfectamente el susurro de la luz que desprendía su vestido de flores. El apuesto y joven Triptólemo, hijo de un rey, la esperaba a ella, hija de una diosa, de pie en su carruaje alado, juntos recorrerían la superficie desnuda de la Tierra y la fertilizarían.

Tú no eras la hija de una diosa y yo no era el hijo de un rey, pero tocábamos los troncos húmedos de los abedules con una intencionalidad divina.

Pero mientras caminaba a tu lado siguiendo las huellas de la primavera, no estaba solo contigo. Lena se unió enseguida a la compañía, utilicé el recuerdo de mi enamoramiento de ella como un impulso para enamorarme de ti.

La primavera de hace diez años era otra y más oriental. Conocí a Lena en Helsinki, en un lugar en el que la gente cada vez se cruza menos: la calle.

Estaba solo en la ciudad. Había ido allí únicamente para despedirme de un amigo moribundo, un amigo griego de cabello oscuro con unos ojos de una tristeza enorme. Ahora, cuando pienso en sus ojos, no me explico cómo pude equivocarme tanto, cómo pude creer que mi amigo llegaría a viejo.

Era una de esas personas que está con nosotros por un breve espacio de tiempo, dejan un aroma a cálida humanidad a su paso, una humanidad cálida y pasajera, y después desaparecen para volver al lugar que les corresponde, el reino de los sueños.

Pues sí, hay seres que son sueños de un sueño, igual de ligeros, igual de hermosos e igual de mortales. Mi amigo era uno de ellos.

Fui al hospital, me senté un rato a su lado mientras la luz del este inundaba la habitación. Se quedó mirándome. Yo me quedé mirándole las manos desvalidas sobre la manta gris. Entonces dijo:

–¡Al menos voy a morir más cerca del socialismo que donde nací!

Eso dijo, y dirigió su triste mirada hacia el este y la apartó de mí. Nos echamos a reír en una última carcajada juntos.

Dos horas más tarde había muerto.

Iba deambulando por las calles, también aquella vez me temblaba el cuerpo entero y en la calle Lilla Robertsgatan vi a Lena. Venía hacia mí ataviada con un abrigo fino y una falda corta de flores. Primero vi sus piernas, y pensé: ¡esta mujer sí que tiene los pies en la tierra!

Eran unas piernas largas, poderosas, sobre las cuales su tronco liviano tenía un aspecto casi patético. Encaminé mis pasos directamente hacia ella, y ella no hizo ningún intento de modificar la trayectoria, el rumbo de colisión lo habían determinado fuerzas que nos superaban. Lo único que fue capaz de hacer fue quedarse allí plantada, y entonces me di cuenta de que no solo tenía los pies en la tierra, sino que crecía de ella.

Lo que ocurrió un instante después fue incomprensible. Hice lo mismo que Strindberg. Si bien no le pregunté si quería tener un hijo conmigo, sí le pregunté si quería cenar conmigo, cosa que hoy es prácticamente lo mismo.

Lena me miró a los ojos, se giró y cambió de dirección ciento ochenta grados, se cogió de mi brazo y respondió:

–¡Conozco un restaurante muy bueno!

Ay, lo magnánimo que se siente el ser humano cuando está en manos de fuerzas ocultas; si le dan un buen motivo, ¡se transforma en un dios generoso! El mejor motivo es la indefensión total, no la impotencia, pues la impotencia implica que uno quiere pero no puede.

Lena se vio totalmente indefensa ante el inesperado encuentro y ofreció la invitación con toda la furia sagrada de su pueblo.

Fuimos a un restaurante ruso de platos contundentes y vinos fuertes. Un hombre tocaba la balalaica y cantaba: «*Volga, Volga, ¡russkaja reka…!*» y me devolvió a Atenas a finales de los años cincuenta, cuando aprendía ruso junto a Leia, una mujer de treinta años de cabellos oscuros y ojos verdes; me quería con una devoción que me resultaba aterradora e incomprensible a partes iguales. Yo no la quería y precisamente por eso aprendí de ella todo lo que sé del amor.

La dejé tocar el instrumento que era mi cuerpo de dieciocho años, una vez escribió un poema largo y precioso sobre mi plexo solar –pienso en el poema de Leia cada vez que me veo en el espejo–, y otra vez nos quedamos tumbados en una playa solitaria desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la tarde y canté para ella, me pasé todo el día cantándole canciones griegas, rusas y francesas.

¿Recuerdas a Mouloudji y *un jour tu verras*?

Al día siguiente dejé a Leia. Joven, intrépido y cruel, dejé a Leia sola en el hotel y cogí el barco al Pireo. En el barco me esperaba Lin, judía, joven e intrépida. Antes de que terminara el trayecto, ya nos habíamos destrozado el uno al otro.

Ay, Dios, ¡toda esa gente a la que he tocado y que me ha tocado a mí!

Pues sí, así fue. Mi enamoramiento de Lena también tuvo su impulso en enamoramientos anteriores. Cada mujer que amé me enseñó a amar a otra mujer.

El hombre de la balalaica había empezado a cantar una melancólica canción de boda, se ve que los cosacos eran capaces de ser melancólicos en el momento del triunfo, y no pude más. Le hablé a Lena de mi amigo muerto. Ella lloró; no sollozando ni hipando, sino calladamente; vi cómo le nacían las lágrimas en aquellos ojos azules, gotas de sal de olas secretas que devastaban el lago del corazón.

Hasta la muerte de mi amigo había sacrificado en el altar del amor.

A la gente siempre le dan más pena los vivos que los muertos. No era solo que la muerte de mi amigo me hubiera armado de la desesperación

necesaria para arrojarme a los pies de Lena, además, la había utilizado a modo de ariete.

Luego dimos un paseo por el Brunnsparken. Había empezado a amanecer, una nueva luz del este iba conquistando la ciudad palmo a palmo, una luz que mi amigo no volvería a ver. Pero yo iba caminando junto a Lena y, en las copas de los tilos, aún ocultos por la niebla de la mañana, podía oír los estorninos.

Al cabo de un rato llegamos a un portal. Mi hotel quedaba al otro lado de la ciudad. Lena abrió la pesada puerta y dijo:

–Tengo un cuarto pequeño. ¡Pero la cama es grande!

Más tarde, cuando Lena se durmió como una niña con la boca entreabierta, me levanté y me senté en el único sillón que tenía. Los juegos del amor nunca habían sido tan desesperados –el placer más elevado presupone la desesperación–, nunca había alcanzado tanta conexión con otra persona a través de un tercero que estaba muerto.

Y cuando paseaba a tu lado siguiendo el rastro de la primavera por el jardín de un castillo envuelto en la bruma matutina donde era fácil ver vírgenes de otro tiempo vestidas de blanco deambulando soñadoras, entonces volví a traicionar a Lena, la tercera vez en la misma noche, y el gallo no cantó.

Estábamos delante de tu cuarto.

–Sé que la habitación es pequeña. ¡Pero la cama es muy grande! –dije bromeando.

Pero tú te volviste rápidamente hacia mí y cuando me incliné, retiraste la cara, aunque tus ojos parpadeaban como diciendo «más cerca». Cerraste la puerta, pero no con llave.

Mucho después comprendí que tú nunca cerrabas una puerta del todo.

# 4

Me quedé un buen rato delante de la puerta cerrada. De las otras habitaciones se escapaban hacia el pasillo fragmentos de conversaciones, fragmentos de gestos humanos; llegó un momento en que ya no sabía si la puerta me había dejado encerrado por fuera o por dentro. Y entonces me marché, aunque no solo hacia fuera. El pasillo conducía a los jardines. Pero en mis recuerdos viajé por otro pasillo distinto de una residencia de estudiantes donde viví durante varios años. Era una experiencia increíble quedarse en ese pasillo después de una fiesta.

Las puertas cerradas a ambos lados del estrecho corredor contaban secretos a voces, te podías quedar delante de cada una, tener una conversación confidencial con ella, si fuera posible, pero con las puertas cerradas nunca es posible.

Un pasillo largo lleno de puertas cerradas es el equivalente moderno del Gólgota. La exclusión total en medio de una cárcel superpoblada. ¡Al menos Él pudo respirar los aromas de la primavera!

En todo caso, volví a ver a Lena en uno de esos Gólgotas modernos. La primera noche me marché de su cuarto y de su cama sin despertarla. Pensaba que me merecía un sueño en soledad, me gusta dormir solo. Además, ¿qué más quedaba por decir o por hacer?

A mediodía pensaba regresar al Castillo de Tre Kronor, estaba dispuesto a dejar que Lena fuera una de esas personas a las que ves una sola vez. Los encuentros así encierran un dulce misterio, por eso también existe un dulce misterio en torno a la muerte: a la muerte la ves una sola vez.

De modo que me vestí a oscuras con pericia, desde la adolescencia había puesto en práctica la conocida máxima de Brummel según la cual uno alcanza la elegancia absoluta cuando consigue hacerse el nudo de la corbata

en penumbra, luego escribí mi nombre y mi dirección en un papel y me marché en silencio.

A las tres semanas me llegó una postal suya. No decía gran cosa. Decía: «te echo de menos…» pero nada más. No me molesté en responder. Pasaron los meses, mi amigo muerto no dejaba de volver a morirse en mi interior y, de repente, llegó la Navidad.

La residencia de estudiantes se vació de gente. Me negaba a creer que aquello fuera cierto. Solo quedábamos dos, Kim, de Corea del Sur, y yo. La historia de Kim era muy distinta a la mía, y aun así nuestras historias se parecían.

A mí me persiguieron en mi país porque mi padre era comunista. A Kim lo persiguió su padre porque él no era comunista pero Kim sí. De modo que Kim vino a Suecia, donde, en el noveno piso de la residencia de estudiantes, se dedicaba a preparar unos platos coreanos horrendos.

Así que él deambulaba de un lado para otro en la novena planta mientras que yo iba y venía por la primera. Nunca nos vimos los días de Navidad, pero el acre aroma de su cocina me terminaba alcanzando igualmente.

Llevaba dos días sin comer y dos noches sin dormir. Iba de aquí para allá por mi cuarto, de aquí para allá por el pasillo, miraba la nieve blanca del exterior, bajaba al cuarto de la tele y volvía a subir, estaba a punto de ponerme histérico cuando el día después de Navidad vi que un taxi se detenía delante de la residencia.

Una mujer joven se bajó del vehículo, sacó sin esfuerzo una maleta grande y desapareció por la puerta de entrada.

Salí corriendo detrás de ella. Pero le dio tiempo a meterse en el ascensor. Eché a correr escaleras arriba mientras oía bajar el repiqueteo de los zuecos de madera de Kim.

El ascensor se detuvo en la cuarta planta, más cerca de mí que de Kim. Dios había zanjado el duelo. Primero salió la maleta y después salió la joven. Era Lena.

Se había marchado de Helsinki para estudiar en Estocolmo.

–¿Qué puedes estudiar en Estocolmo que no puedas estudiar en Helsinki? –pregunté.

–¿Por qué no me respondiste a la postal? –preguntó ella.

No me dio tiempo a contestar, si es que iba a contestar, porque Kim ya casi había llegado. El repiqueteo de los zuecos se oía implacable, cada vez más cerca, así que me dirigí a la salida de emergencia y me libré de tener que decir una mentirijilla sin importancia. Las grandes mentiras me gustan, tienen un valor estético, pero las pequeñas son simplemente torpes.

–*She is mine* –le dije a Kim–. *I know her very well!*

Casi pude oír cómo el cuchillo atravesaba lo más fino de sus entrañas.

–*You are the biggest Greek pig I know!* –afirmó Kim, pero volvió a subir.

A él también le estaba carcomiendo los nervios la soledad.

De modo que volví a ver a Lena en un pasillo igual que el pasillo por el que caminaba cuando apartaste la cara y cerraste la puerta. Aunque sin echar la llave.

Esa noche dormí con Lena entre sus sábanas azules, que aún olían a mar; y me quedé dormido el primero.

Pero nadie se duerme teniendo en mente una puerta cerrada. Fui paseando por el jardín del castillo hasta mi zona, entré en mi cuarto, me tumbé en la cama sin quitarme la ropa.

Me apetecía una copa de vino blanco italiano, una copa de Frascati. Los vinos italianos son como los propios italianos: imprevisibles. Los vinos franceses, en cambio, son como los propios franceses: racionales.

Uno no debe emborracharse con vino francés. Corre el riesgo de irse a la cama siendo jefe de ventas y de despertarse siendo Pascal, y entonces te ha caído una desgracia.

Pero no había a mano ningún vino con el que emborracharme y no puedo hacer como mi hijo; no puedo conciliar el sueño rodeado de luz. Tiene que reinar la oscuridad absoluta, y la oscuridad absoluta no reina nunca en tu país, igual que nunca llega a reinar la claridad absoluta.

Estaba cansado. Mi trabajo ya no me interesaba. Sencillamente, llevaba demasiados años siendo profesor. Seguía manteniendo el sueño de terminar

la tesis, pero me servía más de excusa que de aliciente, una excusa para apartarme a veces, encender la pipa y sumirme en un sopor de placentera autocompasión.

Había empezado a decaer, pero ni Lena ni Johan querían saber nada de mi decadencia. Johan presumía de mí todo lo que podía ante sus compañeros, y Lena se volvía cada vez más estricta. Ya lo he dicho: no es zalamera.

Cuanto más decaía yo, más florecía ella. Se volvió más hermosa, más madura, más independiente. Yo me volvía más feo, más infantil, menos independiente.

Del pesado carro del matrimonio deben tirar los dos caballos, pero mientras que la yegua estaba cada vez más embarazada, el semental estaba a punto de quedar castrado y el potrillo se refugiaba cada vez más en la yegua.

Una noche, después de la cena, me había retirado a mi despacho. Me senté en el sillón negro, cogí un libro e hice como si estuviera leyendo. Johan entró conmigo y se sentó en el escritorio. Toqueteó un poco los bolígrafos, las cerillas y después, sin mirarme, preguntó:

–Papá, ¿por qué nunca tienes fuerzas para nada?

¿Qué se le puede responder a un hijo que pregunta algo así? ¿Y cuando uno sabe que no hay respuesta más importante? ¿Qué responde uno?

Lo miré, pero apartó la vista. Cuando por fin se atrevió a mirarme, me di cuenta de que yo la apartaba.

Había dejado de jugar con él casi por completo. Me tentaba con el fútbol, con el balonmano, incluso con el ajedrez, pero yo no mordía el anzuelo. No tenía fuerzas. El cansancio me lastraba las extremidades; el hastío, esa bruja apática, había atacado todas mis neuronas.

Esa era la situación cuando exclamé que te necesitaba y que siempre estaría agradecido de que existieras. Pero ahora hemos llegado al final, ahora hemos llegado a las últimas consecuencias de que aquella noche nos cogiéramos de la mano. Y ahora estoy tan cansado como entonces, pero por motivos muy distintos.

Ayer ya no me atrevía a seguir solo en ese cuarto silencioso. Ya hace tres semanas que vivo aquí, he hablado por teléfono con Lena varias veces, pero eso es todo. En general, reina el silencio, solo lo interrumpen las campanas de la iglesia de María Magdalena.

Eran más o menos las dos de la tarde, acababa de levantarme y de tomarme el café con ese desasosiego en los movimientos que caracteriza a quienes no están acostumbrados a vivir solos. Ya no leo los periódicos.

Me vestí y salí. Estaba cayendo una nieve fina, fría y húmeda; la notaba como gélidas agujas de acupuntura en la cara. Las campanas de María Magdalena estaban repicando a destiempo. Era un entierro. Sentí un fuerte impulso repentino por ver al difunto, así que me dirigí hacia la iglesia.

En el cementerio había dos jóvenes más, uno armado con una cámara enorme mientras que el otro iba trazando letras con el pie en la nieve. Para mi asombro, escribió «moraleja».

Los miré con atención, vi sus labios húmedos que irradiaban vida y me olvidé del difunto. Me quedé a cierta distancia atento a su juego en medio de las tumbas.

Pero entonces volvieron a repicar las campanas. Tenían un ritmo un tanto alegre, pensé, como si el alma del difunto tuviera prisa por llegar al cielo. ¡Ay, la crueldad del optimismo cristiano!

Entré en la iglesia y el guarda me preguntó qué era lo que me traía por allí. ¡No, nada! No podía confesarle que quería ver al difunto. Así que se me ocurrió responder con otra pregunta.

–¿Quién hizo esas campanas?

–¿Cómo? –Creía que me estaba quedando con él.

–Sí, verá, es que estoy trabajando en un libro sobre campanas. Y me gustaría saber quién hizo las de María Magdalena.

Resultó que no era fácil responder a mi pregunta «así de pronto», pero creía que las había hecho Bergholtz de Sigtuna. No me conformé con una afirmación tan imprecisa, así que insistí.

–¿Hay algún libro sobre la iglesia?

Por supuesto, había libros, y él se los había leído, pero no decían nada sobre las campanas.

Yo estaba obsesionado con las campanas.

–¿Se puede subir al campanario? ¿Tal vez el maestro campanero grabara su nombre…?

El guarda no tenía competencias en esa área. Debía consultarlo con un señor de aspecto severo que se encontraba al otro lado de la entrada. Hablaron entre susurros y luego volvió el guarda.

–¿De dónde es usted?

Al principio pensé que me estaba preguntando que si pertenecía a alguna institución, pero me corrigió.

–No, quiero decir, ¿de qué país es?

–¡Grecia!

–Ajá…

De nuevo volvió con el otro hombre dando unos pasitos, y hubo otra deliberación. Pero tuvo un final favorable, al menos para mí. Podía subir al campanario.

Encontraron una llave antigua, el guarda abrió la puerta de hierro, encendió la luz y me dejó solo con estas palabras:

–¡Avise antes de marcharse y apague la luz!

Cerró la puerta cuando entré. La escalera era estrecha, apenas cabía una persona. Fui subiendo mientras pensaba que, en entornos religiosos, ser griego siempre tenía una ventaja. Por lo demás no es ningún placer.

Los peldaños de madera estaban desgastados. Después de todo, la escalera llevaba allí más de doscientos años. Me dio una sensación de intimidad. Entonces llegué a otra puerta de hierro. Cuando la abrí, me encontré el campanario, pero aún me quedaban unos veinte escalones para llegar a las campanas.

Las miré primero desde abajo, poderosas setas de metal, guardianas de los mandamientos y las leyes de Dios.

Había cuatro. Una de ellas, la del centro, era una pieza espléndida, y la más grande de todas. El badajo colgaba inmóvil. En la sala reinaba la oscuridad. Había cuatro ventanas de hierro que estaban abiertas porque acababan de sonar las campanas. Se abren para dejar paso al sonido.

Sin darme cuenta, unas lágrimas redondas y relucientes me cayeron por las mejillas. No sé muy bien por qué empecé a llorar. Pero ya sabes que nunca me conformo con no saber.

Me coloqué junto a la ventana norte, miré la tormenta de nieve y pensé en por qué lloraba. Intentaba encontrar una palabra que se parecía a miedo pero no era eso; una palabra que también se parecía a angustia, pero no era eso. Puesto que nada me daba miedo y nada me angustiaba. Aun así, me estremecí por dentro por algo que se encontraba allí, que pertenecía a mi tiempo prehistórico, la sensación de haber contemplado el regazo lejano de mi madre, su cámara vital.

Y, de pronto, supe por qué lloraba. Lo que me rodeaba era la devoción, pero no la *mía*, sino la de los demás. Los maestros campaneros ya muertos que se habían esforzado en hacer esas campanas, los carpinteros que habían serrado esas vigas inmensas, que habían trabajado con miedo y angustia, pero cuyo trabajo había superado el miedo y la angustia al mismo tiempo. Dios debía de haberse sorprendido al ver el resultado.

El miedo y la angustia habían terminado transformándose en devoción, y rodeado por esa devoción rompí a llorar por el simple hecho de que yo no solo tenía una historia en el mundo, sino también una prehistoria.

Las campanas volvieron a sonar de improviso. El difunto había cumplido con sus obligaciones en el mundo de una vez por todas. Permanecer allí era insoportable. El eco era espantoso. Me tapé los oídos con las manos y miré asombrado cómo los badajos se iban alternando para golpear el metal. Temía no resistir la tentación de poner una mano entre la pared interna de la campana y el badajo. Estaba temblando de miedo.

Así que me quedé inmóvil tres minutos mientras continuaba el tañido. Paró de forma tan sorprendente como había empezado. Eso es lo más terrible de las campanas. El ritmo es tan uniforme que nunca anuncia el final. No hay ningún cambio en la respiración, como si tocaran la canción de la eternidad.

Las ventanas de hierro se cerraron automáticamente. Se hizo la oscuridad y ahora tengo que retirar lo que dije antes. En tu país también se

hace la oscuridad absoluta. Arriba en la sala de campanas de María Magdalena se hace la oscuridad absoluta.

Cuando bajé, el guarda esperaba impaciente. Lo miré a los ojos. No había en ellos ni rastro de devoción. Seguramente, tenía demasiado frío.

# 5

Te marchaste del castillo de Sundbyholm a la mañana siguiente, acompañada del otro experto. Te vi de pasada cuando subiste a su coche, un Volvo plateado. Tu abrigo también era gris. Él debió de decir algo, porque te reíste.

En general te reías con mucha frecuencia y nunca llegué a saber si tu risa era una respuesta o una pregunta. Esta noche quiero pensar en tu risa. He disfrutado mucho de ella.

Pero eso no es propio de mí. No me gusta la risa. Mi aversión surgió ya en los años cincuenta cuando las películas americanas presentaban la risa como la mayor prueba de afinidad.

*–Do you love him, dear?* –le preguntaba inquieta la madre americana a su hija y la hija respondía infalible:

*–I don't know… but we have good laughs together!* –Ante lo cual la madre respiraba aliviada.

Pues muy bien, entonces era amor.

Desde los sesenta no he conseguido que se ría ni una joven. Un par se han reído de mí, pero supongo que no es a eso a lo que se refieren con *good laughs together*. Una me llamaba «la rana». Nunca he llegado a perdonarla. Además, se casó con un payaso, así que supongo que los dioses oyeron mi maldición.

Unos años después leí a Platón. Él tampoco era muy dado a la risa. «Solo el que no se conoce a sí mismo es capaz de reír», predicaba, y no quería decir que quien se conocía comprendía que no tenía motivos para reír. No, puesto que esa manera de pensar habría sido triste y Platón no era triste.

Lo que Platón quería decir sencillamente es que si uno se conoce, no se sorprende. La risa se basa en las sorpresas y la sorpresa depende en muchas ocasiones de falta de conocimiento. Será por eso por lo que la mayoría de los chistes no toleran más que una escucha, y los ingleses que lo han comprendido se han inventado ese tipo de humor tan particular que ellos mismos denominan *the sudden fart humour*.

A Lena no le gustan nada las sorpresas. Tampoco se ríe muy a menudo y, cuando se ríe, se inclina hacia delante y se tapa la boca con la mano. Tu risa es muy distinta. Echas la cabeza hacia atrás como un caballo relinchando, con la boca completamente abierta, a veces incluso te veía las amígdalas temblando; te entregabas a la risa y precisamente en eso había una promesa implícita. Lena no promete nada cuando ríe. Oculta algo.

Me vi obligado a revisar a Platón. Uno no se ríe por falta de conocimiento. Uno se ríe por un conocimiento superior que no está presente tan a menudo. Bergson, el filósofo francés, que tampoco es que fuera un cachondo, lo expresaba mejor: «Nos reímos cada vez que una persona da la impresión de ser una cosa».

Tú te reías simplemente cada vez que la vida se volvía rígida. Lo que menos tolerabas era la rigidez, la repetición; la vida mecánica. Cada vez que me quedaba atrapado en un pensamiento desagradable, te enfurecías y, cuando tu furia no daba ningún resultado, recurrías a la risa.

Entonces pensé que también Bergson se equivocaba; pues no es que yo fuera una cosa, sino que tu risa me petrificaba. La risa es un suceso moral, pero hay pocas personas que lo hayan comprendido.

Lena tampoco se ha dado cuenta, pero siempre intenta ocultar la risa de forma espontánea. No quiere disfrutar de sí misma en público. No hay nada que provoque una indignación tan profunda como los seres que disfrutan de sí mismos en público. Pero la indignación nunca le ha impedido a nadie enamorarse.

Y en eso me convertí. En un enamorado, *innamorato*. Cuando el Volvo plateado desapareció, me di cuenta con creciente pavor de que me había enamorado. De tu risa. Y de ese modo me liberé por fin de la joven risueña que me llamaba «la rana» y que se casó con un payaso.

No solo son inescrutables los caminos del Señor; también lo son los de la liberación.

Pero lo importante no era esa libertad. La libertad que importaba, que era la que encarnaba tu risa, se encontraba en un nivel totalmente distinto. Ni Lena ni yo somos seres humanos libres, Lena es menos libre en su relación consigo misma que con su entorno, mientras que yo soy menos libre en relación con el entorno que conmigo mismo.

Lena mantiene sus alas cortadas por su propio bien; yo mantengo las mías cortadas por miedo a mi entorno. Ay, ¡cuánto he menguado en tu país! Mi risa ha desaparecido, mi predilección por el riesgo ha desaparecido, ese conocimiento que era fuente de felicidad ha desaparecido. Lo que queda se ha convertido en un marido, en un padre, en un funcionario.

Dicen que la liebre es muy temerosa, pero se atreve a dejar sus huellas en la nieve virgen: yo no. Yo soy más temeroso que la liebre.

Así que tu risa llegó a mi vida, el eco de una persona libre, y me enamoré tanto de la risa como de la persona. ¿O no? ¿Tal vez solo me enamoré de la risa?

¡Ojalá lo supiera! Muchos habrían sido más felices si hubieran sabido de qué se enamoraron. Yo debería haberme hecho esa pregunta entonces, no ahora. Pues ahora voy en una barquita de remos por el ancho río, un día la barquita llegará al mar y yo creeré que lo que he encontrado es el nacimiento del río.

Lo que podemos aprender del pasado deberíamos haberlo aprendido en el pasado, puesto que después es demasiado tarde. Y llega a ser demasiado tarde muy rápido.

Para mí llegó a ser muy tarde ya en el tren hacia Estocolmo. ¡Tu risa, eco de la libertad, se convirtió en mi prisión!

En la bella obra poética de Ovidio, *Las metamorfosis*, la que se enamora de Narciso es la ninfa Eco. En la vida real, fue al revés. Ya en el tren sentí pánico ante la sola idea de no volver a verte.

Iba en el compartimento con una colega, una mujer joven que se dirigía a Gävle. No podía soportar mi silencio.

–¡Te has vuelto muy sueco! –dijo con un tono incriminatorio y jocoso.

–¡Me acabo de enamorar! –respondí con el mismo tono.

Nunca debería haber dicho aquello. Pues mi contestación precipitó a la joven por un abismo de lágrimas, sollozos y lamentos, y cuando por fin descendió al valle del dolor solo pudo decir:

–¡Estos griegos! ¡Estos griegos!

Acababa de estar en Rodas con una amiga. Allí, por cumplir, se lio con un griego que, también por cumplir, se dejó liar. Pasaron unos días maravillosos. Pero la catástrofe estaba al acecho. A la joven le entró una diarrea terrible. Eso le impidió ver a su amigo, pero no le impidió al amigo ver a la amiga de su amiga y seducirla, cosa que la amiga reconoció entre lágrimas.

–¿Qué clase de gente sois? –concluyó su historia de sufrimiento y me miró con los ojos enrojecidos.

Otra vez me veía en la clásica situación. Otra vez tenía que responder en nombre de todos los griegos, en nombre de toda Grecia, y esta situación es precisamente la base de la falta de libertad. Pero mi joven colega me caía bien, no quería soltarle un discurso cargado de resentimiento.

–¡Los hombres griegos fueron dioses en otro tiempo! –dije–. No pueden olvidarlo, al mismo tiempo que saben que nunca más volverán a serlo.

–¡Qué tontería! –soltó ella con desprecio–. ¡La cuestión es que no veis a una mujer como un ser humano sino como un objeto sexual! –continuó furiosa, mientras rebuscaba en su bolso, sacaba un espejito elegantísimo y una polvera, se ponía de perfil y se empolvaba la nariz y las mejillas.

El gesto podría haberme supuesto una vía de escape. Allí estaba ella, reprobando la imagen sexualizada que el hombre tenía de la mujer al tiempo que se retocaba nerviosa la máscara sexual. Pero habría sido una vía de escape fácil; más bien sentía una honda simpatía por la incoherencia, ilustraba su alma perturbada de un modo más trágico que todas las palabras que hubiera podido pronunciar.

Quería decirle todo esto, pero no tenía palabras. Extendí la mano, le quité el espejo y la polvera.

–¡Eres bonita tal como estás! –dije sonriendo, y con eso volvimos a donde habíamos empezado, aunque había una diferencia: ahora los dos

conocíamos las exigencias y las reglas del juego, pero habíamos comprendido que no nos hacía falta jugarlo.

–¡Qué amable eres! –contestó ella con prudencia, y le dio el golpe de gracia a la tensión erótica del momento. En contextos donde interviene el deseo, la amabilidad es una cualidad discutible.

Luego la joven y yo nos quedamos sentados uno frente al otro y hablamos de todo tipo de cosas. Le había gustado mucho tu charla, a mí no. Me pareció dinámica y novedosa de más, pero es que ya no tengo veinticinco años.

Aunque no fue solo eso. Yo soy decididamente y sin remedio hijo de esa vieja parte del mundo que tiene un nombre griego: Europa. Le conté a la joven que tenía delante que Europa era una reina, una reina muy hermosa de un pueblo hermoso y antiguo, los fenicios. Pero entonces llegaron los helenos, el imperio de la época, y su primer dios, Zeus, se enamoró de Europa; se transformó en un toro, raptó a la bella reina y la llevó a Creta, donde ella le dio dos hijos: Minos y Radamantis, que fundaron la refinada civilización minoica.

Ahora existen otros toros que intentan raptar a nuestra Europa, de la que forma parte tu país, pero en tu país es normal invitar al toro a casa y escucharlo con atención. Sin embargo, yo no quiero escucharlo, soy decididamente y sin remedio un hijo de Europa.

Por eso no me gustó tu charla, que se basaba en teorías y estudios americanos, no me gustaban los términos de moda, las ideas de moda ni las opiniones de moda por el mismo motivo por el que no bebo vino californiano si puedo tener en la mesa una botella de Beaujolais.

Quizá estoy exagerando. Bueno, quizá sí. Pero no pienso permitir que el toro vuelva a llevarse a mi madre, cosa que cada vez más gente en tu país está dispuesta a consentir.

Todo esto no se me ocurrió mientras dabas la charla. Todo esto se me ocurrió mientras yo le daba la charla a la joven que tenía delante y, cuando me bajé del tren en Estocolmo, comprendí que lo que estaba haciendo no era más que levantar un muro entre tú y yo; bueno, no, eso no es cierto: estaba levantando un muro entre la posibilidad de no volver a verte y yo.

Vuelvo a encontrarme ante esa posibilidad. Al principio pensaba que no me quedaba más remedio que buscarte y ahora parece que no me queda más remedio que renunciar a ti. «¡Qué contradictoria puede ser una vida!» exclama uno entonces, pero suena demasiado frívolo.

Ahora estoy aquí sentado, en mi silencioso cuarto, para averiguar de qué contradicciones se compone la vida, y no pienso abandonar mi refugio hasta que sepa algo más que antes. Tengo la intención de crecer con mis nuevos conocimientos, si es que los cosecho.

También por eso te hablo. No quiero contar una historia de amor, y mucho menos a ti. Existe el riesgo de que sientas envidia de ti misma; lo que quiero es averiguar algo sobre la contradicción de la vida y para ello debo poder conversar con alguien. La conversación es el camino más antiguo y más transitable del conocimiento.

¡De modo que no te enfades, querida mía! Durante siglos, la vida de los seres humanos ha sido una ilustración de las intenciones de los dioses. Permíteme que utilice mi vida como ilustración de mis intenciones, y si con esto me estoy comparando con los dioses no es por soberbia; al final quizá resulte que es un deber.

¿Y si llegara una época en la que se pudiera decir «los humanos, con su bondad infinita, han liberado a los dioses de todos sus cometidos»? Pues eso, por una época así, me veo aquí ahora lamentándome.

# 6

«Lena llamó anoche.» En cuanto escribí esa oración tan sencilla me paré. La leí con atención. «Lena llamó anoche» por oposición a que Li llamó ayer. «Lena llamó anoche» por oposición a «Lena no llama nunca» o «Lena llamó anoche» como respuesta a la pregunta «¿cuándo llamó Lena?».

Una oración sencilla que oculta tres significados distintos. Una lengua más precisa tendría una sintaxis que permitiera un solo significado, pero no existe una lengua así de precisa. La ambigüedad de la lengua es lo que origina la responsabilidad del escritor, la sintaxis no es una manera de organizar las palabras, es una manera de organizar el mundo.

Por eso vuelvo a empezar.

«Lena tiene una particularidad, no domina los roles que se dan en una conversación telefónica. Cuando llama, suena como si cogiera el teléfono y, cuando coge el teléfono, suena como si llamara.»

Por ejemplo, si escribo «Lena llamó anoche» entonces he eliminado algunos de los significados irrelevantes de la oración, pero también he tenido que pagar algo a cambio; he tenido que renunciar a un comienzo de capítulo psicológicamente más emocionante a favor de otro más informativo y claro.

Ahí reside la responsabilidad moral del escritor. Organizar el mundo es una necesidad intelectual, cómo organiza uno el mundo es una acción moral.

Desde el punto de vista de esos requisitos básicos toda la literatura de misterio resulta mediocre como pensamiento e inmoral como acción; puesto que el misterio se basa o bien en la falta de claridad o bien en una información incompleta.

Puedo ver cómo meneas la cabeza mientras preguntas por qué tengo que decir todo esto. ¿Con quién estoy discutiendo?

No estoy discutiendo con nadie. Sin embargo, digo todo esto porque debo recordarme mi responsabilidad para contigo y con Lena y Johan y para con todos los demás.

En fin, no hablaré más del tema.

Cuando Lena llamó anoche, sufrí, para variar, un breve ataque de esquizofrenia. Siempre me hace sentir como si fuera yo el que ha llamado para contarle algo importante. Me quedé desconcertado cuando comprendí que no tenía nada importante que contar.

Entre Lena y yo las cosas siempre han sido igual. No empezamos a hablar desde el silencio, sino que empezamos a hablar con el silencio. Me gusta. No me cuesta hablar, pero siempre o casi siempre me cuesta arrancar.

No siempre ha sido así, pero lleva siendo así mucho tiempo. Me siento más seguro cuando estoy callado, me siento más como parte de un contexto que como quien queda fuera de dicho contexto. Cuando estoy con gente, rara vez quedo fuera del contexto, en cambio, siempre me siento fuera cuando hablo tu idioma.

Siempre, repito, siempre veo cómo las miradas se dirigen hacia mí, observadoras, sospechosas, fastidiadas; si al menos rompieran a reír, si al menos me señalaran y gritaran entre carcajadas «Joder, qué mal suena», entonces me liberarían de los sentimientos de culpa. De ese modo, los refuerzan, no están cómodos cuando hablo, en tu país no entienden que prefiero ser un payaso que una fuente de tormento. Pero a veces llegan a decirme en confianza «Qué pena que tengas acento, porque por lo demás hablas sueco muy bien». ¿No puedo hacer nada para mejorar el acento?

Claro que sí, pero no quiero. Es una cuestión de integridad. Prefiero ser un griego que habla sueco que fingir que soy sueco, y no es solo que prefiera esa situación; es que esa situación es la correcta, y de eso va precisamente la «integridad»: de preferir lo correcto.

Al final, Lena tampoco tenía nada concreto que decir. Así que allí estábamos, ella en su casa y yo en mi habitación enorme y preciosa, y no teníamos nada en concreto que decirnos, pero no resultaba incómodo.

Nunca me ha resultado incómodo estar en silencio con Lena, salvo aquellas veces en las que no quería estar callado y no me atrevía a hablar; y esas veces era por ti.

Siempre creemos que arruinamos las conversaciones de otras personas, pero lo que hacemos casi siempre es destruir su silencio compartido.

Le pregunté si nuestro hijo se había acostado ya, pero no. Estaba despierto dibujando sus barcos solitarios. Claro que Johan quería hablar conmigo.

–¡Hola, papá!

Su voz ligera e impaciente me alcanzó como una llamada de mis células más remotas.

–¡Hola, hijo! ¿Cómo estás?

–Bien… (Todas las preguntas lo sorprenden.)

–¿Qué has hecho hoy?

–He estado jugando…

–¿Con quién?

–Con un niño.

–¿Era bueno?

–¡No!

–¿Os habéis peleado?

–No… ¡Papá!

–Dime.

–¿Cuándo vienes a casa?

–¡Cuando me salgan alas!

Se ríe. Es una broma recurrente que tenemos. Había empezado una noche, dos años atrás, cuando se despertó completamente desesperado de un sueño; me acerqué para consolarlo, pero fue imposible. Me contó lo que había soñado; estaba comiendo una salchicha, pero de repente a la salchicha le salían alas y se iba volando.

Luego yo le dije que a las salchichas nunca les salen alas y que era más probable que me salieran alas a mí que a la salchicha. Aquello le pareció graciosísimo. No sé por qué. Desde entonces evocamos lo imposible aludiendo al sueño de Ícaro.

Dejó de reír de golpe.

–¡Papá!

–¿Qué?

–¡Adivina! (Así es como empieza cuando quiere algo. Ahora tengo que actuar bien. Si accedo al juego de adivinar, significa que ya he aceptado lo legítimo de su petición.)

–No, ¡no quiero adivinar nada!

–¡Qué tonto, papá! ¡Nunca te enteras de nada! –dice, y sabe que lo he entendido perfectamente.

Entonces me río satisfecho. Nunca estoy tan satisfecho como cuando mi hijo se queja de que no lo entiendo, pero él sabe que sí. Se rinde y también se ríe al otro lado del teléfono, se ríe al otro lado del mundo y me llega directo al corazón. Y lo sabe.

Pronto se descubre que lo que tenía en mente era un avión teledirigido. En fin, ya lo imaginaba. Le pasa el teléfono a su madre y oigo la risa alejándose.

–¡Ahí tienes un encargo! –comenta Lena, un poco seria.

–¡Pues sí! –reconozco un tanto avergonzado.

A ella le preocupa que lo mimemos. A mí no tanto. Tal vez se deba a que no sé lo que es mimar a alguien, mis padres me dieron todo lo que se podían permitir, no era mucho, pero era todo.

A veces sospecho que la idea de «mimar» se la inventaron los reprimidos, los que siempre están preocupados de no excederse en sus posibilidades, pero yo no quiero enseñarle a mi hijo el arte de obedecer, yo quiero enseñarle el arte de romper todos los límites que no sean suyos.

No quiero que mi hijo herede mi falta de libertad, quiero que herede mi sueño de libertad. Así que claro que lo mimo, le doy todo lo que puedo y le digo que el mundo es suyo y que él pertenece al mundo. Lo primero lo entiende ya, lo segundo llegará a entenderlo en su momento.

Mientras tanto va llenándome el corazón de consuelo. Esas noches largas que paso en vela me llega el sonido de sus pasos por el suelo del salón, cierro los ojos y escucho en mi cabeza el eco uniforme de los pasos resueltos. ¡Es increíble la resolución con la que pueden andar los niños!

Cuando Johan era aún más pequeño, hacíamos «trucos». Teníamos un dúo, el Dúo los Tombos, en el que él era el acróbata y yo el ancla. Andaba por encima de mi barriga para subirse a las rodillas elevadas y sus piececillos me atravesaban.

Sé que los humanos de todas las épocas han intentado expresar lo que un hijo ha implicado para ellos. Sé que no tengo nada nuevo que decir al respecto, pero para mí sí es nuevo. Hasta que nació mi hijo, siempre oía la voz de mi padre justo antes de quedarme dormido.

Desde que nació mi hijo, ya no oigo la voz de mi padre. Oigo los pasos de mi hijo. Es el tiempo que se acerca.

Lena lo sabe, por supuesto. Cuando llama siempre quiere que hable con Johan; ni para utilizarlo a él ni para presionarme a mí, sino para permitirme entrar en contacto con lo más hondo de mi ser.

Hemos vivido juntos mucho tiempo y ella sabe que tarde o temprano me acaba seduciendo lo real; Johan es lo real.

La primera vez que comprendí el significado de la «seducción» fue cuando él nació. Estuve presente en el parto y lo vi asentarse en el mundo –venía de nalgas– lleno de sangre, arrugado, cubierto de babas, ciego, pero aun así infinitamente hermoso, me enamoré de inmediato de él, de una forma casi atroz. Parecía muy viejo.

Yo te «seduje» de espaldas. Más adelante me contaste qué hizo que te detuvieras detrás de mí junto a la ventana del castillo: mi nuca.

Mi nuca despertó en ti la imagen sensual más antigua y quizá la más poderosa: una habitación, una ventana, un sol al atardecer, un hombre delante de la ventana.

Podías incluso ubicar la imagen, la habías visto en una película cuando eras muy joven. Te pregunté qué hacías en la habitación y me respondiste sonriendo:

–¡Estaba tumbada en la cama!

Entonces ocurrió algo extraordinario. Tu imagen creció a mi alrededor, no como una prisión, sino como una red, una red como la que tenían los gladiadores antaño, y aquel que caía en ella nunca salía con vida.

¡Ay, esas imágenes que dormitan en la orilla más superficial de la conciencia, esos espacios organizados que nos aguardan mientras dura la existencia…! Nos quedamos delante de la puerta temblando de anhelo, ¡y un día alguien pasa y nos empuja dentro sin piedad, accidentalmente y a ciegas!

Entonces nos enamoramos de ese paseante despistado que, con toda la razón, se siente totalmente inocente. Se habla mucho del misterio del amor. Bueno, pues este es el misterio del amor: el amado nunca entiende al amante.

Así vivimos nuestra vida, ansiosos por mantener vivo el misterio, pues de lo contrario nos convertimos en una esfinge sin enigma y olvidamos que el gran enigma es la propia esfinge.

# 7

De modo que dejé de pensar en cómo le iba a Laki Sarris. Y dediqué la semana entera a pensar en distintas estrategias para volver a acercarme a ti.

Intentaba comportarme como siempre en casa. En general lo conseguía, pero empezaron a aparecer ciertas señales. Por ejemplo, me despertaba en medio de la noche y me resultaba imposible volver a conciliar el sueño. Me despertaba sin motivo, no por una pesadilla ni nada parecido. Simplemente me despertaba.

A mi lado dormía Lena, ignorante y segura. Me avergonzaba y llegué a susurrarle al oído:

–Lo siento, ¡lo siento mucho! –Pero no lo sentía, o al menos no era solo eso.

En lo más hondo de mí había también un deseo de inquietarla. ¿Por qué?

Bueno, tal vez me diera la impresión de que su seguridad pesaba demasiado sobre nuestro matrimonio, su felicidad se había convertido en algo parecido a una carga. Así es, ¡la gente feliz puede convertirse en un gran peso!

«Si se me pega alguien feliz, me hundo», decía siempre un amigo mío. Nunca se le pegó nadie feliz y, aun así, se hundió.

Por supuesto que quería inquietar a Lena. Pero ella no se dejaba inquietar. Ya me había visto así antes. Conocía mis épocas de insomnio, me había visto derrumbarme de cansancio y confiaba en que lo superaría.

–¡No necesitas a nadie! ¡Y tampoco quieres que otros te necesiten! –me dijo una vez.

Solo me lo dijo una vez.

Así transcurrió la primera semana después de aquella noche en el castillo de Sundbyholm. No era capaz de llamar, por varias razones. Para empezar, en cierto sentido, eras mi superior. No llamas a tu jefe para preguntarle si puede tener la bondad de acostarse en tu cama.

Por otro lado, no me fío del teléfono. Despachar una voz es muy fácil; tomas una decisión sin ver cómo se refleja en la cara el efecto que produce. Cada decisión telefónica es una decisión alienada.

Además, llevo mucho tiempo irritado con el teléfono. Ha echado a perder el dramatismo moderno. Eurípides se inventó el *deus ex machina* para llevar a término sus dramas. Sófocles, que era más hábil que Eurípides, se contentó con el coro.

Pero hoy en día tenemos el teléfono. En cuanto una obra acaba en un callejón sin salida, ¿qué es lo que suena? No las campanas de la iglesia, sino un aparatito feo y corriente y entonces ¡PUM!, se produce una situación nueva. Elimina el teléfono de las obras modernas y no quedará nada.

En fin, esto ha sido un paréntesis. No quería llamar, sin más. Uno no escribe cartas de amor en una máquina de escribir eléctrica, y tampoco habla de su amor por teléfono. Así de sencillo.

¿Qué iba a hacer? Intenté ponerme a escribir varias veces, pero no fui capaz de redactar una carta razonable. No sabía si podía invocar la relación pasajera que habíamos tenido y, si no, ¿qué otra cosa podía invocar?

Pasaron los días. La primavera estaba cada vez más cerca, las tardes se iban volviendo más largas, casi insoportables. Una de esas tardes decidí acudir al aeropuerto de Arlanda. No tenía nada que hacer allí, pero, a veces, cuando la inquietud se hace demasiado latosa, me montaba en el coche y me iba al aeropuerto. Sencillamente quería estar en un lugar donde los viajes tienen su comienzo.

En Estocolmo escasean los lugares donde comenzar un viaje. En mi ciudad tenía el puerto en El Pireo, la estación de autobús interurbana y la estación de tren. Siempre iba allí cuando era joven. Me gustaba ver los viajes en las caras de la gente, era un espectáculo relajante.

Pero en Estocolmo la gente ha olvidado su pasado. Los vikingos están muertos. Nadie viaja desde Estocolmo. Si te sientas en la Estación Central a

observar a la gente, nunca sabes si van a París o a Upplands Väsby.

¿Por qué habéis olvidado el pasado en tu país?

Me monté en el coche y me encaminé hacia Arlanda. Conducía despacio, contemplaba el poderoso paisaje que descansaba al anochecer. «Una tierra joven», pensé. «He llegado a una tierra joven.»

Una vez en Arlanda, me dirigí hacia la zona de vuelos chárter, aparqué y entré en la inmensa sala. Me senté en una silla, me acaricié distraído el lóbulo de la oreja –una costumbre que se me ha pegado de Lena– y escuché el eco de los viajes. Mallorca, Tenerife, Chipre, Rodas.

La gente entraba en tropel en la sala, bronceados, ruidosos, agitados. El sonido de las botellas de licor, de los abrazos, de los encuentros y de las despedidas.

La voz de los altavoces me despabiló. El avión de Las Palmas acababa de aterrizar. Sentí un movimiento en mi interior, una señal secreta, el aire de la sala era más denso de repente, y costaba respirar. Estaba sudando.

Se me vino a la cabeza «¡Ay, qué sombras somos y qué sombras perseguimos!», esas fueron las palabras que pronunció William Pitt, el primer ministro inglés, en su lecho de muerte, y que precisamente esas palabras se me vinieran a la cabeza se debía a una idea, más bien un presentimiento repentino, casi inconsciente; me sentía irreal en medio de aquella realidad ensordecedora, podía ver mi cuerpo que, independiente de mí, había captado el cambio de aire y temblaba como una hoja de álamo ante un viento que nadie más percibía.

Esa es una de las limitaciones más dolorosas del ser humano, cuando más abierto está a la realidad es cuando más irreal se siente; por eso los místicos no son gente con un alto sentido de lo irreal, sino lo contrario: el místico es alguien que queda deslumbrado para siempre por las finas y duras partículas luminosas de la realidad y precisamente por eso es feliz e irreal un tiempo. Los santos corrientes son más reales y menos felices.

Finalmente supe con absoluta certeza que el avión de Las Palmas te había traído a mí. Mi euforia se transformó en una espera tranquila; estaba actuando igual que el resto de los que esperaban a mi alrededor. Iba de un

lado para otro, fumaba, me bebía una taza de eso que aún siguen llamando café y que es más bien una broma.

Cuando apareciste en la salida me sorprendí menos de que fueras en el avión de lo que me habría sorprendido si no hubieras estado. El pobre aduanero que debía inspeccionar tu equipaje no reaccionó. Se quedó como hechizado y solo se inclinó un poco cuando pasaste por delante de él con tu sonrisa de siempre, esa que no decía nada pero lo prometía todo.

Sin embargo, había que ser un maestro para poder percibir la diferencia, y el aduanero no era ningún maestro. Al hombre lo habían colocado allí para averiguar si alguien llevaba una botella de whisky o un cartón de tabaco de más. Había visto un sueño, y los sueños no pagan aduanas. Por el momento.

Mi primera reacción fue salir corriendo hacia ti. Mi primer pensamiento fue quedarme donde estaba. Tal vez te acompañara alguien. Los griegos no pueden permitirse el lujo de resultar más ridículos.

Más nervioso que un atleta antes de una competición, me puse a correr un poco allí mismo y, por extraño que parezca, mi cuerpo recordó la situación; fui atleta en mi juventud y, de pronto, te olvidé, había vuelto a mi felicidad de antaño; estar al lado de otros cinco muchachos, igual de nerviosos, igual de hambrientos; mirar de reojo el ritmo que llevaban, intentar determinar su rapidez guiándome por su elasticidad; y luego colocarme, encontrar el taco de salida correcto, limpiar con meticulosidad el lugar donde va la rodilla y, cuando resuena la pistola, salir disparado, al principio desde una posición inclinada para después ir enderezando el cuerpo, encontrar el ritmo definitivo, la posición definitiva para desplegar la máxima fuerza posible, y a tu lado tienes otros cinco muchachos poniendo sus cuerpos al límite con la misma generosidad.

Hay pocas personas que comprendan el deporte. En realidad, no se trata de ganar, se trata de esforzarse a muerte; una carrera perfecta provoca el mismo estado de éxtasis que un encuentro de amor perfecto.

Así que te olvidé el tiempo suficiente como para llegar a ver a un hombre alto y rubio que iba detrás de ti, por supuesto lo pararon en la aduana, y los ojos del aduanero destilaban instintos asesinos.

Os sonreísteis, vuestras sonrisas no iban destinadas a los demás, pero no erais inconscientes de los demás. Tú siempre eras consciente de los demás.

Entonces se apoderó de mí un dolor espantoso, normalmente lo llamaban celos, pero era dolor, pues sabía que así es como sonríe quien ha compartido lecho.

Había visto esa sonrisa antes, en la prehistoria del amor, era mucho más joven y me desmayé; me desplomé en medio de la calle, inconsciente por aquel dolor insoportable que te clava «mil alfileres de plata» en el cuerpo cuando vi a mi amante sonreírle a otro con aquella sonrisa tan abiertamente secreta. Se llamaba Maria. Se sigue llamando Maria.

Pero esta vez no me desmayé. Me quedé frío y helado, y entonces pasó algo. El hombre rubio saludó alegremente a otra mujer un poco más lejos; la mujer llevaba a un niño en brazos y tenía otro entre las piernas.

El hombre desapareció en sus brazos y los niños chillaron entusiasmados mientras tú te dabas la vuelta. Sentí un poco de pena de ti, de ti y de él también. El amor secreto o es esquizofrénico o conduce a la esquizofrenia.

También sentí alivio por su desaparición. La experiencia me ha enseñado que una persona que acaba de despedirse apresuradamente y en secreto es una persona muy sola, y una persona muy sola es una persona que no soporta su soledad.

Me acerqué sin que me vieras, te habías quedado quieta, rodeada de la despedida y de aquellas sonrisas abiertamente secretas, pero al mismo tiempo noté que en tus labios cobraba forma cierta rebeldía; ¡en fin, lo dejarías ir! ¡La vida no acababa ahí!

Resultó que yo era la continuación de la vida, que llegaba tan bien programada como un capítulo de las novelas de Dickens. Justo cuando iba a hablarte, el otro se giró una última vez, vi cómo se le helaba la sonrisa y una sombra se extendía sobre sus ojos azules.

Seguramente me incliné sobre ti de modo que mis intenciones resultaron tan imprecisas como el sol en un día nublado: todo el mundo puede adivinar por dónde va.

Lanzaste una última mirada al hombre, pero ahora yo me encontraba entre tú y él. No me reconociste enseguida, y aún estaba a tiempo de marcharme, aún no se había pronunciado ninguna palabra, pero me quedé en mi sitio entre tú y él o entre él y tú.

Me quedé y cuando vi en tus ojos que me reconocías, noté que una alegría inmensa me recorría el cuerpo como una avalancha del cuello hacia abajo.

¡Ay, Dios mío! ¡Si eres tú!

Al principio era yo el que llevaba dentro el camino de la alegría, pero después fue la ola de alegría la que me transportó a mí, y te pregunté con un brillo inocente en la mirada si podía llevarte a la ciudad.

Habías visto mi dicha. Y ahora que ha pasado tanto tiempo sé que fue esa dicha la que te sedujo. Nada te atraía más que ver la alegría en los ojos de los demás, una alegría cuya causa eras tú y solo tú.

Y ahora que ha pasado tanto tiempo, me pregunto de dónde surgió mi alegría. ¿Fue mi reacción a tu persona o fue una invención traicionera del amor? ¿Tenía yo acaso conocimiento de tu punto débil?

En pocas palabras, ¿era una alegría que me sobrevino a mí o fue una alegría que creé yo?; no, puede que yo no, más bien la otra persona que llevo dentro, la persona que una vez vivió la era prehistórica del amor y que lo sabe todo del amor, lo que tiene de afecto y lo que tiene de juego.

Pero esas cuestiones no eran las que me preocupaban entonces. Había otra pregunta que me atormentaba, porque deseaba hacerla y me aterrorizaba hacerla. Al final, el deseo venció al miedo.

Apenas te había dado tiempo a sentarte en el coche cuando, horrorizado por mi valentía, te pregunté:

–¿Me has echado de menos?

Fue una pregunta casi ridícula, pero, gracias a Dios, no respondiste. Te tocaba a ti no responder. Esbozaste una sonrisa ingeniosa, como si hubieras sido tú la que habías organizado el encuentro.

Acabé hallando el ritmo adecuado para conducir. Casi te había olvidado cuando estalló una tormenta primaveral, una tormenta primaveral y resplandeciente. La lluvia caía con fuerza, los relámpagos resonaban

apagados por encima de nuestras cabezas, el paisaje desaparecía detrás de la niebla, pero a veces volvía a brillar mojado como un caballo recién nacido.

Regresó mi alegría efervescente, pero de otro tiempo. De niño me encantaba quedarme fuera cuando llegaban las tormentas súbitas de abril. Desafiaba la prohibición de mi madre, me escapaba y recorría el camino entero desde el pueblo hasta el cementerio e iba gritando todo el tiempo, iba chillando y compitiendo con el viento, y cuanto más bramaba la tormenta, más bramaba yo, y ofendía a los poderes celestes embriagado de aquella vida mía que bullía vigorosa en mis adentros. ¡Ay, qué feliz era!

Me volví hacia ti. Tú no eras tan feliz. Se te veía pequeña, cansada, y estabas temblando.

–¿Tienes frío? –pregunté.

–Sí, un poco…

Reduje la marcha, conduje más despacio e intenté comprender por qué ni mi pregunta ni tu respuesta parecían verdaderas, lo que significa que parecían tratar de otra cosa.

Pero ¿qué?

El temporal arreció. La lluvia golpeaba las ventanas como un percusionista poseso. Empecé a conducir aún más despacio.

Entonces lo comprendí. Mi pregunta y tu respuesta nos habían hecho pasar una fase, eran íntimas de una forma definitiva, no eran íntimas de una forma alentadora. Las palabras no significaban nada, lo que tenía significado era el tono, la voz que uno tiene cuando después del abrazo ve el cuerpo amado estremeciéndose y dice: «¿Tienes frío?» y la otra persona responde siempre: «Sí, un poco…».

Eso respondía Lena y eso respondiste tú. Eso pregunté yo y seguro que eso preguntó también el hombre rubio que acababas de dejar atrás.

Ya habíamos compartido lecho, yo lo sabía y tú lo sabías. Lo demás carece de significado; dos cuerpos bajo la misma manta siempre han sido más o menos lo mismo: dos cuerpos bajo la misma manta.

La tormenta cesó justo después del motel de Esso en la carretera de Arlanda. Cuando pasamos por el cementerio de Solna, el sol volvió a salir como una ironía celestial.

Me dirigí al cementerio y le compré una flor a un florista malhumorado. Era demasiado pronto para las peonías, así que te compré un clavel.

# 8

Cuando te di la flor reaccionaste igual que Lena, sonriendo insegura, y siempre me he preguntado por qué las mujeres se vuelven inseguras y tímidas ante una flor. ¿Acaso dormita la virgen María en vuestro interior?

La última vez que le di una flor a Lena fue en su cumpleaños. Mi hijo y yo fuimos a Saltsjöbaden para comprar las flores. No sé por qué a Saltsjöbaden precisamente, tal vez se debiera a que era un bonito día de marzo; también a que no quería darle a Lena una flor que hubiera comprado en tierra firme.

No quería ir con mi hijo a una floristería, un jardín falso entre montones de hormigón; quería que cogiéramos una flor que hubiera respirado el aire del mar, un aire y un color que son la esencia más íntima de Lena.

Ya lo he dicho antes. Ella es azul marino, y nunca la he visto más feliz que aquel verano que pasamos en Sørlandet, en una cala recóndita de aguas frías y azules.

Lena bajaba todos los días al estrecho de Skagerrak. Se ponía un albornoz azul y descendía al mar con paso lento. Yo me quedaba en casa observándola desde la ventana de la cocina y, en cierto modo, estaba orgulloso y agradecido por ella.

Al regresar venía helada, sus pechos pequeños, que aún no habían dado de mamar, sobresalían firmes; tenía la piel lisa y suave. Fue allí, en aquella cala, donde Johan comenzó su recorrido hacia la luz.

Sé exactamente qué noche abrió Lena su cuerpo para albergar una nueva vida. El color de las mejillas no era el de siempre, su calidez no era la de siempre; hubo muchas señales secretas e insinuaciones entre nosotros aquella noche, y nos dormimos siendo dos, pero despertaríamos siendo tres.

Ella era feliz entonces, pero prudente, como siempre. Mejor no provocar la ira de los dioses, agachaba la cabeza sobre la barriga cada vez más y al final hasta los dioses debieron de pensar que era devoción. Pero era Johan.

Johan, que se sentaba detrás de mí en el coche, que hacía preguntas acerca de todo, que debatía acerca de todo; Johan, que mantenía la espalda recta como si le diera miedo perder un milímetro de su estatura.

–¿Crees que Lena es guapa? –le pregunté.

–¿Por qué me preguntas eso? –me preguntó él a mí.

–Bueno, por saberlo.

–¿Cómo que por saberlo?

–¡Que tengo curiosidad por lo que piensas!

–¡Papá! (Cuando utiliza ese tono sé que me va a dar una lección.)

–¿Qué pasa?

–¡La curiosidad es una chorrada!

–¡Anda ya! ¡La curiosidad es el principio de la filosofía!

–¡Pues entonces la filosofía es una chorrada!

–¡Puede ser!

–¿Cómo que puede ser? Papá, ¡no te decides nunca por nada!

–¡Pero hijo mío! Solo te he preguntado que si Lena te parecía guapa.

–¡Como si no lo supieras!

–¿Qué es lo que no sé?

–¡Pero si tiene unos muslos muy sexis!

–Perdón…

–Claro, es un auténtico bombón.

Y soltó una carcajada. Parecía que el complejo de Edipo aún no había hecho presa en él. Estaba orgulloso de su madre y estaba aún más orgulloso por la noche mientras poníamos la mesa juntos.

Cuando Lena llegó a casa del trabajo, le entregó las flores entre risitas, unos jacintos, y ella sonrió tan tímida e insegura como tú cuando te di el clavel.

Si cierro los ojos, todavía puedo ver en mi cerebro el clavel resplandeciendo como un sol que acaba de estallar; todavía puedo ver los

jacintos extendiendo su ternura azul como una lamparita. ¡Al amor le resulta útil la buena memoria!

Casi me gustaría decir que solo la gente con muy buena memoria puede saber lo que es el amor. La idea no es nueva. Platón pensaba mucho en la «anamnesis», que quiere decir «recuerdo», pero un recuerdo que es común para todos, y un ser humano inteligente es un ser humano que a veces tiene la suerte de ver un atisbo de ese recuerdo colectivo, de ese paisaje humano común.

La historia cultural de un pueblo es la historia de las distintas formas que ese pueblo tiene de aproximarse a la «anamnesis». Basta con un vistazo rápido para observar que nuestra cultura ha estado menguando continuamente nuestras posibilidades. Las ventanas a la «anamnesis» se están cerrando.

Por esa razón el amor entre hombre y mujer se ha vuelto cada vez más importante. Es una de las dos vías que aún parecen posibles. La otra es el análisis; me refiero al psicoanálisis.

Nuestras almas no están más enfermas ahora que antes, pero buscan en la enfermedad un callejón para volver a la «anamnesis», cuando formaban parte de un alma mayor; donde no estaban solas y el sentido de la vida no era un problema individual, donde el sentido de la vida no era un problema en absoluto.

A veces me divierto dividiendo el pensamiento humano en tres periodos: el platónico en el que la «anamnesis» era esencial; el freudiano en el que el inconsciente se volvió esencial, y el marxista, en el que la alienación es esencial.

La anamnesis, el inconsciente, la alienación: los tres conceptos aluden a distintas formas de relacionarnos con el pasado, con un conocimiento perdido.

Para Platón era la confianza, para Freud se convirtió en una sospecha y para Marx, finalmente, una circunstancia amarga. Mientras que Platón consideraba que había una falta de conocimiento verdadero que taponara las puertas a la «anamnesis», Freud designó a la vida privada como el malo de la película y Marx, a un sistema económico concreto, el capitalismo.

El resultado fue que la vida se volvió más estrecha. La vida no ha dejado de volverse más estrecha desde la muerte de Platón.

¿Por qué?

Lo que falta son las preguntas. Antes hacíamos preguntas. «¿Qué es el bien?» «¿Qué es el mal?» «¿Cómo hay que vivir?»

Pero designamos estas preguntas como «eternas» e «irresolubles». Las neutralizamos, incluso llegamos a llamarlas «absurdas», y no por sabiduría, sino por miedo.

La gente teme las preguntas, quiere que le respondan y que la guíen.

Mira tu país. ¿Por qué crees que solo hay un par de grandes periódicos? Ya, sí, yo también sé cuáles son las circunstancias económicas, pero hay más razones, y una de ellas es que la gente no quiere oír voces contradictorias, una sola voz y una voz poderosa es lo que tiene que haber, y procuramos que así sea.

Por otra parte, tenemos una floreciente prensa semanal cuya mayor cualidad es que da igual que leas una u otra revista. El mensaje es el mismo: no pienses en tu vida, cómprala.

Veo enseguida cómo te vuelves desobediente, cómo lanzas miradas seductoras al grupo para conseguir alianzas pasajeras y confabularte con ellos.

Yo no soy mucho mejor, desde luego. Yo también estaba adormilado hasta que tú apareciste en mi vida y, contigo, la necesidad de elegir. Tardé mucho en comprender que la elección no era entre Lena y tú, la elección no era entre dos mujeres, sino entre un mundo que podía crear y otro que podía no crear.

Hay que sentirse herido, profundamente herido, para empezar a hacer preguntas. Por supuesto, yo también estaba adormilado y solo a veces, cuando estaba herido, acudía a la estantería en busca de Baruch Spinoza o Platón. Pero sobre todo Spinoza, el judío de los judíos; no solo lo persiguieron por ser judío, los propios judíos también lo persiguieron porque hacía preguntas.

A nadie le interesaban sus respuestas. El delito eran las preguntas. Incluso utilizó la geometría para darse a sí mismo pruebas sobre su moral,

tan profunda era la desesperación que le provocaba un mundo sin certezas.

En realidad, demostró que hasta la geometría era cuestión de moral, y lo sabía. Por eso siempre estaba de buen humor, pese a que intentaron matarlo a puñaladas, aunque lo persiguieron y se burlaron de él. Baruch Spinoza era un Jesús más alegre y más inteligente, pero la gente prefería a Jesús.

Mi amigo, el que murió en Helsinki más cerca del socialismo que cuando nació, decía a veces que las afirmaciones más sensatas acerca del mundo y la vida de la gente son las preguntas que hacemos sobre ellos.

Él fue el que me dio a leer a Baruch Spinoza cuando cumplí treinta y en la portadilla escribió: «Para que sigas preguntando como cuando tenías quince años».

Pero dejé de preguntar. Solo a veces, cuando estaba herido y necesitaba ver mi vida *sub specie aeternitatis* –¿sabes latín? Spinoza tampoco sabía, pero aprendió para poder plantear sus preguntas– recurría al judío de los judíos y leía un poco. Daba igual dónde empezara, como da igual dónde empieza un sueño.

Son poquísimos los que han llegado tan lejos en su razonamiento como Baruch Spinoza, y son poquísimos los que se han reído tanto como él, según sus biógrafos. Pero yo no me puedo reír. Estoy aquí en esta habitación del siglo XVIII, en una ciudad que es hermosa, pero que no es mía, y tiemblo de espanto y de anhelo, mientras las preguntas revolotean a mi alrededor como polillas excepcionales.

Sin embargo, no pienso abandonar este espacio sin antes haber reconocido todas y cada una de ellas.

# 9

No tardé en comprender que tenías la costumbre de crear alianzas pasajeras. Estabas siempre metida en un juego con la persona a la que amabas, tu necesidad de estar segura de mi afecto a veces cobraba proporciones absurdas.

Me dejaba provocar, al menos, la mayoría de las veces. Teníamos conversaciones horribles en las que te atacaba con lo único con lo que se puede atacar a una mujer hermosa, el carácter, y percibía en tus ojos un destello del deseo más desvergonzado. Cuando habías conseguido que me pusiera hecho una furia, entonces me deseabas.

Puede que suene como un novicio. Bueno, en realidad es algo que nunca me he creído, sobre todo desde que leí por quinta vez *Los hermanos Karamázov* y me enteré de cómo es un novicio.

Pero la verdad es que tomaste el mando de nuestro amor con la misma resolución con la que el mariscal Zhúkov asumió la defensa de Moscú. Cuando por fin te quedó claro que me querías, también quedó claro que nadie me había querido nunca como tú y que yo nunca te querría como tú me querías a mí.

Cuando dije que me gustabas, tú dijiste que me querías. Cuando dije que te quería, tú dijiste que me adorabas. Cuando dije que te adoraba, tú empezaste a ligar con otro.

Era un imperialismo sentimental absoluto, si me permites el término. Me resistía como un poseso, pero estaba derrotado de antemano, pues te quería, pero mi amor se fue volviendo cada vez más callado. Al final, solo quedaban los gestos elementales. Y entonces, una profunda desesperación se apoderó de ti.

Pero no podías detenerte. Un instinto fuerte y secreto te obligaba a consumir el amor, tanto su alegría como su dolor, cuanto antes y en la mayor cantidad posible. Me recordaste a Zorba, el héroe de la novela de Nikos Kazantzakis. Cuando le apetecían cerezas, las comía en tal cantidad que enfermaba, pero se liberaba de su deseo.

Tú, en cambio, tuviste un poco de mala suerte, puesto que mi deseo de que me comieran y, por tanto, de que lloraran por mí solo era pasajero, aunque fuerte. Cuando el deseo era más acuciante, pasamos en vela la noche de la absolución. Cuanto más pienso en ello, más me convenzo de que esa noche intentamos volver a nacer el uno para el otro totalmente en serio.

Fracasamos. Igual que todos los que nos precedieron.

Pero ahora mismo no soy capaz de pensar en la noche de la absolución. Ahora mismo me duele de soledad el cuerpo entero. Es la tercera semana que llevo aquí. El tercer día, la tercera semana, el tercer mes, el tercer año siempre son los más difíciles en todos los terrenos.

Es curioso el efecto que tiene la soledad en el carácter de un ser humano. Ahora comprendo por fin lo que el solitario apóstol y mártir de la soledad Friedrich Nietzsche quería decir cuando, en tono triunfal, constató que la soledad puede convertirlo a uno en un dios, pero no en una buena persona.

Una persona solitaria es una persona sin cualidades o una persona que ha perdido sus cualidades. ¿Sabías, por cierto, que «idiota» en griego significa «individual»?

Pues sí, los griegos lo han entendido; sin prójimo, los seres humanos no son seres humanos. La vida griega es ante todo vida en común. Y yo soy griego.

Pero ahora he decidido poner a prueba los límites de la soledad y los míos propios. Estoy observando el teléfono y me doy cuenta de que la mano se pone nerviosa, quiere cogerlo; de cómo la espalda se reclina para tener la conversación telefónica habitual.

Todo mi cuerpo tiembla por el deseo de hablar. Tengo palabras almacenadas en cada una de mis millones de células, todo «yo» es un relato

extenso, un relato inmensamente extenso que nunca llegará a contarse.

Por lo demás, la palabra «yo» debería ser la más larga del lenguaje; en realidad es de las más cortas. Es una de las muchas paradojas que simplifican la vida, pues la función más esencial de la paradoja es la simplificación, no la complicación. La paradoja es la forma que tiene el ser humano de sacarle la lengua a la complicación, al tiempo que la expresa.

Pero es precisamente la complicación lo que se descubre en soledad, y entonces de lo que se trata es de que la persona no se deshaga. Intento mantener los hábitos. Me aseo, me peino, doy mis paseos nocturnos para ver a los cisnes durmiendo en Strömmen.

Estoy convencido de que una persona sola camina por una ciudad completamente distinta a la de la gente que va en pareja o en grupo. Stockholmia nordica, Stockholmiana, el Castillo de Tre Kronor y el bando de Birger Jarl no muestran su cara hasta que uno pasea solo.

Anoche me encontré a Pentti en el pasaje Gula Gången. Hacía muchísimo frío y Pentti iba encogido, con el cuerpo envuelto en el abrigo hecho jirones, intentaba mantenerse despierto, pero estaba demasiado cansado para andar, así que hizo lo que siempre hacían en el frente.

Se encendió un cigarro, lo sostuvo entre los dedos y se quedó dormido hasta que el cigarro lo despertó al quemarlo, y se encendió otro. Yo he hecho lo mismo en el ejército, aunque no había guerra; uno descansa un poco y se quema un poco, pero el frío no te mata.

Ya he hablado de la pareja de palomas que viven justo por encima de mi cuarto. En fin, no puedo alimentarlas, así que Pentti se ha convertido en mi «paloma». Lo alimento con cigarros, una tarta de chocolate o media botella de Koskenkorva.

–*Kiitos!* –dice sin mirarme.

¿Qué más daba quién fuera yo? Pentti está por encima de todas las convenciones y todas las normas. La soledad ha borrado todas sus cualidades y lo ha llevado más allá de las convenciones, al tiempo que lo ha transformado en una convención, la convención del desdichado inmigrante finlandés.

La soledad está a punto de hacer lo mismo conmigo, o sea, de transformarme en una convención sobre el inmigrante griego, pobre y sobrio, pero que no es de fiar.

Cuando dejé a Pentti con suficientes cigarros para la vigilia que lo mantiene vivo, continué bajando como siempre hacia Strömmen. Era alrededor de medianoche, los cines dormían, pero el Operabaren estaba abierto. En las preciosas ventanas resplandecía una luz suave y de pronto se apoderó de mí el deseo impetuoso de poder estar entre personas, aunque ni ellos me dirigieran la palabra a mí ni yo a ellos.

¡Pero ah! El Operabaren tiene un perro, el perro se llama Adolf, aunque debería llamarse Cerbero y vigilar la puerta al inframundo. Adolf es un hombre grande con una cara grande, malvada y servil. No me dejó entrar.

–¡Está lleno! –ladró.

Al mismo tiempo, un taxi se detuvo delante del bar. Se bajó una pareja salvaje y vulgar, él con un esmoquin bajo el abrigo de piel y ella con una falda larga bajo el abrigo de piel. Cerbero hizo tal reverencia que casi da con la frente en el asfalto, pero a mí me repitió que estaba lleno.

–¿Cómo es posible? –me permití preguntar rabiando de frío, anhelo, ira y amargura.

–¡En este país los restaurantes están llenos cada dos por tres! –dijo Adolf riéndose, aunque a mí me pareció que aullaba.

Ahí estaba. Cuando una persona empieza con la fatídica frase de «en este país», ya sé que no me habla a mí sino a la convención del inmigrante griego, y la gente puede ser muy despiadada con las convenciones.

A Lena no le gusta cuando cuento estas cosas. Le dan pena todos los Adolf de tu país; dice que en realidad lo que están expresando es su impotencia. Pero yo no me trago ese razonamiento, pues lo que les falta a todos los Adolf no es poder real sino un buen corazón y la comprensión esencial de que lo que tienen delante es un ser humano muerto de frío y lleno de anhelo. Pero Adolf carece de esa comprensión; él sabe reconocer un abrigo de piel caro, pero no sabe reconocer un ser humano.

Qué va, querida Lena. Dale las gracias a tu dios de que Adolf no tenga poder, pues el que se hizo con el poder en Alemania hace cuarenta años fue

un Adolf y todos sabemos cómo salió aquello.

–¡Para ser socialista eres muy reaccionario! –dice Lena sonriendo.

Aún no he conseguido convencerla de que el socialismo no va de cargarle todos nuestros fracasos a la sociedad.

Aunque quizá Lena tenga razón. Solo que yo no lo puedo entender, no puedo aceptar y no puedo habitar un mundo en el que nadie tiene ninguna responsabilidad de nada o, más bien, en el que la responsabilidad al completo reside en un ser no material, ya sea Dios o el Estado. No acepto ninguna teología con independencia de lo científica que sea.

Quiero vivir una vida que valga la pena y para ello necesito todas esas categorías antiguas: el mal, el bien, lo bello, la voluntad, lo justo; pues esas categorías son precisamente las que presuponen un mundo poblado por seres humanos y no por robots.

Ay, Dios, qué cursi me vuelvo cuando pienso en estas cosas. En casa teníamos discusiones homéricas, que terminaban siempre conmigo enfurecido sobre todo porque yo me daba cuenta de que Lena era una «buena» persona, mientras que yo era un perro herido, que ladra y ladra… Bueno, ¡no solo un perro!

Sin embargo, hay veces en las que me siento enteramente como un perro. Me pasa cuando como solo. No sé muy bien por qué, pero me veo como un animal, un animalito asqueroso cuando me siento a la mesa sin otra cara enfrente.

Se me llenan los ojos de lágrimas –qué se me iba a llenar de lágrimas si no– del asco que me doy; me embarga un dolor hondo, no es autocompasión –sé cuál es la diferencia– sino un dolor por los movimientos; por el hambre; por la boca, que se me hace agua; por este eterno rumiar.

¿Hay un sonido más horrible que el del panecillo crujiente explotando en una cabeza solitaria?

Ayer la soledad y el sonido del panecillo fueron demasiado. Vomité. Después me dirigí corriendo al teléfono para llamar mientras me limpiaba la boca. Pero terminé con el teléfono levantado y sin ningún sitio al que llamar.

¿A quién iba a llamar? O a ti o a Lena; a ti no podía llamarte, era lo que habíamos acordado; y a Lena no tenía ningún derecho a llamarla, era la promesa que me había hecho a mí mismo.

No tenía ganas de llamar a nadie más. Después de quince años viviendo en tu país no tengo amigos. Hay pocas cosas más difíciles que hacerse amigo de un hombre de tu país; no se puede hablar de cómo van las cosas del alma y no se puede hablar de cómo van las cosas del miembro viril.

¡No merece la pena hablar de otras cosas con tus amigos, creo yo!

Antes me quejaba mucho de eso, en privado y en público, pero cuando me empezaron a llegar a casa escritos de clubes homosexuales me di cuenta de que me habían malinterpretado, me di cuenta de que había ido a parar al país de mi anhelo, donde nadie me anhelaba.

De modo que ahora me callo y le doy palmaditas en la espalda a la gente, y esa es la única información que tengo sobre ellos, cómo es darles palmaditas en la espalda. A cambio, he podido averiguar lo que se siente cuando ellos te dan palmaditas en la espalda; y una cosa te voy a decir: ¡no te pongas al borde de un precipicio!

¿Por qué llamo a tu país el país de mi anhelo? ¿Cómo puedo saberlo? Lo único que sé es que en lo más hondo de mi corazón hay oculto un ciudadano nórdico, un cazador solitario con una escopeta rota y con falta de cartuchos, lo único que no le faltan son lobos.

¿Cómo puedo saber si uno de los comandantes de Rúrik no dejó embarazada a una madre lejana mía? ¿Cómo puedo saber si un antepasado lejano mío no se dedicó a rasgar velas en medio del mar Egeo y dejó que su mirada azul se llenara de lágrimas de emoción?

Pues no, no llegaré a saberlo nunca. En realidad, tampoco es necesario. Puedo estar tranquilo con mi anhelo lejano y pagano, puedo estar tranquilo con mi amor ilegal.

En todo caso, no llamé a nadie. A veces puede resultar difícil llamar. Pero no llamar es por lo general más difícil. Me obligué a quedarme sentado muy quieto y a contemplar las paredes blanquísimas.

Lena las había pintado con esmero, no confiaba en que yo fuera a hacerlo igual de bien y tenía toda la razón. Yo no lo habría hecho igual de

bien.

Lena tiene la capacidad de tomarse en serio cualquier trabajo. Yo no la tengo. Pero la voy a conseguir; ¡la voy a conseguir!

# 10

El enamoramiento tiene la cualidad de hacernos cometer todos los errores del pasado con la convicción de que son nuevos. El mayor error que cometimos nosotros fue que subestimamos nuestras condiciones de vida. En lugar de tenerlas en cuenta en serio, las utilizamos como bastidores; Lena y mi hijo se convirtieron en figurantes, y con su ayuda interpreté el papel protagonista.

Pero tampoco tuvimos en cuenta tus condiciones, que eran menos complicadas que las mías, pero igual de serias. No tenías que separarte de nadie, salvo de aquel hombre rubio y de él te deshiciste rápido.

No sé cómo, pero me llegó un telegrama al colegio y el conserje, que fue el que me lo trajo, se moría de curiosidad. Creo que era la primera vez que tenía que entregar un telegrama.

Esperé para abrir el sobre; quería estar a solas con el mensaje, no pensé en ningún momento que pudieras ser tú. Pensé que habría pasado algo en Grecia –y cada vez que digo «habría pasado algo en Grecia» me refiero a la muerte de mi padre– así que retorcí las manos con desesperación incipiente y esperé a que el conserje se marchara, pero no se iba.

Lo miré. No, me había equivocado; no era solo curiosidad, estaba preocupado y entonces abrí el telegrama. Rezaba: «Una puerta se ha cerrado. Otra puerta se ha abierto… Tuya, Li».

Rompí a reír tontamente. El conserje preguntó compasivo:

–¿Ha pasado algo?

–Qué va –dije con un resoplido–. Se ha cerrado una puerta y se ha abierto otra, nada más.

No me entendió. Creía que me estaba quedando con él, me lanzó una mirada furibunda y se marchó.

Lo primero que pensé fue «¡Gracias a Dios!», y me liberé del temor por la muerte de mi padre. Lo segundo que pensé fue por deformación profesional, después de todo, enseño lógica, así que me dije que la puerta que se había cerrado y la que se había abierto eran la misma.

Pero lo tercero que pensé no fue un pensamiento, sino que comprendí una cosa; de pronto me di cuenta de hacia dónde nos dirigíamos, de pronto me di cuenta de que la gente de nuestro entorno, que nuestro enamoramiento había convertido en estatuas, iba a cobrar vida.

Nos vimos esa misma tarde. Tenías un moretón por debajo del ojo, de modo que el hombre rubio no se había rendido pacíficamente. Al ver ese moretón sentí algo espantoso, una humillación arcana que te había afectado a ti, a mí y a él, pero también sentí otra cosa, te vi por primera vez como eras, allí en tu cuarto a oscuras.

Sola y asustada.

Esas eran tus condiciones, de lo que te querías separar era de tu soledad y de tu miedo. En lo más hondo deseabas reconciliarte contigo misma, pero, de cara a la galería, debías invitar a la fiesta a alguien, o pensabas que debías.

Yo fui el elegido y la pregunta era: ¿seguiría aquí cuando terminara la fiesta?

Te brillaban los ojos con ese anhelo lejano, casi secreto hasta para ti, y comprendí que la aventura había terminado, ahora había que pagar la cuenta. La época feliz había llegado a su fin, se había sobrepasado el límite con aquel moretón por debajo del brillo de tu ojo izquierdo.

Por lo demás, la época feliz fue muy feliz. Hablábamos ininterrumpidamente, sobre todo acerca de nosotros, por supuesto; nuestro amor era –al menos verbalmente– superior al de todos los demás. Nos prometimos fidelidad eterna, cosa bastante seria hasta para los recién enamorados, puesto que costaría encontrar a dos personas más traicioneras que nosotros. Además, prometimos que si alguna vez éramos infieles, nos lo contaríamos, y todo eso. En resumen, nos sumergimos bien hasta el fondo en el fango sentimental, y no había trivialidad que no fuera lo bastante original como para no repetirla.

Lena no se dio cuenta o hizo como que no se daba cuenta. Una mañana en la que me vio rebuscando en el armario con manos impacientes me preguntó un tanto retadora:

–Te has vuelto un poco esnob últimamente, ¿no?

Era una pregunta legítima. Normalmente iba por ahí hecho un despojo, toda la ropa que tenía era vieja; me gusta la ropa vieja –llevo más tiempo siendo fiel a mi chaqueta verde que a ninguna persona–, nunca me encuentro cómodo con un traje nuevo, igual que no me quedo tranquilo hasta que me he quitado el reloj.

Albergo la mayor admiración por la gente que se pasea por la casa con el reloj en la muñeca y con ropa arreglada, por no nombrar a las mujeres que van taconeando por la cocina con botas altas.

Lena no tenía nada en contra de mi falta de elegancia. Pero tú sí. Con medios discretos, me hiciste entender que no podía seguir andando por ahí hecho un despojo, al menos no cuando estábamos juntos. Accedí a tus deseos y de repente gané en vanidad. Descubrí que me gustaba vestirme con ropa elegante, impedía que hiciera cosas de provecho: al fin y al cabo, esa era la ideología del vestir elegante.

Por lo demás, como ya he dicho, esa época feliz fue muy feliz, y yo estaba muy sorprendido, puesto que mis dotes para la felicidad están poco desarrolladas. Además, llevaba toda la vida evitando consciente o inconscientemente hacerme la peculiar pregunta: «¿eres feliz ahora?».

No tardé en aprender a mantenerme lejos de los abismos, independientemente del aspecto que tuvieran. Lena y yo éramos muy parecidos en eso. Nos contentábamos con pequeños gestos: una caricia al pasar, un café que te dejaban delante sin haberlo pedido, un sándwich caliente.

Era una vida apacible y dulce, nuestros amigos se lo pasaban bien en casa. No teníamos muchas amistades. Por la tarde leíamos, jugábamos con Johan, hablábamos de cosas cotidianas.

Esa vida me gustaba. Me sigue gustando. Si no me dejan tranquilo al menos dos horas al día, me inquieto, me irrito. Lena era capaz de dejarme tranquilo sin irradiar exigencias o frustraciones tácitas.

Me gustaba que estuviera en la misma habitación que yo. Oía su paso calmado, oía a veces cómo canturreaba, oía cómo pasaba la página del periódico o del libro que estuviera leyendo, y eso me gustaba mucho.

No es dada a los excesos verbales. Alguna vez me ha dicho que me quiere, pero sobre todo ha tenido que responder a mis preguntas un tanto combativas de «¿me quieres? ¿Me sigues queriendo?».

Notaba que mis interrogatorios no le hacían mucha gracia.

–¡Hombre, pues claro que sí! –respondía ella, y no es una respuesta que quieras colocarte detrás de la oreja como si fuera un clavel.

Por otro lado, tampoco yo le declaraba mi amor con mucha frecuencia. Lo más drástico que he llegado a hacer fue al principio de nuestra vida en común aquella vez que amenacé con tirarme por la ventana si me dejaba. Claro que entonces vivíamos en el bajo.

Creo que soy más dramático que Lena. Pero es por un vacío enorme y huero que tengo en el pecho, un vacío que preservo con tanto cariño como aversión. Ese vacío ha determinado mi vida en mayor grado que cualquier otra cosa, y aún hoy no sé qué clase de vacío es.

Pero sé que ahí dentro vive la muerte o, por decirlo de otra forma: sé que ahí dentro vive mi apatía existencial, con la que debo o quiero quedarme completamente a solas.

Las expresiones concretas que ha adoptado esa maldición o bendición son muchas. Por ejemplo, nunca intenté enseñarles mi lengua a Lena o a Johan. Pensaba en una palabra griega y me perdía, solo, inaccesible. Así es, mi mayor limitación es que soy «inaccesible».

¿Qué intento ocultar a todo el mundo?

No lo sé. Lo único que sé es que en toda mi vida solo ha habido dos personas a las que he permitido permanecer en mi espacio: mi padre y Johan. Pero ellos no lo saben.

Lena nunca intentó meterse en ese espacio, probablemente porque tenía miedo de no encontrar la salida. O puede que porque ella también tendrá su propio espacio vacío.

¡Vivamos cada uno con su soledad, pero juntos!, parece decir. Sin embargo, su voluntad de vivir juntos no se ha quebrantado.

Tú, en cambio, nunca habías aceptado tu soledad, y menos aún aceptaste la mía. Estabas furiosa como una erinia, luchabas y peleabas, a veces con amargura, a veces con alegría, contra tu espacio solitario y aún más contra el mío.

En cuanto me cubría los ojos un velo, una nube que había surgido del lago del inframundo, te montabas en Rocinante y te ibas cabalgando a la guerra. Ahí era cuando estabas más paranoica. El jinete del caballo enloquecido por la vejez formulaba preguntas solemnes mientras que Sancho se encargaba de recibir las respuestas.

En momentos así era sencillamente imposible hablar contigo. Si al menos yo deseara que irrumpieras en mi oscuro vacío… Pero no era el caso. A veces pensaba que sí, o más bien sé que una vez, pero solo una vez, lo imaginé.

Fue la noche de la absolución.

Pero ahora no quiero pensar en eso. Ahora quiero pensar en la época feliz. Mucha gente dice que al final recuerda solo sus días felices. Me temo que yo no soy uno de esos, más bien lo contrario. Si algo olvido, son mis días felices.

Hace un momento dije que no tengo ningún talento para la felicidad, porque eso es un talento. Lena lo tiene, tú también. La diferencia es que Lena no aspira a tenerlo, sino que trabaja por conseguirlo. Tú aspiras a tenerlo, pero no trabajas: te estresas por conseguirlo, y yo, por mi parte, sospecho de la felicidad.

La felicidad es irresponsable, no hace preguntas. Puede que incluso sea un poco tediosa. Claro que también cabe la posibilidad de que yo no sepa de lo que hablo. Es muy probable que no sepa de lo que hablo.

Cuando pienso en la época feliz no soy feliz, en cierto modo me siento mejor pensando en ella que estando en ella. Hace muchos años que tengo esa sospecha: me encuentro más a gusto anhelando la vida que teniéndola.

Fue en la primera época, cuando Lena y yo nos reencontramos. Nos habíamos acostumbrado a dormir juntos en su cuarto, entre sus sábanas. Una noche tuve que bajar a mi cuarto de la residencia. Iba a por algo y me

encontré sentado en el sillón; la echaba de menos, pero en cierto modo estaba tranquilo con mi anhelo.

–¡Pues estás muy a gusto aquí sentado echándola de menos! –susurré para mis adentros, y me puse más cómodo todavía.

Formulada así, no era una idea tan trágica, pero más entrada la noche comprendí su verdadero alcance, me quedé muy impresionado. Lo que comprendí es que en realidad no me gusta la gente, solo a distancia; tal vez pueda expresarlo de una forma más suave: me gusta más la gente a distancia.

Me gusta más la vida a distancia.

Estoy impedido. Me falta el contacto firme con las entrañas de la vida y de los seres humanos, nunca he tocado el corazón latiente de otra persona con las manos desnudas. Nunca, y dentro de mí no ha crecido ninguna vida.

Soy la semilla infiel y salvaje que puede acabar en cualquier sitio: en una piedra, en una flor o en tierra fértil. Acabé junto a Lena, y ella era tierra fértil. ¡Si pudiera conseguir que un día lo comprendiera!

En fin, el caso es que olvido con facilidad la época feliz, no me interesa. Pero hay una imagen que ha quedado, solo una. Tu cabello rubio. Era una noche de verano, estábamos en un bosque donde los helechos eran altísimos. Te alejaste un momento, te agachaste entre los helechos.

No miré en tu dirección, hasta que cometí el mismo error que la mujer sin nombre de la Biblia: volví la vista y me quedé petrificado. Lo único que veía en la noche clara era tu cabello rubio. Y cuando digo lo único, quiero decir lo único.

La noche y su luz azulada no existían, el bosque no existía, los helechos no existían. Solo existías tú. Yo no existía, iba camino de mi oscuro vacío.

Ya, ya sé. La mayoría de las cosas que decimos, la mayoría de las cosas que pensamos son metáforas. Puede que el mundo entero sea una metáfora.

Una vez le dije a mi ahora difunto amigo:

–¿No puedes empezar a escribir antes de las metáforas?

Él se limitó a reír y respondió:

–Es imposible. ¡Después de las metáforas quizá sí!

Platón también soñó con un mundo previo a las metáforas, el mundo de las ideas, el mundo de las formas. Pero cuando cayó en la cuenta de que ese mundo también era una metáfora, se le rompió el corazón y su noble cerebro terminó el viaje en la niebla de los cuentos.

Tal vez eso nos ocurra a todos: emprendamos el viaje que emprendamos, terminará en la niebla de los relatos. Claro que no tenemos elección. Nos agolpamos en torno a la lamparita como polillas, la luz es la atracción última y nos chocamos con sus paredes.

Lo sabemos. ¡Pero a veces me pregunto si las polillas lo saben!

# 11

Sin embargo, esa época feliz, despreocupada, que no hacía preguntas, se contradecía a sí misma. Cuanto más feliz era, más horribles se volvían los sueños. Uno de mis sueños más viejos regresó; no, no ese en el que me caigo, no, ese también es viejo, pero el que lo sueña es el simio que llevo dentro.

El otro, en cambio, lo sueño yo, o sea, mi «yo» humano. Estoy tumbado en una cama, en una habitación iluminada por una bombilla muy potente que cuelga del techo y que me apunta directamente a la barriga. De alguna manera comprendo que la bombilla o más bien la luz tiene un propósito; levanto la sábana y me miro el ombligo. Ha empezado a formarse una ampolla como una quemadura. Va extendiéndose despacio por todo el cuerpo; al final, tengo la piel como una foto de la superficie de la Luna, cubierta de cráteres efervescentes grandes y pequeños; oigo el sonido burbujeante, me quemo al tiempo que me pudro.

La mayoría de los sueños se funden en otro sueño, pero este sueño siempre me despierta. No me he acostumbrado a él del todo. Me quedo presa del pánico cada vez, tengo que salir corriendo al cuarto de baño para inspeccionarme el cuerpo en el espejo, tarea nada edificante. Cuanto más se mira uno el cuerpo, más trabajo cuesta decir «mi cuerpo».

Nos miramos los brazos, las piernas, el torso, y nos parecen ajenos; probablemente nunca estemos más cerca de la esquizofrenia que cuando observamos nuestro cuerpo el tiempo suficiente, y cuando caemos en la cuenta de que esa esquizofrenia ha sido un dogma consagrado durante cientos de años, el dualismo entre «alma» y «cuerpo».

En todo caso, lo que debía observar no era mi cuerpo, sino mi alma, pues ese sueño era como una señal de advertencia. Sé que estoy a punto de

adentrarme en un conflicto, que en principio ya me encuentro en un conflicto conmigo mismo, solo que no me atrevo a reconocerlo.

Finjo no saber lo que ocurre en mis adentros, y el sueño quiere aplastar ese juego de fingimiento. Fingía que no me molestaba mi comportamiento mentiroso, traidor y traicionero ante Lena y Johan.

Pero sí que me molestaba.

Cuanto más feliz estaba contigo, más desgraciado era conmigo mismo, más solo me quedaba con mi mentira y con mi felicidad.

Pero ¿qué iba a decir? ¿Y cómo? ¿Que ya no quería a Lena? Pero si no era cierto. ¿Que ya no la deseaba? Tampoco era cierto.

O debería decirle: «Querida Lena, te sigo queriendo, ¡pero resulta que también me he enamorado de otra mujer!». Y si ella me respondía: «¡Pues claro, amor mío! ¡Lo único que abunda en este piso son maletas! ¡Así que coge una y márchate!», ¿qué haría entonces? ¿Estaba dispuesto a irme?

No.

¿Y qué podía contarle en realidad? ¿Una noticia que no le concernía a ella, una de los cientos de miles de noticias que leía en el periódico o que oía en la radio y a la que no podía poner remedio?

Pero es que no era eso. O al menos a ti, a ella y a mí nos han educado para que pensemos que no es eso. Las noticias como la que tenía que darle a Lena requieren una decisión.

La decisión era el problema. La decisión debería ser mía, no suya. Debería al menos liberarla de la responsabilidad, era yo el que había izado las velas, debería ser yo también el que decidiera el rumbo que debía tomar el barco.

Pero no lo sabía.

Los días pasaban y yo estaba cada vez más atormentado. Llegó un momento en que ya no podía mirarla a los ojos. Johan, con ese instinto nuevo, presentía que había pasado algo o que iba a pasar algo. Estaba inquieto, agitado, no podía dormir.

Todas las noches venía a nuestro cuarto, se metía en la cama entre Lena y yo, hacía como que me buscaba:

–¿Dónde está papá? ¿Dónde está papá?

Era la forma más primigenia de todos los juegos del escondite: me veía y no me veía.

–¡Aquí! –dije yo.

–¿Dónde? ¡No te veo! –continuó pese a que en realidad estaba sentado en mi barriga.

–¡Aquí! –repetí yo, y lo abracé.

Entonces él se puso contento y gritó:

–¡Papá está aquí! ¡Mamá! ¡Papá está aquí!

–¡Venga, acuéstate, cariño! –masculló Lena cansada y a punto de dormirse.

–¡No puedo!

–¿Por qué?

–¡Estoy pensando en un montón de cosas! ¡No dejo de darles vueltas!

–¿En qué piensas?

–¡Papá!

–Pues…

–¿Vas a hacerte muy mayor?

–¿Por qué me preguntas eso?

–¡Yo no pienso hacerme tan mayor!

–¿Y por qué no?

–¡No quiero vivir en este mundo injusto! –dijo Johan tristísimo.

–Vaya… ¿Y quién te ha dicho que el mundo es injusto?

–A ver, pues mira la tele. ¡Unos cuantos tienen un montón de comida y otros no tienen nada de nada, unos cuantos tienen un montón de dinero y otros no tienen nada!

–¡Pero entonces es mejor que vivas y cambies las cosas! –dijo Lena, a la que le estábamos impidiendo dormir.

–Sí, seguro… –respondió Johan con retintín.

–¿Qué pasa? –preguntó Lena.

–¡Cómo voy a vivir cuando ni siquiera puedo comerme un trozo de pan después de lavarme los dientes! –exclamó.

Lena se ríe. Yo también me río, pero no tan inocentemente como antes. La risa se me atraganta. Ellos dos son mi vida necesaria y los estoy

traicionando.

Pero tampoco a Lena se le ha escapado que algo acaba de ocurrir. Por supuesto, no dice nada, no hace ninguna pregunta, pero por cómo duerme comprendo que lo sabe. Tiene la forma de dormir más abierta que conozco. Duerme estirada con una placidez extraordinaria, pero ahora no. Se acurruca, se hace pequeña e inaccesible.

¡Ay, Dios! ¿Qué hago?

Mientras tanto, tú aprovechas al máximo tu ventaja moral. Ahora ya eres libre, me invitas a un largo viaje; pero yo dudo, estoy inseguro y balbuceo, y a veces te enfadas, a veces te entristeces, a veces dices que os estoy traicionando a ti y a Lena. Y es cierto, muy cierto.

Me siento como un traidor inmenso; lo he traicionado todo: a mi país, mi inteligencia, a mi hijo y a su madre, a ti. Estoy paralizado, voy de tu casa a la mía y de la mía a la tuya como si fuera sonámbulo.

Voy a ver a todos los que creo que son mis amigos. A la mayoría no le interesa mi problema. Los conflictos morales no están de moda. Una pareja al final se toma el tiempo necesario para escucharme, pero lo único que tienen que decir ya lo sé: «¡Debes elegir!».

Sin embargo, hay una circunstancia que es nueva para mí. Ellos, los que dicen que tengo que elegir, dicen que tengo que elegirte a ti. No te conocen, no es por eso. Sencillamente creen que esa es la elección correcta: el amor, o en todo caso, el último amor.

Ahí es cuando más solo me siento, ahí es cuando más quiero regresar a Grecia. Me tomaría un par de vinos con mi hermano mayor, le contaría cómo me va y él me escucharía con paciencia.

–¿Qué hago? –le preguntaría.

–¡No sé lo que vas a hacer tú! –diría él–. Pero sí sé lo que voy a hacer yo: ¡como abandones a Lena y a Johan te muelo a palos!

Eso diría, y cumpliría su palabra. En efecto, la moderación no es lo suyo. No sabe nada sobre el «régimen de visitas» y sobre que los niños se sienten mejor con «un progenitor feliz» que con «dos desgraciados». Lo único que sabe es que, aunque lo traiciones todo, no puedes traicionar a tu hijo, pues entonces estás traicionando la vida. Sí, nada menos que la vida.

Sea como fuere, en este caso nadie dijo nada parecido. Para nada, la gente hablaba con normalidad de divorcios felices, de hijos que eran muy felices con que un padre viviera en Gotemburgo y el otro en Umeå, te contaban que no puedes vivir con alguien a quien no amas y, cuando yo objetaba que amaba a Lena, me decían que eso no podía ser cierto, que algo estaría pasando cuando había conocido a otra, y entonces yo respondía que claro que algo pasaba, pero a mí, no a Lena o Johan.

–¡No se puede traicionar al amor! –me reprendían.

–Pero ¿el amor a tu mujer y a tu hijo sí es posible traicionarlo?

A ver, claro, ese amor se puede traicionar, porque en tu país cuando hablan de amor se refieren solo al amor nuevo. Así es como habla la gente joven, muy joven.

Bueno, había excepciones. Mucho después, cuando todos lo sabían y Lena lo sabía, mi colega de teología me dijo:

–¡Oye, yo dejé de creer en Dios cuando me di cuenta de que traiciona a los niños!

Aunque, por otro lado, él no es solo ciudadano de tu país. Tiene sangre de pastos irlandeses y de lagos finlandeses. Es el único que conozco que es rubio como los suecos, alocado como los irlandeses y taciturno como los finlandeses. Pero eso al menos sí que lo dijo.

Igual no estaba hablando con la gente adecuada. Debería haber hablado con los ancianos de tu país, pero es que no existen. No los encuentras, los han escondido o se han escondido ellos.

Ya no podía más. Una noche, después de que Johan se fuera a dormir, saqué una botella de *retsina*, me senté en el salón y me puse a beber. Lena seguía en la cocina, estaba cosiendo los pantalones de Johan. Cuando por fin entró en el salón, yo ya me había acabado la botella. No le di tiempo ni a que se sentara.

Estaba junto a la lámpara de pie, le vi sus preciosas piernas, pero no la cara, cuando dije, como en un sueño:

–¡Estoy enamorado de otra!

Como ya he dicho, no podía verle la cara a Lena, solo las piernas, que de pronto se doblaron, el cuerpo se le inclinó hacia delante como si le

hubieran dado un golpe en el diafragma. Y eso era precisamente lo que había sucedido.

Mis palabras, pronunciadas en un sueño, le alcanzaron el vientre, se agarró a la lámpara presa del pánico para mantenerse erguida. Estaba temblando.

¡Ay, Dios! Pensé en que solo la había visto así una vez, unas horas antes de que naciera Johan, y entonces me tenía a mí para agarrarse, ¡ahora lo que tenía era una lámpara!

Se sentó despacio, le temblaba el labio y no dijo nada. Nada de nada. Yo sabía que no podía hablar, sabía que Lena no puede hablar cuando le tiembla el labio. Aun así, no soportaba el silencio.

–¿Por qué no dices nada? –volví a asaltarla.

Se había apoderado de mí una valentía descarada, había que hablar claro, había que hacer que prevaleciera la verdad.

Estaba furioso, cargado de autosuficiencia y de bombo, como una marcha militar alemana; hablé del amor, del regalo de la vida, de realizarse y de un poco de todo o, más bien, un mucho de todo.

Lena no decía nada. Seguí machacando, pero de pronto se me acabaron las palabras. Estaba sentado junto a mi mujer, acababa de clavarle un puñal entre las costillas y por fin guardé silencio al menos. Entonces dijo Lena:

–¡Tú no sabes nada del amor!

# 12

Era la segunda vez en mi vida que alguien me decía esas palabras, y empiezo a creer que esas palabras solo se pueden decir de una forma: sin amargura, sin histeria, sin inculpar, solo con una ternura muy honda.

La primera vez fue Leia, a la que había dejado sola en un hotel apartado en una isla griega; fue Leia la que, con cara serena, me dijo:

–¡Tú no sabes nada del amor!

Esa vez apenas tenía veinte años y tampoco quería saber demasiado del amor. Lo único de lo que quería saber algo, o más bien todo, era el deseo, mi deseo y el deseo de los demás.

El amor, al igual que el ser humano, tiene tres edades: te enamoras de tu deseo, te enamoras de tu enamoramiento y, finalmente, en raras ocasiones, te enamoras de la otra persona.

Nunca he llegado a alcanzar esa tercera edad. Tú tampoco. Juntos volvimos a la infancia y a la juventud del amor, y nos pareció que la recaída era una renovación.

Sin embargo, hay una excusa; no somos los únicos que hemos cometido este error. Toda nuestra época, toda nuestra sociedad ha reducido el amor a sus dos primeras edades: a la edad de los genitales y a la edad de las palabras.

Pero el amor de las manos, el cuidar a otra persona, se manifiesta rara vez y solo en países empobrecidos.

Creo que nuestro amor era sobre todo verbal. Hablábamos mucho de él, nos seducíamos el uno al otro y a nosotros mismos con formulaciones, nos emborrachábamos con palabras, ¡pero ni de broma se te ocurría a ti prepararme un bocadillo, ni a mí tampoco!

Recuerdo una vez que la naturaleza de nuestro amor se volvió tan evidente que casi nos dio vergüenza. Durante el día llamaste desde otra ciudad, estabas intranquila y me necesitabas. ¿No podía bajar con el coche?

Al cabo de un rato de cuchicheos y sollozos por teléfono, me monté en el coche al terminar el trabajo. Conduje como un imbécil durante ocho horas y cada vez que descansaba, me ponía a escribir una carta que había empezado después de aquella seductora conversación telefónica.

¡Claro que sí! Iba a documentar cada minuto, iba a presentar la carta y a decir: ¡aquí me tienes!

Pero cuando llegué a tu domicilio temporal, no estabas allí. Aunque viniste rápido y me contaste que la reunión «con los imbéciles estos» se había alargado.

Bueno, el caso es que entramos en el piso. Yo estaba cansado, hambriento, con la espalda entumecida, pero tú pusiste rumbo a la cama, cosa que logré evitar con una pregunta acerca del contenido de una bolsa que llevabas.

Cómo no, dentro esperaban dos bocadillos preparados, de gambas, fríos como un verdugo nazi y viejos como las tumbas de los vikingos. Además, a mí me da fiebre solo con ver las gambas, porque soy alérgico a esos espantosos animales.

Nunca te di mi carta.

La rompí en mil pedazos y, cuando te quedaste dormida, salí a la calle, bajé paseando a una playa y arrojé mis palabras al mar.

Pues no, no sabíamos nada del amor.

Lena, en cambio, sí. Lena había conquistado la tercera edad del amor y no estaba dispuesta a rendirse, no estaba dispuesta a ponérmelo fácil, no me dijo «vete a la mierda», solo me dijo que yo no sabía nada del amor y que estaba dispuesta a enseñarme.

Durante el transcurso de la conversación, me dio tiempo a beberme otra media botella de *retsina*, me fui emborrachando cada vez más al tiempo que me empezó a doler la cabeza a causa de una claridad irreal. Me vi envejeciendo junto a aquella mujer, vi lo placentero que sería morir cerca de ella y rompí a llorar.

En una ocasión, tiempo atrás, me negué a ver mi muerte junto a otra persona, esa persona que es la prehistoria del amor, mi querida Maria, tan lejana y siempre tan presente; una vez rompí a llorar, pero hui.

Mi abuela me llamaba su «corderito mocoso», porque lloraba mucho cuando era pequeño. Mi abuela creía que llorar era bueno, «limpia el cerebro», decía siempre. Pero yo ya no era pequeño.

¡Ay, Dios! ¿Por qué me niego?

Te hablé de Maria durante un viaje en coche; llevaba hablando varios minutos cuando dirigí la mirada hacia ti y vi que te habías quedado blanca.

–¿Qué te pasa? –pregunté, un poco ingenuo.

–¡Que no la vas a olvidar nunca! –respondiste.

Querías que la enterrara, pero no sabías que, si lo hacía, enterraría también el amor. Lena sí lo sabía. Lena consideraba a Maria una aliada, alguien que me había enseñado una cosa que no debía caer en el olvido.

De modo que estaba sentado junto a Lena, a la cual amaba, le acababa de decir que estaba enamorado de ti, pero en lo más hondo anhelaba a Maria, mi lengua, las palabras griegas tan dulces y antiguas. Solo ante ellas era posible el amor, pero también entonces me negué.

La teoría de mi abuela de que las lágrimas limpian el cerebro debía de ser cierta, pues de repente tomé conciencia de la última de mis mentiras, y la más poderosa. No anhelaba a Maria, no anhelaba mi lengua. Anhelaba poder anhelar. Solo eso y nada más. El anhelo era mi forma de vida.

El anhelo era mi forma de vida y era una forma de vida sin más contenido que ella misma. Era una forma de vida yerma, mi padre y mi hijo lograron entrar, pero fueron los únicos. Aunque tal vez también eso fuera una mentira; no vivía con mi padre y estaba a punto de abandonar a mi hijo.

En efecto, debía abandonar a mi hijo, pues si me apartaba de Lena, no podía imaginarme reivindicando a nuestro niño. El que se marcha tiene derecho a llevarse el cepillo de dientes, nada más.

Esa idea era inquebrantable. ¡Era mi límite! Más poderoso que mi amor, más poderoso que mi anhelo era la exigencia elemental de justicia. Después de siete mil años de vida en la Tierra, se había implantado en mi interior un límite, el límite del valor de las cosas.

Lena debía de haber comprendido en silencio una cantidad terrorífica de cosas sobre mí, pues lo segundo que dijo aquella noche fue:

–Si te quieres ir, no puedo impedírtelo. Pero yo no quiero quedarme aquí. ¡Quédate tú en el piso cuidando de Johan!

Mientras yo me iba emborrachando cada vez más, a ella le había dado tiempo a dominar su indignación. Tenía la voz clara, sin rastro de rabia y tampoco de patetismo. Lo que dijo lo dijo en serio y sabía a lo que se estaba arriesgando, pero se arriesgó porque conocía mis límites.

Me puse de pie de un salto.

–¡Ni hablar! –bramé, y empecé a andar de un lado para otro.

–¿Por qué no me traes un poco de jerez ya que estás? –me pidió Lena y atisbé un destello de risa en sus ojos.

Había acertado de lleno, y eso la colmaba de satisfacción.

Fui a la cocina a por el jerez para Lena. Aproveché para coger la tercera y última botella de *retsina*. Me volví a sentar en el sofá, después de darle a ella su copa.

–¡Muchas gracias! –dijo en voz baja, pero con el mismo tono con el que siempre decía «muchas gracias». Era como si no hubiera sucedido nada, como si no se hubiera dicho nada. Era una noche normal, como cualquier otra. Nuestro hijo dormía, estábamos allí sentados, le ofrecí a mi mujer una copa de jerez y ella me dijo «muchas gracias».

Podíamos oír a Johan hablando en sueños. Oíamos los coches de la autopista y la televisión del piso de al lado.

Comprendimos que no había mucho más que decir. Sabíamos en qué punto nos encontrábamos. Al menos, yo sabía en qué punto se encontraba Lena. Dónde me encontraba yo no lo sabía. Me quedé sentado a su lado y volví con Maria en mis recuerdos.

Se había quedado embarazada. Tenía diecisiete años y yo diecinueve. Tenía la sonrisa más mordaz que he visto nunca, y los ojos más negros. Yo quería que tuviéramos el niño, pero entonces ella, la muchacha de diecisiete años, dijo:

–¡Si tengo un hijo, nunca me vas a dejar!

–Pero ¿qué dices? ¿Es que tengo que dejarte?

–¡Claro! ¡Porque es lo único que quieres!

No tuvo el niño. Fui con ella a una partera. Era una calurosa mañana de verano. No encontramos la dirección enseguida, tuvimos que vagar por calles angostas y sucias en las que decenas de jóvenes jugaban al fútbol.

Mi hijo iba a ser extremo izquierdo, como yo. Pero esa vez no tuve ningún hijo. Me quedé fuera esperando. Me caían las lágrimas por las mejillas. La partera salió.

–¡No hay nada por lo que llorar! Si es solo un escupitajo –me informó y, con las manos ensangrentadas, me mostró un grumo rosado; el hijo de Maria, mi hijo.

Maria permaneció dentro descansando durante una hora más o menos. Pregunté si podía entrar a verla. Pero no quería. Tuve que quedarme fuera contemplando la bolsa de basura en la que habían arrojado «el escupitajo».

Cuando salió, Maria estaba pálida, pero no articuló palabra. Conseguí un taxi y subimos hacia la Acrópolis. Nos sentamos en nuestra cafetería. Me pedí un coñac. Maria solo quiso un vaso de agua.

Una vez me bebí el coñac de un trago, dijo:

–¡Ya no puedo renunciar a nada más por ti! ¡Y no quiero volver a verte nunca!

Y lloró, pero en silencio, como llora uno cuando está en una misa de difuntos, no en un entierro. Por lo que a ella se refería, la separación era un hecho.

Me podría haber quedado, pero hui. Hui de Maria y llevo huyendo desde entonces.

–¿Cuándo dejaré de huir? –mascullé para mis adentros y para Lena, que estaba a mi lado bebiendo jerez.

–¡Cuando te salgan alas! –dijo sonriendo.

Esa noche, en la que le conté que estaba enamorado de ti, esa noche dormimos muy cerca el uno del otro. Pero esa misma noche, más tarde, cuando la *retsina* empezó a dar la cara y me desperté, vi que Lena no seguía en la cama.

Tampoco estaba en el salón. Luego abrí con sigilo la puerta del cuarto de Johan. Allí estaba ella, en «la silla de los cuentos», la silla en la que le

leemos a nuestro hijo. Estaba en la silla de los cuentos y contemplaba con la mirada vacía la cara de Johan durmiendo, bañada por la luz de la lámpara.

Volví a cerrar la puerta y hoy sigo sin saber si me vio o no. En cambio yo sí vi lo profundo, lo elemental que era su dolor, y que el motivo de ese dolor era yo.

# 13

En esta habitación tan bella y silenciosa la soledad resultó una vez más ser demasiado. Qué triste es que no podamos escapar a nuestros límites, sea cual sea la situación a la que nos aboquemos. La soledad de cada ser humano es una soledad distinta.

Mi soledad es como un hambre, me atenaza como una opresión en las entrañas, como una llave de lucha ejecutada con mucha habilidad, me veo lanzado junto a mí mismo intentando recuperar el aliento.

Tengo que salir, tengo que ver caras humanas. No importa que no haya nadie con quien hablar; al fin y al cabo, siempre puedes sacar algo: de la cajera del Domus, de la señora mayor de cabeza hermosa que vende té, café y caramelos de antaño con la misma devoción con la que un cura católico reparte la sangre y el cuerpo de Cristo.

Ha comprendido mi predilección por distintos tipos de té; además, la campana de la puerta suena cada vez que entro en el local lleno de aromas y pienso que la soledad también debería estar provista de una campana así. Pero no.

La agradable anciana me saluda con amabilidad al verme, pero está ocupada con otro cliente, una treintañera con discapacidad intelectual –me digo que no le queda mucho tiempo de vida– que está comprando caramelos de colores de Hälsingland.

Se la ve muy interesada en su compra, sacude la cabeza adelante y hacia atrás y se relame los labios. Lleva el gorro bien encajado y del bolsillo derecho del chaquetón verde sobresale una caña de pescar cortada.

Cuando se da la vuelta para irse, se me engancha la caña en el abrigo y nos vemos enredados en la apacible tarea de liberarnos. Me digo que basta con ese amor casual que vincula a los seres humanos, ahora no es que

vayamos a casarnos solo porque una caña de pescar rota sobresalga de un bolsillo.

La anciana observa entretenida la situación. El frío no supone ninguna ventaja para los dedos. Nos enredamos aún más. Entonces ella interviene y nos separa con movimientos expertos. Me entran ganas de preguntarle si ha estado casada con un pescador. Pues su marido está muerto, eso sí lo sé. Reconozco a todas las mujeres que tienen en sus vidas un marido muerto. Huelen de una forma concreta. Huelen a algo que recuerda al jazmín.

Lena olerá a algo que recuerda al jazmín cuando yo muera. Tú no estabas contenta con ella. Conmigo tampoco. Por supuesto, te conté lo que pasó cuando «hablé del tema» con Lena. Solo excluí los detalles que eran de Lena y míos.

No estabas contenta. No podías entender cómo una mujer podía desistir de echar al marido de la casa cuando le viene con una noticia así; hablaste largo y tendido de la falta de independencia, de la falta de orgullo, de la falta de comprensión.

Yo tampoco me libré tan fácilmente. Era cobarde, pero no solo cobarde, sino que le atribuía a mi persona tal importancia que no podía imaginarme una vida para Lena y para Johan en la que yo no estuviera muy presente.

Objeté que tampoco parecía que tú quisieras una vida sin mi presencia cercana, pero eso era otra cosa, claro. Nunca llegamos a determinar en qué consistía la diferencia.

Ya nos habíamos visto envueltos en esa aritmética tan primitiva del amor en la que solo cuentan los números pares. Los números pares y solo pares. Recordé tu telegrama «una puerta se ha cerrado, otra puerta se ha abierto…»

Incluso tu amor sacaba sus imágenes de contextos *domésticos*; pero yo no quería otra casa, yo no quería otros hijos, estaba satisfecho con mi casa y con mi hijo.

–¿Y qué quieres entonces? –preguntaste con un brillo en los ojos.

–¡El éxtasis! –respondí, y qué suerte que Anders de Wahl hubiera muerto sin oír mi respuesta, porque de lo contrario se habría dado cuenta de que no tenía nada que hacer en un escenario.

–¡Pero quieres el éxtasis gratis!

–¡Es que solo se consigue gratis!

–¡Nada se consigue gratis!

Tenías toda la razón. Nada se consigue gratis, ni tan siquiera unas hojas de té se consiguen gratis. Pagué los cien gramos de té floral africano de la bella viuda del pescador muerto, que olía a algo que recordaba al jazmín.

Estábamos en el sofá marrón de tu casa. Fuera era verano o casi verano. El sol entraba por la ventana. Vi una mancha, una mancha de color blanco amarillento en el sofá. Sabía que podía ser de una vela, pero sabía que no era eso; sabía que era de otra vela, que se había quemado a tu lado.

Sufrí un ataque de celos tremendo. Me dolía todo el cuerpo, me vi obligado a salir un momento, no quería reconocer mis celos, fingí que me sentía insultado; salí y me di un largo paseo por el campo de golf que había más allá y le fui dando patadas a todo lo que se puso en mi camino. Al final los zapatos me colgaban de los pies como trapos.

–¿Algo más? –pregunta la bella anciana con amabilidad.

Meneo la cabeza, levanto la vista de los zapatos, no están hechos jirones; la miro a los ojos y me pregunto si lo entiende.

–¿No se encuentra bien? –dice ella.

–¡Sí, sí! –le digo sonriendo–. ¡Es que a veces me da vueltas el corazón!

Ella se ríe y dice:

–¡Eso pasa cuando uno crece!

Pues sí, a Johan le daba vueltas el corazón. Lo cité sin pensarlo. Estaba creciendo, era cierto. Pero ¿y yo?

Puede que sí. Puede que no.

Ese «puede que sí, puede que no» me resuena extraño en la cabeza. Pienso en mi colega de teología, que es rubio como un sueco, alocado como un irlandés y taciturno como un finlandés.

A veces recita un poema, que cree que leyó cuando tenía quince años. Va camino de los cincuenta. Lleva treinta y cinco años cambiando el poema que leyó con quince, y que había escrito Diktonius.

Me lo he aprendido de memoria. Lo he oído tantas veces que mi colega de teología, que ya no cree en Dios, sí cree en el poema.

Eras joven, seguro
Eras fría, seguro
Eras ardiente, seguro

*

La juventud es la juventud

*

Eras ardiente, seguro
Eras fría, quizá
lo otro no es nada

*

Eras ardiente, seguro
eras fría, seguro
lo otro es lo otro

*

Lo otro no es nada
nada es nada
La juventud lo es todo

Murmurando continué hacia Domus. Era casi la hora de cerrar. Me crucé con gente cargada de bolsas enormes de papel y de plástico, parecía que todo el mundo se cruzaba conmigo. Era viernes por la tarde. El tiempo no había mejorado, no estaba nevando, pero el frío era más intenso.

Accedí a la despensa del Folkhemmet. Fui deambulando de un mostrador a otro y, cuando la mirada de los dependientes se volvía insoportable, compraba algo; ese es el sistema de comunicación del ser humano moderno.

Cuando llegué a la hilera de cajas, me desconcerté un poco, no sabía dónde ponerme. Examiné con atención las caras de las cajeras y elegí a una finlandesa joven, y si no era finlandesa pues peor para ella.

Tenía los pómulos marcados, una mirada dulce y sinuosa y los dedos fuertes. Delante de mí, en la cola, había una pareja. Él tenía unos treinta y

cinco años y ella unos treinta. Empezaron a colocar los artículos de la compra en la cinta.

Primero iban dos filetes de ternera, de solomillo; después una baguete, un poco de queso curado y un trozo de Boursin; luego iban los tomates, pimiento, pepino, dos paquetes de tabaco Prince y, finalmente, una bolsa de patatas fritas. Él llevaba en la mano una bolsa del Systembolaget.

Se repartieron el trabajo entre sí. Ella iba colocando los artículos en la cinta mientras que él los metía en una bolsa de papel al otro lado de la caja. Se fueron lanzando miradas todo el tiempo.

Los dos filetes provocaron una sonrisa, que pareció incomprensible, mientras que los quesos lo pusieron nervioso a él. Echó la cabeza hacia atrás y se levantó un poco el sombrero de la pálida frente. Ella no dijo nada, pero cuando la bolsa de patatas se deslizó despacio hacia el otro lado, alargó el brazo y rozó al joven con dedos gélidos. Él se rio. Alzó el pepino antes de guardarlo despacio en la bolsa.

La joven finlandesa era mucho más joven que yo y probablemente mucho más inocente, pero los dos nos ruborizamos y sonreímos un tanto avergonzados.

La pareja se dio cuenta y se acercaron el uno al otro.

–¡Es viernes, por Dios! –suplicó indulgente el hombre.

–¡Desde luego que es viernes! –afirmó la cajera.

–¿En serio? –repliqué yo, que me había vuelto más sueco que el pan de sangre.

Ay, ¡qué orgías se reflejaron en mis espejos más íntimos!

Pero eso tampoco era gratis. Había hecho una compra de ochenta y nueve coronas y cincuenta céntimos.

Tienes toda la razón. Ni siquiera las fantasías se consiguen gratis. Cuando la pareja desapareció en un Saab rojo, me puse muy triste. Te echaba de menos, echaba de menos a Lena, echaba de menos a Johan. Echaba de menos mi vida y, paradójicamente, fui feliz por un instante.

# 14

El sueño del amor es como el sueño de Dios: duradero y frustrado. Cuando regresé a mi habitación enorme y vacía, me preparé una tetera del recién adquirido té floral africano. Extendió un aroma suave por mis viejos libros, y ese aroma me devolvió a la prehistoria del amor.

A Maria le encantaba ir a cafeterías acogedoras y tomar té griego de montaña, que es suave como un cúmulo de nubes en un día bonito. Tenía especial afición por uno de Kastella, en la playa rocosa entre El Pireo y Falero.

Allí tenía sus elegantes barcos el real club de vela, pero Maria no los veía. Maria veía dos mil años atrás. Veía las trirremes, los altivos barcos de guerra atenienses, con sus tres filas de remos por arriba. Oía los remotos gritos de guerra, miraba aquel mar antiguo y una tarde, cuando el sol se estaba poniendo por encima de las trirremes, volvió hacia mí sus ojos negros y dijo:

–¿Por qué no podemos morir juntos?

–¡Sí que podemos! –respondí entonces, pero la estaba engañando.

En realidad, pensaba en Jristos.

Jristos tenía trece años y yo tenía trece años. Habíamos ido de excursión con el colegio por el Peloponeso. Dio la casualidad de que en el hotel no había camas suficientes para todos. Jristos y yo, que no éramos muy grandes, tuvimos que compartir cama.

No estábamos solos en la habitación, pero nos quedamos solos bajo la manta. Me di cuenta de que estaba temblando. Jristos volvió su noble rostro hacia mí y me preguntó en la oscuridad:

–¿Por qué tiemblas?

–¡Tengo frío! –mentí.

Jristos se acercó más. Su cuerpo de adolescente de trece años olía como el té griego de montaña. Yo también me acerqué y al final no quedó ningún espacio entre los dos.

Lentamente y con sigilo, mucho sigilo, nos abrazamos. Lentamente y con sigilo nos deslizamos en el sueño y en el candor del otro. Lentamente y con sigilo, mucho sigilo, morimos juntos.

A la mañana siguiente no nos atrevíamos a mirarnos a la cara.

Eso sucedió en Nauplia, la primera capital de mi país, donde los súbditos recibieron a nuestra primera reina. Ningún súbdito me recibió a mí, pero el cuerpo de Jristos a sus trece años me coronó rey de un reino. Un reino del que desde entonces no he dejado de aprovecharme.

Maria no quería dar a luz a mi hijo y hui de ella. Lena dio a luz a mi hijo y estuve a punto de huir de ella. Tú querías dar a luz a un hijo y yo me negué.

–¿Por qué? ¿Por qué? –susurrabas desesperada.

Es difícil explicarlo, pero a veces creo que sé por qué. Es una sensación, una intuición acerca de la «economía» de la vida, como un sueño estético, y un sueño sobre una intimidad muy profunda.

Ciertas «etapas en el camino de la vida» se hacían de carne y hueso con ciertas personas. El cuerpo infantil de Jristos me llevó a la cima del deseo, era el pico más alto del paisaje del deseo; ninguna medida, ningún gesto: solo el cuerpo blanco de un adolescente de trece años próximo al mío; no próximo sino más próximo; no, eso tampoco, sino más próximo todavía, y no en el tiempo sino en el espacio.

Maria se convirtió en la prehistoria del amor, me aproximó a la muerte. Lena me aproximaba a la vida.

Así debía ser. He traicionado a Jristos, he traicionado a Maria y he traicionado a Lena. Pero no quiero despojarlos de su lugar como poderosos túmulos en mi paisaje desnudo y ventoso. Habría sido tanto como matarlos.

Lena me ha dado un hijo. Se ha convertido en la mujer que me ha dado un hijo. Así debía ser. No quería ver a otra mujer en la camilla del hospital con el regazo ensangrentado y la frente sudada. No quería oír a otra mujer aullando de dolor.

Lena era esa mujer. Tendría que seguir siéndolo. Me lo exigía mi moral más profunda, me lo exigía mi «yo» más verdadero, mi sueño sobre el sentido de la vida; me lo exigía mi sentido de la economía estética de la vida.

–¡Pero la vida debe continuar! –gritaste desesperada.

–La vida debe continuar. Pero yo no. Yo no tengo por qué. Si la vida es un río interminable, ¡yo no voy a fingir que lo soy!

–¡Eres más tacaño que los concejales de economía de Jönköping! –volviste a gritar.

–No soy tacaño. ¡Soy finito!

Ay, qué difícil era explicar todo eso. Nos han enseñado a sospechar de las visiones, nos han enseñado que las visiones son sueños sustituibles, pero no lo son. Mi visión de la vida era y es mi mayor creación, y puede que lo traicione todo, pero eso no lo voy a traicionar.

Aun así, la única forma que tiene el ser humano de vengarse de las necesidades de la vida y del mundo físico es elevar su visión a necesidad, y después aferrarse a ella en la vida y en la muerte.

El demiurgo nos ha hecho sustituibles, pero vamos a demostrar que no lo somos.

–Pero ¿y si Lena muere?

–¡No se va a morir!

–¡No seas tonto!

Pues no, Lena no se va a morir, ella va a sobrevivirme y va a oler a algo que recuerda al jazmín. He huido de las personas, pero no puedo y no quiero huir de sus significados. ¡Todos me van a sobrevivir!

Gritabas y llorabas de desesperación. A veces también te reías, a veces te acercabas y a veces te alejabas. Tú también querías tener un hijo, odiabas a Maria y odiabas a Lena, pero después te arrepentías y te acercabas y llorabas aún más. Tu llanto es muy cerrado, tu risa es tan abierta como cerrado tu llanto.

–A veces las odio y a veces las quiero, ¡y por la misma razón!

–¿Por qué? –pregunté.

–¡Porque significan muchísimo para ti!

–¡Pero tú también significas mucho!

–¡Mucho no es suficiente!

–¿Y qué sería suficiente entonces?

Tu respuesta no fue inesperada.

–¡Todo!

Fue esta voluntad tuya la que nos empujó a la desquiciante noche de la absolución. Tú eras una mujer valiente, mucho más atrevida que yo, pero también eras mucho más joven. Mientras que a ti los peligros te parecían tentaciones, a mí las tentaciones me parecían peligros.

Querías que nos fuéramos de viaje.

–Solo unos días. ¡Solo unas noches en las que no tenga que despertarme porque te vas de madrugada! –dijiste muy triste y con ojos llenos de dolor.

Te advertí que echaría de menos a Lena, que echaría de menos a Johan, que anhelaría las noches dulces y apacibles que pasaba sentado junto a Lena en el salón, con los coches transitando a lo lejos por la autopista, Lena leyendo y yo jugando al ajedrez conmigo mismo.

Es tremendamente instructivo jugar al ajedrez contra uno mismo. Intentaba engañarme o, como diría Sandemose, intentaba engañar al ciego que tenía enfrente. Tracé un plan de ataque y fingí que «yo» no percibía el peligro y puse en marcha la violenta ofensiva para descubrir que «yo» era más inteligente que yo. «Yo» siempre salía airoso con los ataques que yo escenificaba.

¿Es posible ser más inteligente que uno mismo?

Leí una vez un libro de un hombre que llegó a ser campeón del mundo de peso semipesado de boxeo, la más vergonzosa de mis pasiones. En el libro hablaba de su forma de entrenar. Había dibujado en el saco de arena las partes centrales del cuerpo: la cabeza, el corazón, las costillas, el plexo solar. Después las numeró. 1, 2, 3, 4 y así sucesivamente.

El entrenamiento consistía en que el entrenador se colocaba al lado e iba gritando cifras. ¡Uno! Y entonces el boxeador golpeaba la parte del cuerpo que tuviera ese número en el saco de arena.

El entrenador gritaba series largas de golpes. ¡Uno, uno! ¡Dos, uno, dos, dos! ¡Tres, dos, uno, uno, dos, tres! Y el futuro campeón del mundo

intentaba cumplir las órdenes del entrenador a toda velocidad, instintivamente. Los golpes llovían sobre el saco de arena con la precisión de un francotirador del FBI.

«Pero», escribe, «no habría bastado con convertirme en campeón del mundo. Cuando hube aprendido a la perfección a responder a las órdenes del entrenador, empecé a intentar sorprenderme a mí mismo. Él gritaba uno, dos, uno y yo golpeaba dos, dos, uno. Cuando lo conseguí, comprendí que iba a sorprender a cualquiera de mis contrincantes. Después de todo, era capaz de sorprenderme a mí mismo.»

Sus palabras se hicieron realidad. Llegó a ser campeón del mundo.

Yo en cambio no voy a ser nunca campeón del mundo de ajedrez por mucho que me sorprenda a mí mismo. Puedo soñar con la belleza del juego, pero no voy a conseguirla ni de lejos.

Aunque sí que me gusta sorprenderme a mí mismo. Así que acepté el reto. Decidimos ir de viaje y tú volviste a ser feliz como dos alondras y fuerte como tres bueyes.

# 15

Me costó varias noches sin pegar ojo el contarle a Lena que pensaba irme de viaje varios días; contigo. En casa no había felicidad digna de tal nombre. Lena iba de un lado a otro como sonámbula. A veces, sin previo aviso, le corrían lágrimas por las mejillas y se metía a toda prisa en el baño. Su piel suave –tiene una piel maravillosa– perdió el brillo, y no dejaba de adelgazar.

Las convenciones se volvieron más poderosas que mis sentimientos. Sabía que la amaba, pero no se lo podía decir. No me habría creído o se habría sentido obligada a no creerme.

Así íbamos por casa, callados, y con el anhelo silente por el otro en nuestro interior. A veces nos encontrábamos por ocurrencias de Johan. Nos reíamos, pero cuando nos mirábamos a los ojos la risa cesaba de golpe.

Johan estaba cada vez más nervioso. Antes, cuando volvía del trabajo, tenía tan clara mi presencia que no dejaba de hacer lo que estuviera haciendo. Pero ahora corría a mis brazos y me abrazaba fuerte, muy fuerte.

Siempre ha sido un niño tímido. Aceptaba nuestras muestras de cariño a regañadientes, no tenía más de tres años cuando una tarde, presa de un amor furibundo, lo levanté en el aire y le susurré prácticamente histérico:

–¡Ay, cuánto te quiero! ¡Ay, cuánto te quiero!

Johan me miró con ojos asustados y respondió:

–¡Papá, que duele!

Pues sí, el amor puede doler.

Pero a Johan ya no le daba miedo el amor. Le daba miedo perderlo. Se mantenía tan cerca de mí como era literalmente posible. Y un día se hizo pequeño, pequeño como un niño recién nacido, enroscó su cuerpo superpotente para que cupiera en mi regazo y preguntó sin mirarme:

–¿Me quieres?

–¡Mucho! –respondí con voz entrecortada.

–¡Pues yo no! –gritó de repente y se echó a reír.

Luego se apartó de mí, empezó a correr por la habitación mientras me decía desafiante:

–¡A que no me pillas! ¡A que no me pillas!

–¿Que no te pillo? ¿Yo, el corredor más rápido de toda Suecia?

A Johan le gusta cuando me pongo fanfarrón. Eché a correr detrás de él, pero debo reconocer que probablemente es al menos tan rápido como yo. Se escabulló, y yo me resbalé. Reía tanto que le costaba respirar. Cuando se tranquilizó, se me acercó de nuevo.

–¿Quieres jugar un partido?

Era una invitación a un partido de fútbol.

–¡Venga!

Encontramos la pelota blanda, que había acabado en el frigorífico.

–¡Papá! ¿Jugamos al Cañonero?

–¡Vale, sí!

El Cañonero soy yo, y él es el Portero fantasma. Cojo la pelota y me precipito hacia la portería mientras voy comentando todo el tiempo los acontecimientos como si de Lennart Hyland se tratase. De modo que me lanzo hacia la portería y voy hablando sin parar:

–Y ahí, damas y caballeros, tenemos al Cañonero. Regatea al defensa por la derecha y el defensa patalea como una cucaracha bocarriba. El Cañonero sigue corriendo y chuta con fuerza, ¡el chute más poderoso de Suecia! ¿Lo conseguirá el Portero fantasma? Pues sí, damas y caballeros. Lo imposible ha ocurrido, ¡el Portero fantasma ha interceptado el disparo lanzándose en picado! ¡Qué paradón! ¡Qué paradón!

Y Johan se muere de risa y volvemos a empezar, y nunca puedo meter un gol, puesto que, aunque meta un gol, resulta que él no estaba preparado, con lo que el gol no vale, o que la portería ya no está donde siempre, o que el disparo era demasiado alto o que era demasiado bajo.

Se inventa mil razones para que mis goles no valgan, cambia las reglas cada dos por tres y al final, «damas y caballeros», yo, que tengo cerca de

cuarenta años, me enfado y le digo que ya basta, que ahora sea él el Cañonero y yo, el Portero fantasma. Pero él no quiere ser el Cañonero, él quiere ser Peter Lorimer, el extremo izquierda inglés con el disparo más poderoso que jamás se ha visto en un campo de fútbol.

Y Peter Lorimer marca un gol y da gritos de alegría y yo me avergüenzo como un perro, ¡pues la verdad es que fue un golazo!

–¡Gol! –vocifera–. ¡Gol! –Y sale corriendo a la cocina para contárselo a Lena, pero Lena ya no escucha, está delante de los fogones y las lágrimas le caen por las mejillas enflaquecidas. Y yo lo sé.

Así estaban las cosas por casa. Por las noches, cuando Lena y yo nos quedábamos solos, no teníamos nada que decirnos, o sea, teníamos cantidades ingentes de palabras sin pronunciar, pero eran palabras que no nos atrevíamos a decir. Lena había resuelto no formular su dolor, lo vivía y, por una vez, yo reaccioné igual. Yo vivía mi desdicha, no hablaba de ella.

El caso es que le conté que me iría de viaje unos días. Se quedó mirándome un buen rato. Luego preguntó:

–¿Vas solo?

–¡No!

Eso fue todo. Al día siguiente me subí en el coche. Me giré una vez para ver si ella estaba en la ventana. No. Pero Johan sí, nunca voy a olvidar la expresión de su rostro, ni aunque llegue a ser tan viejo como Matusalén.

Tenía la cara descompuesta, y cerraba los ojos mientras decía adiós con la mano, y los cerraba con tal fuerza que la boca, la nariz y las cejas confluían en el dolor más desnudo que he visto en mi vida. Estaba tan arrugado como el día en el que salió del regazo sangrante de Lena.

Pero me marché.

Por algún motivo, habíamos escogido Dinamarca. En ese país llano esperábamos elevarnos a las nubes, y el viaje no presentaba algunos de los contratiempos menores que por lo general se dan en cualquier viaje. Stendhal creía que los verdaderos privilegiados deberían desplazarse mientras dormían. Pero nosotros no estábamos ni mucho menos dormidos.

El coche iba como un reloj IWC. El motor ronroneaba como un gato, hacía un tiempo fabuloso con altocúmulos lenticulares de los que presagian

mal tiempo, pero de momento solo veíamos el brillo de los colores nacarados.

Llevabas el mismo vestido pardo rojizo que la primera vez que te vi. Tenías un brillo casi religioso en los ojos. Estabas decidida a jugar el juego hasta el final. Eras valiente. Puede que también fueras feliz. No lo sé.

Aunque está claro. Te molestaba un poco que condujera tan lento. No decías nada, solo me hablabas de un viaje en coche con un piloto de carreras que conocías. ¡Habíais tardado cinco horas en ir desde Trelleborg hasta Gävle!

A mi ritmo tardaríamos una semana en llegar a Södertälje desde Estocolmo. Pero bueno…

El caso es que no decías nada, aun así yo pisaba el acelerador. Al cabo de nueve horas llegamos a Copenhague. Eran casi las seis de la tarde, es cierto que las noches no eran tan largas en Copenhague como en Estocolmo, pero pensamos que era demasiado pronto para buscar dónde dormir.

Aunque pensábamos cenar en Copenhague. Conocías un discreto restaurante muy bueno que se llamaba algo así como Queso y bistec. Tardamos un rato en dar con él, pero cuando llegamos, nos dimos cuenta de que se encontraba en el barrio donde vivió Kierkegaard.

Te lo conté y me respondiste en broma que desde luego que éramos una pareja ideal: tú te conocías todos los restaurantes discretos y yo me conocía todos los filósofos de renombre.

Pero Kierkegaard era el filósofo menos adecuado que se me podía ocurrir en ese momento. Le había dicho «no» al amor, pero yo no podía decirle «no» ni a las migas de la mesa del amor.

Sea como fuere, comimos bien y nos tomamos una botella de vino tinto húngaro y no dejamos de hablar. Más bien, tú no dejaste de hablar porque yo estaba bastante cansado a esas alturas. Propuse que pasáramos la noche en Copenhague, pero tú no querías.

–¡Cuando mañana me despierte temprano, quiero ver el mar!

Bueno, podía entenderlo. Era tu primer intento de conquistar el color azul, tu primer intento de sustituir a Lena, pese a que sabías que el mar no

te sentaba bien, el bosque es tu origen y el bosque es tu marco.

De tu maleta, que era muy elegante pero que tenía la desventaja considerable de que en realidad no se podía cerrar, sacaste una hoja arrancada del valioso Atlas de Bonniers. Era la página número 81 y arriba del todo decía: SELANDIA Y ESCANIA OESTE.

¡Selandia!

La tierra de las almas, y en esa tierra de las almas habías señalado con el pintalabios un nombre en la punta que más se adentraba en el agua: Gniben. Te pregunté si sabías lo que significaba. Lo sabías.

–¡Un cabo alto, que desciende hacia el mar! –respondiste en un tono casi exaltado.

Te habías preparado bien.

–¿Se puede quedar uno allí? –pregunté inquieto.

–¡Ya veremos! –respondiste con cierta retranca.

–¿Has estado allí antes con alguno de tus amantes? –pregunté mientras oía las trompetas tronando a lo lejos.

–¡Cuando te pones celoso siempre te vuelves grosero!

–¡No hay nadie que pueda ponerse celoso con tacto! ¿Has estado ahí antes?

–¡Te he dicho que no!

Me quedé mirándote fijamente y vaya si no me estabas mintiendo o si no me querías hacer creer que mentías.

–¡No pienso ir al dichoso Näbben!

–¡Gniben!

–¡Qué más da! ¡No pienso ir! –grité, pero de pronto me quedé callado.

Era Johan. La nostalgia me arrolló como una ola del mar más grande y más furioso del mundo. Había sido mi «qué más da» lo que había puesto en marcha la poderosa ola.

Me hizo pensar en un episodio que siempre contaba de buena gana a todos mis amigos y conocidos. Soy muy quisquilloso con que Johan hable correctamente. Tampoco fue muy trabajoso, hasta que empezó a tener trato con otros niños y llegaba a casa diciendo «lo» en lugar de «le» y «detrás mío» en lugar de «detrás de mí».

Nunca se lo reprochaba, pero cada vez que decía «lo» en lugar de «le» yo replicaba casi como un eco «le». Nada más. De modo que un día me estaba contando que había un niño que siempre estaba metiéndose con él y que estaba cansado del tema.

–¡La próxima vez que empiece a meterse conmigo lo voy a dar un guantazo! –me confesó.

–¡Le!

–¡Da igual, el guantazo se lo voy a dar al mismo niño! –apostilló.

Alcé la copa de vino y le di un buen trago, pero tú estuviste muy rápida.

–¡Ve a llamar a casa si quieres!

Ya he dicho que me gusta sorprenderme, pero detesto que me sorprendan los demás.

–¡Que no! ¡Seguro que están bien! –mascullé, le hice un gesto al camarero y pagué–. ¡Venga, vámonos a Näbben!

–¡Gniben!

Cuando salimos del restaurante, estaba lloviendo. Me puse de mejor humor. La lluvia, sobre todo la lluvia danesa, tenaz pero grácil, siempre me pone de un humor excelente. Encendí, bueno, no, cargaste con esmero mi pipa de Kierkegaard de caño largo y cazoleta pequeña, y la encendiste después de usar cinco cerillas.

Abrí la boca y me colocaste la pipa entre los dientes como si fuera una piruleta. Pero en realidad era mi pipa de Kierkegaard y estaba mojada; no sabías cómo se encendía una pipa, ¡pero la mía ibas a aprender a encenderla!

Me eché hacia atrás y conduje bajo la lluvia hacia Frederikssund. Estaba oscureciendo y el paisaje fluía desdibujado a nuestro alrededor. Pero ¿qué más daba? Íbamos de camino a la punta que más se adentraba en el agua y no teníamos prisa, ya no teníamos prisa; estoy seguro de que Ulises se arrepintió cuando vio que Ítaca se aproximaba.

En Frederiksværk nos tomamos un café entre voces danesas y después giramos a la izquierda hacia Hundested. Pero ahí tuvimos que parar. El golfo de Isefjord también tenía que adentrarse en el estrecho de Kattegatt,

cosa que no vimos cuando consultamos la hoja del Atlas con la iluminación penumbrosa del restaurante.

–¡Vamos a darnos la vuelta!

–No, igual hay un ferry.

–¡Claro que hay un ferry!

Había visto el letrero, pero en él lo que decía era Grenå, y allí no era a donde nos dirigíamos. Íbamos a la punta que más se adentraba en el agua del país de las almas.

Bajamos hacia el puerto del ferry de todas formas, aunque fuera para ver el Isefjord. Te bajaste del coche y entraste corriendo en la estación de ferry mientras tu vestido rojizo se reflejaba en el asfalto mojado. Cuando regresaste, traías a un hombre pisándote los talones. ¿Cómo no?

Intenté preguntarle, pero solo te respondía a ti. Nunca me han gustado los barqueros desde que leí la historia de Caronte, el barquero del mundo de los difuntos.

El caso es que había un ferry, iba hasta Rørvig y desde ahí podíamos continuar hasta Näbben, pero faltaba media hora para que partiera, y el barquero fue tan amable que nos invitó a la caseta para que nos tomáramos una cerveza mientras esperábamos.

Estaba claro a quién había invitado, pero ¿quién le ha dicho alguna vez «no» a Caronte? Así que me uní, helado de celos mientras tú bromeabas como si nada y lo tocabas y le empujabas con el hombro después de una gracia particularmente graciosa, que solo os parecía graciosa a vosotros dos.

–¡Tienes una mujer muy guapa! –se sintió obligado a decirme en danés, pero era un cumplido con segundas intenciones. El hijo de puta quería saber hasta qué punto eras libre.

¿Hasta qué punto eras libre, en realidad?

¿Hasta qué punto somos libres todos?

¿Hasta qué punto era libre aquel Caronte danés y hasta qué punto era libre yo?

Cuando no me miraba –que era lo que hacía todo el rato, en realidad– intentaba leerle en los ojos, que eran estrechos como la entrada del Isefjord y azul oscuro como sus aguas, hasta qué punto era libre él.

Sus ojos me recordaban a los de Lena. ¿Hasta qué punto era libre ella?

Fuera arreciaba la lluvia. Nosotros bebíamos cerveza y bromeábamos, pero ¿hasta qué punto éramos libres?

–¡Es muy guapa, sí, y ha tenido trillizos dos veces! –respondí al Caronte danés y, al tiempo que le agradecía el cumplido, aproveché para aplastarle el corazón.

# 16

Me doy cuenta de que tengo miedo, de que no quiero hablar de lo que ocurrió en el país de las almas. Voy dando vueltas por mi habitación cada vez más silenciosa y me alegro de que la puerta esté cerrada. Puedo abrirla, pero no quiero. No quiero librarme de la noche de la absolución.

En la caseta roja del ferry no podía ponerme a dar vueltas. Me quedé callado en el sofá de madera pensando en la libertad, pero no era capaz de pensar con lucidez. Jugué con las palabras y escribí un poemita, como un conjuro. Aquí lo tienes.

> Hay una ventanilla sin hueco
> hay un hueco sin serpiente
> hay una serpiente sin cola
> hay una cola sin ratón
> hay una Lena sin juicio
> hay una Li sin moderación
> hay un Laki sin libertad
> y así acaban todos los caminos
> en el Kattegatt

Jugué con las palabras. Fue a eso a lo que me dediqué mientras Caronte iba en busca de tu alma y entonces, sorprendentemente, me vino a la cabeza la sospecha de que nunca había hecho otra cosa que no fuera jugar con las palabras.

Buscaba palabras donde había vida que encontrar y formulaba los significados en lugar de ver la cara de la gente.

Pero ¿por qué hacía algo así? ¿Por qué hacemos algo así?

Porque ansiamos la libertad y la libertad se encuentra en las palabras y los significados, no en la vida. Quizá.

Mi ahora difunto amigo decía siempre: «no sé si soy libre, pero he elegido creer que lo soy». Tal vez de eso se trate. Podemos elegir creer que somos libres. Pero tú y yo nos vimos obligados a creerlo, y también impusimos a Lena nuestra elección.

Maria me dijo una vez: «¡Eres uno de los que nunca tendrán faltas de ortografía!». «¿Pero…?», pregunté. «No hay ningún "pero". Simplemente, nunca tendrás faltas de ortografía.»

Me dejó a mí la tarea de encontrar el «pero» oculto. No lo he encontrado.

¿Qué estaría haciendo ella esa noche? ¿Estaría en casa leyendo? ¿Estaría en nuestro café? ¿O estaría paseando por el cementerio donde yacía enterrado su padre?

Ella iba allí a menudo, casi todos los días. Llevaba cinco años sin verla cuando recibí una carta desde Nueva York. «Seduje a un joven francés en la tumba de mi padre. Era espléndido y me hizo pensar en ti. La plancha de mármol estaba fría. El muchacho francés era tímido y mi padre estaba muerto, como siempre. Maria.»

¿Qué estaría haciendo ahora? ¿Y qué estarían haciendo Lena y Johan?

Qué absurdo. Todo era de lo más absurdo. Pensaba en Maria, echaba de menos a Lena y a Johan y ahí me encontraba, contigo, de quien estaba enamorado, en una caseta de ferry danesa en el país de las almas. Allí estaba, bebiendo cerveza, y todo se volvió tan absurdo que casi me levanté del sofá de madera, casi empecé a flotar sobre mí mismo, como un águila sobre su sombra; alcancé la libertad absoluta en el más absoluto de los absurdos, o sea, un estado en el que no hay palabras y no rigen los significados.

Solté una risotada, la mayor y más larga que he soltado en mi vida y el barquero me miró con curiosidad. Seguro que se estaba preguntando cómo semejante loco había podido tener trillizos dos veces. Pero tú no me mirabas con curiosidad. Diste un grito de desesperación.

–¡Te quiero!

Tus instintos color rojo peonía sabían lo que no sabías tú, y tus instintos color rojo peonía me pusieron los pies en la tierra al tiempo que por fin sonaba la bocina del ferry anunciando su llegada.

Nos despedimos del amable Caronte, pero él nos acompañó hasta el muelle, y a ti esas cosas te parecen demasiado. Te bajaste del coche y le apretaste las mejillas, creo yo, porque no lo vi bien, y él se puso muy contento y le oí decir:

–¿Me das un abrazo?

Y claro que se lo diste, y pensé que ahora no nos íbamos a librar de él, así que salí del coche y cerré con llave el maletero para que no se escondiera dentro. Mi paranoia estaba floreciendo como nunca.

La travesía no duró más de veinte minutos. A la lluvia le había dado un ataque de megalomanía, azotaba el Isefjord con una furia que me recordó a Jerjes, el rey de los antiguos persas. Les ordenó a sus soldados que arrasaran el Helesponto, el estrecho entre lo que ahora es Turquía y lo que entonces era Grecia, para conseguir la tranquilidad. Y la consiguió.

Jerjes atravesó el Helesponto para encontrarse con su destino, pero ¿qué destino nos aguardaba a nosotros al otro lado del Isefjord? Íbamos sentados en silencio uno al lado del otro mientras el corazón diésel del ferry seguía palpitando. Llegamos a Rørvig, y desde allí continuamos rápidamente. Empezaba a ser muy tarde.

Después de Lumsås, la lengua de tierra por la que íbamos se estrechó drásticamente. Podíamos ver las oscuras aguas del estrecho de Kattegatt a ambos lados de la carretera. El coche parecía un barco.

Hacia las nueve dejamos atrás Odden y luego quedaba un tramo corto hasta Gniben. No sabíamos nada de Gniben. Hacía una noche oscura. La lluvia caía de nuevo a un ritmo más lento. Nos dirigimos hacia una casa grande iluminada.

Era el edificio del hotel y la taberna del pueblo. Estábamos muy cansados, pero cuando entraste en la taberna y oíste voces y risas humanas te espabilaste como si acabaras de llegar de dar un paseo a buen ritmo.

Te envidiaba.

Vi cómo enderezabas el cuerpo, cómo echabas un vistazo rápido a la puerta de cristal para comprobar que tú eras tú, y lo eras. Una sonrisa sobrevoló tus labios como la primera golondrina. O como la última.

El tabernero, un hombre alto y redondo, cogió tu gabardina con una elegancia tan llamativa como increíble. Era alto, pero no un elefante. Era un tigre, y te «reconoció».

Por supuesto que había habitaciones para pasar la noche. De hecho, éramos los únicos huéspedes. Los demás eran gente del pueblo. Pues sí, el hotel entero quedaba a nuestra disposición. Iba a pedir de inmediato que prepararan una habitación y mientras tanto podíamos degustar un plato de sopa caliente.

Eligió una mesa para nosotros, una junto a la ventana, a través de la cual intuíamos el mar. Iba corriendo de un lado para otro, alto y digno y con una elegancia tremenda. Se acercó con una jarra de vino blanco y se acercó con la sopa y se acercó él mismo. Yo estaba muy callado.

No pensaba en nada ni en nadie. La vida no iba conmigo, esa gente que bebía cerveza no iba conmigo. «¡Elí, elí! ¿Lama sabactani?» me resonaba con un tono apagado por las células más internas del cerebro. «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?», preguntó Él antes de emprender el viaje hacia el país de las almas. Pero debería haber preguntado otra cosa. «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué no me abandonaste a tiempo?»

El tiempo, ese era el núcleo del núcleo. El tiempo había cometido un error. Eras mi amiga, pero deberías haber sido mi hija. Se apoderó de mí un cariño casi irreal, no podía soportarlo, me levanté de repente y me metí en el servicio.

Cuando regresé, nos habían traído a la mesa otra jarra de vino blanco. La noche se volvía más oscura, los demás clientes se fueron yendo uno tras otro y dejaron atrás jirones de aire caliente. Pero nosotros continuamos sentados a la mesa y el silencio creció entre los dos como el brote de un árbol que no habíamos visto nunca.

Entonces empezaste a hablar.

–Quiero que lo sepas todo de mí. Todo. Nunca he hablado de todo con nadie. Nunca he abierto todos mis compartimentos. Para ti, quiero abrirlos.

Es lo único que puedo darte. Mi cuerpo ya lo he dado antes, mi deseo ya lo he dado antes, mi amor ya lo he dado antes. Pero nunca le he dado a nadie el conocimiento total sobre mí. No hay más playas nuevas que te pueda descubrir. ¡Pero te voy a enseñar todas mis playas!

Levanté la vista de la mesa, pero volví a bajarla.

–Tienes que mirarme. Tienes que mirarme todo el tiempo. ¡De lo contrario no voy a ser capaz!

Te miré y fuiste capaz. Tus fantasías, tus sueños, tus hombres, tus miedos, tu soledad, tu deseo; lo pusiste todo encima de la mesa que había entre los dos. Y cuanto más hablabas, mayor era tu desesperación. Se te pusieron blancas las mejillas, te temblaban las manos y se te veía un brillo febril en los ojos.

Retorcías el cuerpo como si intentaras salirte de ti misma, estabas mudando la piel; te embrollabas con los detalles, expresabas el deseo que habías sentido por otros con una exactitud horrible, te atormentabas a ti misma y me atormentabas a mí, pero había prometido quedarme y mirarte mientras intentabas volver a nacer.

Exacto, nada menos que volver a nacer. Querías llegar a la absolución completa, el perdón total, y volver a nacer. Seguiste hablando, y entonces llegaste a él, el hombre del que yo no sabía nada, el hombre que ocultabas en lo más hondo de tu corazón; el hombre que una vez amaste como a nadie. Lo describiste, describiste su manera de andar, su sonrisa, su tono de voz. Yo escuchaba sin poder moverme, pues creía que me iba a romper. No me movía y no hacía más que mirarte.

El tabernero dormitaba tras la barra. Pero nosotros no. Seguiste hablando con una rabia que no paraba de crecer, y no sé si sabes de lo que hablabas, pero no puedo reproducirlo, no quiero, tampoco es tan importante. Lo importante es que intentabas volver a nacer y me intentabas volver a bautizar permitiendo que me bañara en tus aguas soterradas, lo hice y, por un instante, sostuve en mi mano tu corazón tembloroso.

Eres la única persona que conozco que intentó volver a nacer y fue la segunda vez que estuve presente en un parto. Cuando dejaste de hablar, te derrumbaste sobre la mesa, completamente agotada, tu cuerpo ya no tenía

fuerzas, pero la tormenta proseguía dentro de ti, estuvo rugiendo mucho tiempo; estuvo rugiendo toda la noche y cuando vimos los primeros rayos de sol, te dirigiste al agua con lágrimas en los ojos, te lanzaste al estrecho de Kattegatt vestida y no te quedaban palabras, pero tenías la boca abierta como si estuvieras gritando.

No sé si en el Kattegatt encontraste alguna respuesta. Pero yo no te di ninguna. No volví a nacer. O tal vez ya lo había olvidado.

Ya no puedo más. Las campanas de Maria Magdalena dieron las cuatro de la madrugada hace unos minutos. No te di ninguna respuesta porque no la tenía. Sigo sin tenerla. Tal vez no la haya. No lo sé.

Mientras yo me quedaba en esta habitación blanca y vacía buscando una respuesta, la primavera se ha ido acercando. Ya hay más luz y ayer oí al pinzón en el cementerio.

Así que voy a ponerme una pieza musical que me gusta. Voy a ponerme *Missa Papae Marcelli* de Giovanni Pierluigi da Palestrina. Me consuela pensar que la música más hermosa que conozco se haya concebido como un himno de amor para alguien que nunca ha existido.

¡Qué himno de amor no podría crearse para todo lo que sí existe!

# 17

Nos quedamos en Gniben un día más. No hacíamos gran cosa. Paseábamos hasta el viejo cementerio o nos sentábamos en la playa.

No hablamos mucho. Te habías traído un tablero de ajedrez de bolsillo –probablemente estabas dispuesta a conquistar todos mis rincones– pero faltaba una torre, la blanca. Tú pensabas que aun así se podía jugar, por supuesto, podíamos usar una piedra blanca, por ejemplo.

¡Una piedra blanca en lugar de la torre blanca! ¡Pues vale!

Estábamos tranquilos. Habíamos dejado atrás el fracaso. Habías intentado volver a nacer y yo había intentado purificarme en tus aguas soterradas. Tú no volviste a nacer y yo no salí purificado. Creo que uno no puede quitarse de encima la vida a base de lavarse, pero hay que ir hasta la punta de Selandia que más se adentra en el agua para averiguarlo.

Parecía casi como si el amor se hubiera terminado. Ahora quedaba la mejor parte: el dolor del amor perdido. Pues sí, en realidad lo mejor del amor es siempre el dolor que da perderlo.

Pero no lo sabíamos. Pensábamos justo lo contrario. Pensábamos que podíamos seguir adelante, ahora había espacio para construir algo nuevo; al fin y al cabo, a nuestro alrededor todo se había desmoronado.

La noche antes de marcharnos de Gniben, soñé con Lena. Me pregunto si alguna vez alguien ha tenido un sueño tan claro y tan plagado de horrores. Yo era «yo» en el sueño, pero también era pequeño y Lena me tenía en el regazo y me estaba cambiando el pañal.

Desde ese momento he vuelto a tener el mismo sueño un par de veces más. Casi te mueres de risa cuando te lo conté, y lo extraño es que Lena también se rio. No tengo una obsesión particular por mis sueños, creo que suelen ser bastante banales y poco interesantes y sigo pensando que mi

«yo» consciente es mucho más apasionante que el inconsciente. Aun así, me sentí herido cuando las dos os reísteis.

De vuelta en Estocolmo, nos despedimos sin muchos rodeos. Pero una cosa sabíamos: nada que fuera menos que todo bastaría.

Pero ¿«todo»? ¿Y qué era eso, mi «todo»?

Te dejé delante de tu piso.

–¿No vas a entrar?

–No, creo que es mejor que me vaya a casa.

–¡Igual sí!

Me incliné para abrazarte, pero tú me rechazaste.

–¡Adiós!

–¡Adiós!

Conduje despacio en dirección a casa. Cuando pasé por Frescati eché un vistazo a los edificios de la universidad. Se apoderó de mí un intenso anhelo por regresar allí. Por pasarme las tardes hablando, por leer libros gruesos y pesados, por reflexionar sobre lo que existe y sobre lo que no.

Ah, los «Filósofos» –la gente de mi departamento– eran un caso aparte. Perseguíamos sombras, cierto, pero ¿acaso no es cierto que lo mejor de la vida se encuentra en el lado de las sombras? El amor, la libertad, la necesidad, el azar: ¿dónde se encuentran?

Mira un ser humano enamorado e intenta distinguir las diferencias aparentes entre él y otro que sube una pendiente. Los dos se ruborizan, el corazón les palpita, la sangre fluye, unas veces se quedan fríos y otras pasan calor.

Desde luego, pero el enamorado resplandece de alegría.

Puede pasar, a veces. Pero también el que sube una pendiente puede resplandecer de alegría con cada paso.

Aunque también podemos imaginarnos un ser humano enamorado subiendo una pendiente para encontrarse con el ser amado, que espera en la cima. Supón que tú seas el ser amado: ¿cómo podrías saber si el corazón de tu amante palpita de amor o de ahogo?

Pues no, no puedes saberlo.

–Ya, pues enamórate, así verás la diferencia.

–Ya, pues me enamoré y no la vi.

–¡Entonces es que no estabas enamorado de verdad!

–¿Cómo que «de verdad»? ¿Es que hay una forma verdadera de enamorarse?

Así hablábamos los filósofos, después de la jornada laboral, quiero decir. Puesto que durante la jornada laboral estábamos ocupados con la teoría de la argumentación, la ética aplicada –¿habría que ampliar los cauces en Suecia?– y cosas así. Por Dios, que habíamos recibido una subvención, y deberíamos hacer algo de provecho. Pero cuando no hacíamos algo de provecho, nos dedicábamos a pensar, lo que significa que cuando más vivíamos era cuando vivíamos para lo que no existe.

¡Pensar, eso era lo que necesitaba!

Eso era lo que intentaba hacer en esta habitación enorme y preciosa en esta ciudad que es tuya pero no mía. Aunque no es fácil. Llevo tanto tiempo haciendo cosas de provecho que he olvidado cómo se hace eso de pensar. La mayoría de nosotros llevamos tanto tiempo haciendo cosas de provecho que hemos olvidado cómo se hace eso de pensar.

Ya han pasado casi cuatro semanas desde que me encerré aquí, pero todavía no he pensado nada que se parezca a un pensamiento de verdad. Solo fragmentos de pensamientos, hilos sueltos, sugerencias y figuraciones. En efecto, se diría que he olvidado cómo se hace eso de pensar y mi olvido no es tan individual como parece. Europa entera, esa hermosa reina antigua, ha olvidado cómo se hace eso de pensar.

En fin, la lucha no ha terminado aún. El ser humano es antiguo en la Tierra, pero no lo bastante antiguo, todos o prácticamente todos los demás seres son más antiguos que el ser humano. Así que hagamos lo que mi colega de teología decía siempre:

–¡Volvemos a empezar desde el último principio!

Su único hijo ha muerto hace poco a causa del mismo tipo de cáncer que se encontró en la gente de Hiroshima y Nagasaki. ¿Cómo es posible? ¿Que nazca un niño sueco con la sangre mortalmente envenenada por una bomba que estalló en otra parte del mundo hace más de treinta años?

No sé cómo es posible. Tampoco sé cómo es posible que la mayoría de la gente de mi época y de mi parte del mundo ya no sea capaz de alegrarse con alegría. Parece una paradoja, pero no lo es.

Hace un tiempo que no leo la prensa, pero recuerdo que hablaban mucho sobre la dolencia crónica de la mujer moderna; el cargo de conciencia por los hijos desatendidos, por el trabajo desatendido, por la vida desatendida.

Ay, ¡si supieran el cargo de conciencia que tienen la mayoría de los hombres! Y no un cargo de conciencia por algo en concreto, sino el cargo de conciencia como condición vital, como la sangre envenenada del niño. Desde la época de Adán nacemos con cargo de conciencia.

Desde entonces, hombres y mujeres hemos intentado restablecer la verdadera cara del ser humano y en esos intentos la hemos desfigurado aún más. Así que ahora vivimos en una época en la que hay que sublevarse contra el cargo de conciencia.

Te puedes imaginar el cargo de conciencia que sentía mientras iba conduciendo despacio rumbo a casa, donde se encontraban Lena y mi hijo. Tal vez también te puedas imaginar el cargo de conciencia que sentía cuando te dejé delante de tu piso. Tú puedes imaginártelo, pero yo lo sé.

Nunca me perdonaste el cargo de conciencia. Eras hija de una época que se ha sublevado contra el cargo de conciencia, pero en realidad no sabías contra qué te habías sublevado. Tu imagen del cargo de conciencia era una representación vaga del secretismo, de que si viviéramos de una forma lo suficientemente pública y en suficiente comunión con nuestras necesidades e instintos nos libraríamos.

Esa era la moral del momento, salía en todos los periódicos que leíamos, y ahí llegué yo con mi cargo de conciencia anticuado que, además, quería conservar, pues sabía que la conciencia solo existe en forma de cargo de conciencia y que no puede ser de otro modo mientras el mundo sea como es y como ha sido.

–¡No tengas cargo de conciencia! –decías en tono aleccionador.

–¡No deberías tener cargo de conciencia! –me aseguraba Lena.

Pero, por desgracia, lo tenía, porque sabía que estaba atormentando a Lena de una forma y a ti de otra, y ese era un conocimiento que quería conservar. ¿Puedes imaginarte algo peor que un verdugo que no tenga cargo de conciencia? Yo no, y he visto a alguno.

No tenía cargo de conciencia porque estuviera enamorado de otra que no era Lena, tenía derecho a ello. No tenía cargo de conciencia por ti porque no pudiera dejar de querer a Lena, también tenía derecho a eso. Pero era consciente de que provocaba dolor y no podía superarlo, no quería superarlo.

No quiero vivir de manera que incluso mi amor provoque dolor.

Pero ¿cómo iba a vivir?

No lo sabía.

Abrí la puerta y entré en mi hogar. Estaba vacío.

# 18

Al principio no entendía nada. Luego lo entendí demasiado bien. Me dio un ataque de pánico. Salí corriendo al dormitorio. Nada. La cama intacta. Fui al cuarto de Johan. Vacío. En el suelo había un dibujo de un barco, pero arriba del folio había escrito con una caligrafía bastante experimental: Papá. Y en mi cuarto la encontré. Encontré la carta de Lena. La había colocado cuidadosamente en el escritorio, dentro de un sobre blanco bien cerrado.

Me senté en el sillón. En la mesita estaba el ajedrez con las piezas en una posición de una partida entre Kárpov y Korchnói. Korchnói tiene que comerse el tercer peón consecutivo que Kárpov quiere sacrificar. *Tiene* que comérselo y con eso termina la partida. La posición de Korchnói se viene abajo como un castillo de naipes. Korchnói lo sabe, pero debe comerse la pieza sacrificada.

Sostuve la carta de Lena sin abrirla mientras me deleitaba con la belleza de la idea de Kárpov. Aunque tal vez solo estuviera aturdido. Cuando se me pasó, leí la carta.

No voy a citarla, la carta es de ella, pero su sentido y su propósito no son ningún secreto. Había resuelto marcharse a Finlandia «un tiempo», decía. Creía que iba a terminar odiándome si se quedaba. No quería terminar odiándome. Johan estaba bien y me echaba de menos, pero ella pensaba que le sería más fácil echarme de menos porque se había marchado que echarme de menos viviendo los dos bajo el mismo techo. La verdad es que parecía razonable. Además, aseguraba que comprendía que yo no quisiera seguir viviendo solo en el piso, así que había arreglado su antiguo estudio para que pudiera irme allí. Decía que había pintado las paredes y que había bajado los muebles al sótano. Johan le echó una mano con todo el trabajo y se lo habían pasado bien. Y entonces el final: «Si alguna vez nos

echas de menos, ya sabes dónde estamos. Soy consciente de que te cuesta encontrar los sitios, pero quédate a la izquierda de Helsinki. Un abrazo, Lena».

Es como si hubiera escrito «quédate a la izquierda del mundo», pensé furioso, pero luego comprendí que era uno de los escasos intentos de mi querida Lena de hacer una broma. O sea, que tenía sentido del humor cuando lo sacaba a relucir, pero ¿quién iba a sacarlo a relucir cuando yo estaba presente? Pues si hay algo con lo que siempre se puede contar en lo referido a mí, es lo aburrido que soy. Seguramente sea el muermo más de fiar del norte de Europa, ¡que Dios me bendiga!

«No me extraña que me echaran de Grecia», continué por los mismos derroteros de autocrítica. Era un histérico, lisa y llanamente. Me reí mientras me caían las lágrimas y, cuando terminé de reírme, pensé en mi madre, a la que le gusta mucho reírse y que siempre dice mientras se seca las lágrimas:

–¡Y ahora que nos hemos reído, vamos a comer un poco!

Su risa siempre acaba en la cocina. Y esa noche, también la mía.

Me levanté y me dirigí a la cocina. Rebusqué por el frigorífico y la despensa, pero Lena había descongelado el frigo y la despensa estaba tan vacía como el Paraíso en una tarde de domingo cuando las almas de los bienaventurados bajan en autobús turístico al infierno para divertirse.

Eso hacían los alemanes. Iban a los guetos judíos en autobuses turísticos a divertirse. Pero nunca se podía acusar a un autobús entero, solo se podía acusar al conductor del autobús, pese a que él era el único para el cual el viaje era trabajo y no diversión. Hitler no era nazi. Era Hitler. Eran los alemanes –una parte– los que eran nazis.

Pero ¿qué más da quién acusa a quién y por qué motivo? Lo principal es que todos los juicios deberían suspenderse hasta que la humanidad se vuelva más sensata, y ¿qué tenía que ver yo con la humanidad? Según parece, la humanidad se había batido en retirada y me había vaciado la despensa.

¡Estaba tan cuerdo como un caniche loco!

Seguí así un buen rato. Pero al final me recompuse lo suficiente como para sentarme y llamar a Finlandia. Fue mi suegra la que descolgó. Con ella tengo una relación peculiar. Creo que le caigo bien, pero seguramente le cueste un poco comprender por qué Lena tuvo que buscarse un marido de un paraje tan al sur. Habla sueco sin problemas, pero lo habla tan despacio que parece como si siempre estuviera intentando encontrar las palabras.

–¿Está Lena?

–No… Ha salido… con el niño.

–¿Cómo está?

–Está… bien.

–¿Y Johan?

–Es un… encanto.

–¿Y Lena está triste?

–Bueno… Creo… que un poco.

–Dile que la quiero.

–¡Esas cosas… hay que decirlas en persona!

–Vale, ¡pues dile que me llame!

–¡Seguro que todo… se arregla!

Sé que lo dice en serio, que de verdad va a hacer lo posible para que se arregle todo, y confío en ella. Siempre he confiado en las mujeres mayores que dicen «seguro que todo… se arregla».

Cuando cuelgo, el vacío del piso se precipita sobre mí como un avión kamikaze. Tanto el piso como yo nos hacemos añicos y por fin permito que reine mi dolor. Empiezo a gritar y a llorar y a rodar por el suelo como un animal, me duele todo. Al final, me quedo dormido.

Todo conduce al sueño tarde o temprano: el amor, el dolor, la creación.

Me despierta el teléfono. Eres tú. No me ha dado tiempo de despabilarme del todo cuando me haces saber que no piensas favorecer esto, no piensas ser el segundo violín de mi vida, no aguantas más que te deje delante de tu piso como un bulto, no aguantas más y es mejor que dejemos de vernos una temporada, hasta que yo sepa…

–¿Hasta que sepa qué? –pregunto.

–Si quieres vivir conmigo o con Lena.

–Quiero vivir contigo y con Lena y con Johan y con tus futuros amigos y con los futuros amigos de Lena. ¡Quiero vivir con todos!

–¡Sabes perfectamente que te estás engañando!

–¡Hay que hacer un esfuerzo!

–¡Pues te estás quedando sin fuerzas!

–¡Li!

–¡No! ¡Llámame cuando lo tengas claro!

Y luego, el pumba en el oído, después un pitido y después nada. Bueno, una cosa: la elección. Otra vez una palabra del lado sombrío de la vida.

La elección.

# 19

Seguro que tanto al pinzón como a mí nos engañaron el otro día. No era primavera, solo era uno de esos días inexplicablemente templados que interrumpen el invierno de pronto, que vuelven a desaparecer de pronto en la tormenta de nieve.

¡No me mudé enseguida al estudio de Lena! Me quedé un poco en el piso. Dormía en nuestro cuarto, veía los juguetes de Johan e intentaba sacar adelante mi trabajo. Pero no era capaz. Me vi obligado a pedir un permiso. El director fue muy comprensivo.

–¡Vuelve cuando quieras! –dijo, y sentí un gran alivio.

Al cabo de unas semanas, el vacío del piso se volvió tan predominante que me ahogaba. Cogí unos cuantos libros, unos discos, un colchón, una manta, papel y lápiz. Me instalé en mi habitación enorme y preciosa.

Lena había hecho exactamente lo que decía en su carta de despedida. Las paredes estaban recién pintadas de blanco. No quedaba ningún mueble, solo el teléfono y el listín. Debajo del listín había una foto de ella y de Johan. La levanté y me quedé mirando sus caras un buen rato; Johan le sonríe a la cámara mientras ella le sonríe a su sonrisa.

En el reverso de la foto se leía con la caligrafía de Lena: «Déjala aquí. Así la mirarás de vez en cuando». Volví a colocar el listín encima, pero me arrepentí, saqué la foto y la puse en la pared al lado del colchón.

Quería poder ver la cara de Johan al despertarme. Entre mi padre, yo mismo y Johan discurre una línea justo en el momento del despertar. Mi padre siempre me despertaba a mí y yo siempre despertaba a Johan. Me gustaba mucho despertarlo. Apenas había abierto los ojos somnolientos cuando ya se zambullía de cabeza en el lenguaje.

Por las mañanas hablaba ininterrumpidamente, parecía que anhelaba poder hablar, parecía que anhelaba las palabras. Nunca había visto nada igual. Saboreaba todas las palabras nuevas, probaba impaciente nuevas combinaciones, no se rendía hasta que era su dueño y señor.

Pues sí, estaba claro cuáles iban a ser los principales enemigos de la vida de Johan: la oscuridad y el mutismo. Iba a necesitar toda la ayuda posible, pero yo ya no estaba a su lado.

Me quedé en mi habitación enorme y vacía intentando pensar. Era cuestión de elegir, pero apenas sabía entre qué podía elegir.

Sin embargo, ahora tenía tiempo, tenía todo el tiempo que deseara. Hice una lista de las alternativas que me parecían verosímiles.

1. Elijo a Lena y a Johan y te dejo a ti.
2. Te elijo a ti y dejo a Lena y a Johan.
3. Te elijo a ti, dejo a Lena, pero me quedo con Johan.
4. Os dejo a ti, a Lena y a Johan.

Es cierto que había otra posibilidad: no tener que elegir, pero esa posibilidad había quedado eliminada. La aritmética primitiva del amor había vencido al amor. Como es sabido, en la aritmética del amor hay el siguiente axioma: uno más uno son dos, pero uno más uno más uno no son tres, sino uno de sobra.

Me quedé unos minutos contemplando las cuatro alternativas. Había algo que no encajaba, algo que me llevó un buen rato comprender. Al final, lo entendí: no se puede elegir entre personas o, mejor dicho: se puede elegir entre personas, pero es una elección muy desagradable, es una elección condenable desde todos los puntos de vista.

A ver, que yo no soy ningún dios, y tampoco he venido al mundo para calificar al prójimo. Lena es Lena y tú eres tú y Johan es Johan. ¿Cómo iba a descartar a alguno? Pero digamos que lo hiciera: ¿en qué sentido se puede «abandonar» a alguien que quieres? Me puedo negar a cumplir una función, por supuesto, me puedo negar a ser el padre de Johan o tu futuro marido, pero ¿cómo iba a poder «abandonar» a alguien?

Para poder «abandonar» a Johan, pongamos por caso, no bastaría con que me negara a ser su padre, haría falta una traición mucho mayor que en sí misma parecía bastante paradójica. El amor me obligaría a defraudar al amor, a traicionar al amor por el amor.

Pues ¿sobre qué base se puede distinguir entre el amor que sentía por Johan y el amor que sentía por Lena o que sentía por ti? Yo era incapaz de encontrar la diferencia.

Por supuesto, sé que se suele diferenciar entre distintos tipos de amor, pero cuanto más pensaba en esa forma linneana de catalogar las flores del amor, más absurda me parecía. Si una vez o varias acabas en el desierto profundo del amor, no te pones a contar los granos de arena, y mucho menos a escoger entre ellos.

Rechacé ese tipo de elecciones, mi corazón no es un parlamento y vosotros no sois candidatos que hayáis hecho una campaña más o menos atinada para entrar. Rechazaba, como ya he dicho, ese tipo de elecciones, pero el problema persistía.

El problema no era lo que *sentía*, sino lo que *haría*. Era una acción lo que se exigía de mí, no sentimientos, una acción que yo no estaba capacitado para llevar a cabo.

Así iba de aquí para allá por mi prisión blanca. Desde mi nueva ventana veía un árbol joven, un granado; será precioso dentro de cinco años, o de diez. Un hombre mayor de ojos tímidos está cuidando el joven árbol, le retira la nieve, le procura un mejor apoyo a su delicado tronco.

Yo también he plantado un árbol joven, pero no tengo sitio donde cuidarlo. Estoy aquí paralizado mientras Johan necesita agua y luz. Debería convertirme en lluvia por él y debería convertirme en un sol, pero aquí estoy, paralizado.

No estaba tan preocupado por Lena. Ella tiene la vida de su parte. Yo me reflejo en la vida, mientras que ella refleja la vida. A la larga ella ganará, mientras que yo me quedaré en la caverna de Platón, mirando el resplandor del fuego y pensando que es el sol.

Me doy cuenta de que la mayoría de las veces construimos las chimeneas orientadas al este.

Llevo mucho tiempo viendo el falso resplandor, se me ha habituado la vista a la luz falsa, pero cuando esa luz falsa se agrieta, a veces la veo a ella. La veo a través de cada grieta de mi espejo, y así será hasta el final de mis días. No voy a soñar, sino que voy a ver las grietas del sueño, y no voy a ver la vida más que a través de esas grietas.

Hoy he soñado con Johan. Cuanto menos actúo, más sueño. Ha sido un sueño apacible. Él y yo nadábamos en el mar. Pero cuando llevábamos un rato, decidíamos volver a la playa, solo que entonces la playa ya no existía. Me asustaba un poco.

–Johan, no veo la playa –le decía.

–La tienes delante, papá –respondía él–. No detrás.

Me desperté, eran las seis de la tarde, me tomé un café y después salí a la calle, pero me arrepentí y me subí en el coche. Fui conduciendo sin destino, llegué a las afueras de la ciudad, muy lejos de la ciudad. Era una tarde fría, muy fría.

Elegí una carretera pequeña, lejos de zonas habitadas, y fui conduciendo despacio. De pronto, vi una sombra en el arcén. Me detuve, salí del coche y me acerqué.

La sombra eran dos niños de cinco o seis años que estaban sentados en cuclillas pegados el uno al otro. Estaban helados, pero no parecía que tuvieran miedo.

–¡Hola! –les dije.

–¡Hola! –respondieron.

–¿Qué hacéis aquí?

–¡Estamos sentados!

–¿Cómo os llamáis?

–¡Lars-Göran! –dijo uno–. ¡Y él se llama Johny!

–¿Vuestra madre sabe que estáis aquí?

–¡No! –respondió Lars-Göran, que parecía el líder de la operación.

–¿Os habéis perdido?

–¡Sí!

–¿Queréis que os acerque a casa con papá y mamá?

–¡Yo no tengo papá! –respondió Lars-Göran.

Me quedé cortado. No había respondido a la pregunta, había respondido a lo que le interesaba. Probablemente ese sea el secreto de la espontaneidad: responder no al entorno, sino a nuestra realidad interna.

–Bueno, ¿os llevo a casa?

Los dos dijeron que sí. Estaban hartos. Habían salido a dar un paseo largo, pero se perdieron, tenían mucho frío, estaban cansados. Lars-Göran me guio a unos bloques de viviendas en lo alto de una colina. El doctor Livingstone y míster Stanley me dieron las gracias educadamente y desaparecieron por la terrorífica puerta de un bloque con el número 13 A.

Volví hacia la ciudad. No, ni tú ni Lena teníais derecho a exigirme que actuara de determinada manera, el único que tenía derecho era Johan, y precisamente él no me lo exigía.

Me aparté a un lado de la carretera, encendí la pipa y me eché a llorar.

No, no es que el amor sea imposible en nuestro mundo. Al contrario, el amor es demasiado posible. Lo imposible son nuestras ideas acerca de él. Me estremecí como un pez moribundo, preso en la poderosísima red de las convenciones, preso en el masoquista deseo burgués de una cárcel segura antes que de un hogar con vistas a todo el mundo.

Pero ¿era yo la persona indicada para construir un hogar así?

Cuando regresé a mi habitación enorme y preciosa, me encontré con el hombre mayor de ojos tímidos. Acababa de envolver el tronco del joven granado con una manta. La noche iba a ser muy fría.

# 20

Era obvio que la pelota estaba en mi tejado. Tanto Lena como tú habíais declarado cada una su voluntad de seguir jugando conmigo siempre que yo no jugara con la otra. Mis sentimientos no se dejaban cambiar, de modo que lo que quedaba era elegir la acción correcta o la más correcta. Pero ¿cómo iba a encontrarla?

Volví a inclinarme sobre mi alma. Contemplé largo tiempo el fondo oscuro y descubrí que, aunque no soy creyente, sí que soy cristiano. Si no pude purificarme de mi propia vida de casi cuarenta años cuando me bañé en tus aguas soterradas, ¿cómo iba a purificarme de la vida de mis antepasados y de la de sus antepasados?

Por supuesto que soy cristiano, pero la cristiandad no podía conducirme a la acción correcta. Por la sencilla razón de que el cristianismo tenía un nombre para mí, un nombre que me negaba a aceptar. Yo era el que había violado el mandamiento: no cometerás adulterio.

El cristianismo me ofrecía la absolución de los pecados, y es posible que la necesitara, pero no era la absolución lo que *más* necesitaba, sino una escapatoria ante una elección imposible.

Además, yo no había cometido adulterio, solo me había enamorado. Tenía que apartarme de mi alma cristiana, no podía ayudarme, era bastante bárbara.

Resolví confiar en mi intuición ética más profunda o en mi conciencia humana más profunda: no quiero causar dolor. Importa menos que no lo haga bien, siempre que no haga daño.

Pero actuara como actuara en mi situación, iba a provocar dolor, a uno o a varios. A Lena o Johan, a mí o a ti. ¿Y si intentaba averiguar qué acción ocasionaría menos dolor?

Pero era un problema matemático difícil. ¿Cómo se mide el sufrimiento, cómo se mide? ¿Sufriría Lena más que tú? ¿Sufrirías tú más que Lena? ¿Sufriría Johan más que vosotras dos? ¿Cómo mido mi propio sufrimiento? ¿O debería sacarme de la ecuación?

Ninguna manera de actuar me parecía más obvia que la otra. Quizá pudiera sentarme a elaborar largas listas con las posibles consecuencias de una u otra manera de actuar, pero también debía valorar las consecuencias y ¿cómo valorarlas? Después de todo, no tenía ninguna regla de cálculo.

Además, ¿cómo podía estar seguro de que al final el sufrimiento no acabaría transformándose en su opuesto? ¿Cómo podía saber que no era ese sufrimiento precisamente lo que necesitábamos para crecer como personas? ¿Tú y Lena y yo y Johan?

Cuanto más pensaba en ello, más desconcertado me sentía. Había acabado en esa situación que los filósofos de la moral llaman «conflicto de valores», es decir, un conflicto entre dos principios que aceptas, asumes y según los cuales quieres vivir tu vida.

Sin embargo, eso era así solo en apariencia. Pues en mi situación no había dos principios o dos valores opuestos; en mi situación solo había un valor, el amor, que iba contracorriente contra sí mismo, que colisionaba contra sí mismo.

Naturalmente, se podría objetar que eran tipos de amor distintos, pero esa objeción la había desechado hace ya un tiempo. El amor es uno. Cuando empezamos a clasificar el amor en distintas categorías más pequeñas, nuestro único objetivo es defendernos de él.

Llevamos mucho tiempo creyendo que estamos sedientos de amor, pero en realidad hemos hecho todo lo posible por protegernos de él.

Para mí solo quedaba un camino, que me importara un bledo lo que hiciera, parapetarme tras el sinsentido y lo absurdo de la vida, fingir que daba igual lo que eligiera, salvo que yo sería igual a mi elección, claro.

Si decidía abandonar mi amor por Lena y por mi hijo para hacer realidad mi amor por ti, sería sencillamente el hombre que «abandona a su mujer y a su hijo». Cada vez que dijera mi nombre, Laki Sarris, añadiría enseguida en mi cabeza «el que abandona a su mujer y a su hijo», que sería

tanto como decir que prácticamente cada vez que me enamorara os abandonaría a ti y a nuestra descendencia, si es que la tuviéramos.

¿Podría vivir así?

No podría. No quería. Lo detestaba.

Pero ¿tenía que enamorarme otra vez entonces?

Puede parecer una pregunta capciosa, pero creo que soy lo bastante desvergonzado como para decir «sí». Por supuesto que debo, de hecho es a eso a lo que aspiro, a amarlo todo, a crecer, a cuidar de todo lo que la vida me dé o me haya dado.

Pues claro que sí, yo estaré enamorado siempre y, cuando cierre los ojos ante la muerte, intentaré enamorarme también de tan distinguida señora.

Iba dando vueltas y no avanzaba.

Tomé cantidades ingentes de café, transcurrieron los días y las noches, fui adelgazando y un día me vi en el espejo de la óptica. No fue una visión muy agradable.

Empecé a recorrer las calles por la noche y a tener largas conversaciones con todos nosotros. Todos mis razonamientos me devolvían al punto de partida. Debo elegir una acción y, si no la elijo, la vida elegirá por mí. Esa amenaza tan dolorosa, la de que otro decidiera por mí, me sumió en la más profunda desesperación. Yo, que soñaba con transformar mi vida en una necesidad, me iba a ver abandonado a los caprichos del azar.

En fin, pues que así sea.

No voy a elegir. No puedo elegir. Me niego. Pues la elección a la que me enfrento no es una elección real. En la vida no hay conflictos de valores genuinos, son las ideas de los seres humanos las que crean los conflictos de valores.

Es totalmente cierto que no podemos existir sin ideas, es totalmente cierto que debemos tener una escala de valores que guíe nuestra vida, pero yo soñaba con una escala de valores que no excluyera nada ni a nadie, una escala de valores que englobara todo y a todos.

Mi conflicto de valores no era un conflicto genuino, era el resultado del masoquista sueño burgués de una cárcel segura antes que un hogar abierto a

todos. Pero no solo la hostilidad de la burguesía, sino también la del cristianismo contra todo amor que no vaya dirigido al Espíritu Santo.

Hemos desfigurado el amor, el amor, cuya esencia es incluir, se ha ido volviendo cada vez más excluyente. Somos unos bárbaros, damas y caballeros, ¡somos unos bárbaros! ¡Ya no sabemos hablar el idioma del amor!

Y esta va a ser la última vez que utilice la palabra «amor», no quiero que se me siga malinterpretando. Lanzo el amor por la ventana y espero que se haga mucho daño con las baldosas de piedra del patio trasero.

Puedo seguir creciendo sin ese amor, puedo seguir viviendo más allá del amor y más allá de esa falsa elección. ¡Pues sí, damas y caballeros! No pienso recorrerme el mundo entero hacia un falso Gólgota.

Prefiero prepararme el nido sobre los estrechos pilares de mi negativa y morir con mi anhelo por la libertad y con mi anhelo por mi crecimiento interior intactos.

Estoy seguro de que Johan acabará entendiéndolo y, cuando se sumen todas las piezas, tal vez sea ese el último favor que pueda hacerle: morir a tiempo.

Pero ahora voy a poner la misa de Palestrina para oír a los dioses bailar y, si no existen los dioses, ¡peor para ellos! Yo he existido.

# 21

Esta noche es mi cumpleaños. Incluso con las estimaciones más optimistas, ya ha pasado la mitad de mi vida.

–La mitad de mi vida ya ha pasado –susurré para mis adentros y asentí sentencioso.

–¡Un brindis a tu salud, muchachote! –grité–. Los más difíciles son los cien primeros años. –Y pensé en mi difunto amigo.

No le dio tiempo a ver pasar la mitad de su vida.

De pronto, se apoderó de mí una alegría descarada. «¡Y pensar que está muerto! ¡Y pensar que yo soy el que se ha quedado en este mundo de barbarie, que es el único que tenemos! ¡Figúrate!» Casi parecía una victoria.

También me embargó la curiosidad. ¿Se habría acordado alguien de mi cumpleaños?

Salí, me subí en el coche. La noche era un poco más templada, en algún sitio se estaba fraguando algo. Me dirigí al piso vacío.

En la escalera me encontré con el vecino, pero me esquivó. No entendí por qué, aunque entonces vi a una mujer que subía rápidamente. Vaya, con que así estamos. ¡Ahí tenemos a un colega!

Abrí la puerta del piso con cierta dificultad. Casi me sorprendí al ver el nombre de Lena y el mío en el letrero de la puerta.

Una avalancha de papeles se me vino encima cuando entré. Periódicos, folletos publicitarios, Jesús había estado allí, colectas, ahorros, facturas. Fui repasándolo todo con dedos febriles. Encontré una sola carta. No había remitente en el reverso y no era la letra de Lena.

Me senté en cuclillas en la angosta entrada. No me atrevía a avanzar más hacia el interior del piso. Entonces sonó el teléfono. Resonaba fantasmagórico. ¿Debería cogerlo? Al quinto tono, contesté.

–Sarris… –respondo con mi apellido.

–¡Buenas, Laki!

Es la voz áspera de mi colega de teología.

–¿Se puede saber dónde te has metido? –pregunta.

–Me he tomado unos días libres.

–Lo sé, pero ¿qué has estado haciendo?

–¡Pensar!

–¡Madre mía! ¿Cómo te encuentras?

–Ahí voy… ¿Y tú?

–Así, entre nosotros, tú no tienes por qué meterte en cómo me siento.

–¿Es que no puedes hablar nunca en serio?

–Oye, Laki, ¿podrías venir un momento?

–¿Cómo?

–Me duele bastante, sabes.

–¿El qué?

–No lo sé, pero dolor tengo…

–Claro, me paso dentro de un rato.

–Genial, muchas gracias. Por cierto, ¡felicidades, so desgraciado! ¡Ya te queda poco! ¡Feliz cumpleaños!

Y colgó.

Miré la carta que tenía en la mano, miré a mi alrededor, en el salón, me quedé observando un rato el sofá, la estantería, los juguetes de Johan. Había echado de menos la habitación, el sofá, los juguetes. Había echado de menos a Lena y a Johan. Había echado de menos tantísimas cosas al tiempo que era incapaz de escribirles una postal.

Encendí la lámpara y abrí el sobre. Era tuya.

Tampoco voy a citar tu carta. Es tuya. Pero el sentido no es ningún secreto. He conocido a otro, contabas.

«Ha conocido a otro», pensé.

Bueno, pues buena suerte, amiga. Espero que siempre estés del lado feliz del azar.

Te convertiste en mi libertad, pude rozarla durante un instante maravilloso, pero la libertad no es algo que podamos atrapar; con un poco

de suerte, es ella la que nos atrapa.

Apagué la lámpara y me quedé sentado a oscuras.

Aún no he recibido una carta así de Lena. Pero seguro que llega. Seguro.

# Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21

# Table of Contents

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21